

Saül Karsz

Problematizar el trabajo social

*Definición, figuras, clínica*

# Problematizar el trabajo social

Saül Karsz

Serie dirigida por  
Violeta Núñez

Saül Karsz

Problematizar el trabajo social  
Definición, historia, crítica

## BIBLIOTECA de EDUCACIÓN

LA BIBLIOTECA DE EDUCACIÓN tiene el propósito de difundir los estudios teóricos y las experiencias prácticas más avanzadas que surgen hoy en el ámbito internacional, y de dar a conocer también las investigaciones, ideas y propuestas innovadoras que se van generando en los países de habla hispana. Las distintas series de esta Biblioteca se editan bajo la responsabilidad de reconocidos especialistas y están dedicadas a la formación de los docentes, a los métodos didácticos, a la psicología y los procesos cognitivos del aprendizaje, a las nuevas tecnologías y las herramientas para investigar en su aplicación a todas las materias que constituyen los currículos escolares y planes de estudio universitarios.

### SERIE PEDAGOGÍA Y TRABAJO SOCIAL

- VIOLETA NÚÑEZ  
(coord.)  
La educación en tiempos de  
incertidumbre: las apuestas  
de la Pedagogía Social
- HEBE TIZIO  
(coord.)  
Reinventar el vínculo  
educativo: aportaciones de la  
Pedagogía Social  
y del Psicoanálisis
- JOSÉ GARCÍA MOLINA  
Dar (la) palabra  
*Deseo, don y ética en  
Educación Social*
- MIGUEL GÓMEZ SERRA  
Evaluación de los  
servicios sociales
- SAÛL KARSZ  
(coord.)  
La exclusión, definirla  
para erradicarla  
*Definiciones y matices*
- JOSÉ ANTONIO CARIDE  
Las fronteras de la  
Pedagogía Social  
*Perspectivas científica  
e histórica*
- SIEGFRIED BERNFELD  
La ética del chocolate  
*Aplicaciones del psicoanálisis en  
Educación Social*
- AUGUST AICHHORN  
Juventud desamparada

# Problematizar el trabajo social

## Definición, figuras, clínica

Saül Karsz

gedisa  
editorial

**Título de la edición original:** *Pourquoi le travail social?*  
*Définition, figures, clinique*

**O de la edición original:** Dunod, París, 2004

**O Saul Karsz, 2007**

**Traducción:** Irene Agoff y Saul Karsz

**Diseño de cubierta:** Sebastián Puiggrós

Primera edición: septiembre de 2007, Barcelona

Derechos reservados para todas las ediciones en castellano

© Editorial Gedisa, S.A.  
Avda. Tibidabo, 12, 3º  
08022 Barcelona (España)  
Tel. 93 253 09 04  
Fax 93 253 09 05  
correo electrónico: [gedisa@gedisa.com](mailto:gedisa@gedisa.com)  
<http://www.gedisa.com>

ISBN: 978-84-7432-775-5  
Depósito legal: B. 41.843-2007

Impreso por Romanyà/Valls  
Verdaguer, 1 - 08786 Capellades (Barcelona)

Impreso en España  
Printed in Spain

Queda prohibida la reproducción parcial o total por cualquier medio de comunicación en forma idéntica, extractada o modificada de esta versión castellana de la obra.

*A los tan numerosos trabajadores soci-  
por lo que vienen enseñándome desde hace a  
a sabiendas o no, sobre el trabajo social y s  
todo lo demás...*

SAÛL KARZ

# Índice

INTRODUCCIÓN ..... 11

1. ¿Es posible, es necesario definir el trabajo social? ..... 19

¿Es posible definir el trabajo social? ..... 20

¿Es necesario definir el trabajo social? ..... 23

Dialéctica de la definición ..... 25

Primer momento: dar razón de una realidad, 25 • Segundo momento: el trabajo de invención, 27 ✕

Espacio socio-histórico del trabajo social ..... 29

¿Sociedad o formación económico-social?, 30 • Falsa pregunta, verdadero problema, 38

El trabajo social es un proceso de producción ..... 41

Investir una materia prima, 43 • Utilizar medios de trabajo, 58 • Movilizar fuerzas de trabajo cualificadas, 66

• Obtener un producto, 73

2. De la caridad a la toma a cargo, de la toma a cargo a la toma en cuenta..... 91

Dos figuras estratégicas... y una tercera ..... 91

Un esquema de trabajo ..... 99

Parámetros: creencias y saberes, 99 • Modalidades: positivos y restricciones, 125 • Personajes: estatus de los practicantes y cualificación de las poblaciones destinatarias, 134

A propósito de la toma en cuenta .....	146
Concluir, continuar.....	152

<b>3. Una clínica transdisciplinaria de la intervención social .</b>	<b>153</b>
¿Qué es una clínica? .....	156

Por el lado del diccionario, 156 • Primer principio clínico: «uno por uno», 158 • Segundo principio clínico: la preocupación por lo concreto, 161 • ¿La clínica es siempre psicológica?, 166 • Rellenos imaginarios, 169

Categorías clínicas .....	171
---------------------------	-----

Del caso a la situación..., 171 • Del beneficiario al destinatario..., 177 • De la historia como contexto a la historia como materia de la intervención social, 180 • Del hacerse cargo al tomar en cuenta, 183

Posiciones clínicas .....	185
---------------------------	-----

Teorías implícitas y teorías explícitas, 187 • Las ideologías o la imposible neutralidad, 194 • No hay clínica sin clínico, 199 • ¿Fundamento ético o posicionamiento ético?, 202

Abrir perspectivas .....	204
--------------------------	-----

<b>BIBLIOGRAFÍA .....</b>	<b>209</b>
---------------------------	------------

<b>ÍNDICE DE TÉRMINOS .....</b>	<b>213</b>
---------------------------------	------------

## Introducción

Sorbona. Vino de honor por el retiro de un colega que se jubila, sociólogo y antropólogo de señalado renombre. En un aparte, el homenajeado me interpela con tono afable: «Estimado amigo, he oído decir... que frecuenta usted a los trabajadores sociales, ¿es verdad?». Yo asiento. «¿Lo hace sin duda por razones alimentarias?» «¡Vaya, por ese lado es poco atractivo!», le digo. «Sin embargo, conocemos sus preocupaciones epistemológicas, su afán de rigor teórico. Cómo puede ser entonces que...»

Enigmático trabajo social. Empezando por su denominación, aparentemente tautológica: en todos los ámbitos, el trabajo es siempre social, moviliza competencias socialmente reconocidas y produce bienes y servicios destinados a un consumo también social. En cuanto a sus agentes, se trata de trabajadores... sociales, puesto que no hay ninguno que no lo sea. Ahora bien, si todos los trabajadores son sociales, ¿algunos de ellos lo serían más que otros?

E incluso si se viera aquí una tautología o una convención de lenguaje, aún quedaría por explicar por qué esta tautología y no otra, por qué esta convención y no otra...

Tanto más cuanto que los trabajadores sociales trabajan, laboran, se afanan, en condiciones en general difíciles, respecto de problemas en los que se ponen en juego —a la vez— dimensiones económicas, políticas, jurídicas, escolares, morales, sexuales... Es habitual que se los acuse, simultánea o sucesivamente, de hacer demasiado, o no lo suficiente, o no lo que se necesitaría. Aun cuando su utilidad suele

ser reconocida, no parece muy claro por qué, según qué razones. Los profesionales remarcan la imprecisión de las consignas que reciben, aunque a menudo desconfían de ellas. Los tutores administrativos y políticos, empuñados en encuadrarlos al máximo, inventan de continuo nuevos dispositivos de seguimiento y evaluación. Los centros de formación se dedican a organizar cursos denominados *teóricos* y *prácticos* denominados *prácticos* que preparan para los diversos ejercicios profesionales posibles, sin que estos dos aspectos se integren efectivamente el uno en el otro, sin que se fecunden recíprocamente. La población destinataria, por su parte, pone en duda la solidez de los dispositivos, el alcance de las intervenciones, el interés profesional y personal de los profesionales. Reordenamientos, reformas y sobre todo restricciones se suceden con el fin de circunscribir esa serpiente de mar que son las intervenciones sociales. Lo cual no es óbice para que el trabajo social exista, funcione, produzca efectos, gracias a la acción de millares de agentes especializados que contribuyen a la supervivencia material y psíquica de innumerables niños, individuos, parejas, familias, grupos. Tal es, precisamente, el enigma: no que este campo esté atravesado por curiosas tautologías, por tensiones múltiples, por contradicciones radicales, sino que ni unas ni otras le impidan existir. ¡Al contrario, estas condiciones garantizan la perennidad y las funciones del trabajo social! Por eso es falso afirmar que hoy día el trabajo social esté mal de salud. Si algo lo amenaza, es más bien la carencia de personal cualificado frente al elevado número de puestos vacantes.

Estamos en presencia de un enigma, o de varios, que es preciso aclarar. Objetivo, justamente, de una bibliografía densa, despareja, que crece de manera exponencial: el trabajo social está lejos de ser el tema del que menos se habla o escribe. Y, con todo derecho, las ciencias sociales y humanas ocupan en esa bibliografía un lugar preferente. El tipo de situaciones con que se enfrenta el trabajo social, así como el funcionamiento institucional, político y económico de los dispositivos sociales, constituyen terrenos de elección para estas disciplinas que exploran un continente inmenso, abundante en recursos y resultados de toda clase, tan diversificado como en apariencia inagotable.

Es imposible comprender las diferentes facetas del trabajo social, incluso practicarlo, sin acudir de modo persistente a las ciencias sociales y humanas. La sociología, la economía, la etnología,

la psicología, pero también el derecho y, en otro aspecto, el psicoanálisis y las referencias marxistas... participan, según libretos har- to diversos, en la capacitación inicial y permanente de los trabaja- dores sociales, en el análisis de las situaciones tratadas, en los informes presentados a los tutores administrativos, en la supervi- sión y demás modalidades de análisis de la práctica, en el vocabula- rio cotidiano. Participan explícitamente o brillan por su ausencia, que es otra manera de estar presente.

Pero, a su vez, son justamente las ciencias sociales y humanas las que oscurecen la comprensión del trabajo social, lo cual constituye un aspecto probablemente inesperado del enigma.

Veamos. En el transcurso de un largo proceso que, por lo demás, no se ha terminado, estas disciplinas se desprendieron lo suficiente de la filosofía social, de la filosofía moral y de las grandes panorá- micas más o menos literarias, como para dar nacimiento a corpus de conocimientos y de análisis con intención científica. Esto ha- da lugar a una especialización cada vez más fina, condición de ri- gor conceptual y experimental, pero que induce una clara imper- meabilidad de los distintos enfoques entre sí.<sup>1</sup> Salvo excepción, es- tas disciplinas y las teorías que en cada una de ellas se desarrollan viven en mundos paralelos. Centros de interés, enfoques, conceptos y personajes difieren en proporción a las fuertes divisiones internas que atraviesan dichas disciplinas. ¡Y es ahí, justamente, donde está el problema! Como he indicado más arriba, el trabajo social enfren- ta situaciones que presentan, a un tiempo, dimensiones múltiples y variadas: económicas, psíquicas, escolares, sexuales, administrati- vas, políticas... Dimensiones que no se confunden entre ellas, pero que tampoco funcionan cada una por su lado. El trabajo social une; las ciencias sociales y humanas separan.

Un servicio social especializado en vivienda interviene cuando se trata de vivienda, so pretexto de vivienda. Pero no puede hacer- lo sin interrogar la situación legal de las personas involucradas, los dispositivos reglamentarios, los cupos migratorios y otras descri- minaciones más o menos positivas, sin indagar en las característi-

1. El antropólogo Maurice Godelier señalaba que cuando el indígena del altiplano peruano permanece en su comunidad, en las montañas, constituye el objeto de la antro- pología; en cambio, si baja a la ciudad a buscar trabajo, se convierte en tema de la socio- logía y/o la economía.

cas psíquicas de esas personas, su vida familiar, trayectoria escolar, capital cultural, condición económica, profesión e historia, y sin que el profesional elija una determinada dirección y no otra. Pues las viviendas sociales no alojan sólo a inquilinos... Tal es, a mi manera de ver, la insuperable paradoja/hay tanta necesidad imperiosa de ciencias sociales y humanas, de los invalorable elementos de comprensión y de análisis que ellas brindan respecto del objeto específico del trabajo social... que dichas disciplinas son finalmente incapaces de localizar y caracterizar con precisión en qué consiste una intervención social/Objeto e intervención se hallan fuera de su alcance, habida cuenta del carácter general de uno y otra (puesto que movilizan de forma simultánea múltiples registros), y al mismo tiempo estrictamente particular: no se trata de objetos e intervenciones indiscriminados; pese a su amplitud, o a causa de ésta, el trabajo social no se ocupa de cualquier problema ni mucho menos de cualquier modo.

Es comprensible entonces que el estudio en profundidad de las ciencias sociales y humanas constituya un recurso certero y al mismo tiempo una limitación reprobatoria. La abundante bibliografía sociológica, psicológica, psicoanalítica, jurídica, etcétera, tiene indudablemente razón al examinar el trabajo social desde un punto de vista sociológico, psicológico, etcétera. Nada más normal, por supuesto. Salvo que el trabajo social no se resuelve en estas dimensiones aisladas. Incluido en todas, ninguna lo explica. Resistente y refractario a las disciplinas cuyo objeto declarado es sin embargo lo social, o que pretenden poseer alguna competencia en la materia. Incluso cuando se postula que el trabajo social es una disciplina autónoma (probablemente porque se confunde disciplina y campo), sus ingredientes y recursos siguen siendo sociológicos, psicológicos, jurídicos, etcétera, simplemente yuxtapuestos, sin relaciones orgánicas y argumentadas entre ellos. Porque, insisto, más allá y más acá de esta movilización que se suele llamar interdisciplinaria o pluridisciplinaria, la tarea principal queda pendiente: *definir* el trabajo social. ¡Y de esta hipótesis no hay escapatoria posible!

Lo mismo ocurre con el marxismo y el psicoanálisis, que Louis Althusser y Jacques Lacan diferencian de la problemática de las ciencias sociales y de la psicología. El marxismo no es una sociología, ni únicamente una economía, así sea política; el psicoanálisis

no es una psicología, así sea de las «profundidades». <sup>2</sup> Dos pensamientos originales, a la vez indispensables e insoslayables, hoy más que nunca *démodés* (fuera de moda, no sujetos a modas). Dos pensamientos vivos, naturalmente incompletos, necesariamente atraídos por tendencias divergentes, por enfrentamientos de fondo y de forma; los reivindicaban, o los reivindicaban, las corrientes teóricas y prácticas más disímiles. Mencionar a Louis Althusser y a Jacques Lacan es ya indicar las orientaciones marxista y psicoanalítica que privilegiarnos en la presente obra...

Por supuesto, nada obliga a aceptar estas dos referencias. La orientación marxista se supone enterrada con el estalinismo y el psicoanálisis remplazado por el comportamentalismo. ¡No estemos tan seguros! Porque cuanto menos se consideren dichas referencias, más improbable resulta la dilucidación rigurosa del trabajo social, de su objeto y de su potencia. Cuanto más se las excluye, más aparece el trabajo social en términos de arcano inefable y/o de insoportable inconsistencia. Puede ser descrito, pero difícilmente se podrá tomar distancia, dar un paso al costado, condición sine qua non para un análisis que vaya más allá del comentario y la declamación...

Ahora bien, esto no significa que los dos pensamientos den cuenta de la razón del trabajo social. Uno y otro tratan aspectos esenciales, estratégicos, fundamentales, pero eminentemente parciales, fragmentarios, sectoriales. Cuando sus explicaciones se presumen completas, compactas, sin resquicios, el trabajo social queda reducido a «todo es psíquico» o «todo es político» o «todo es económico». Sin embargo, en cuanto se cree acceder al «todo», a la explicación omnisciente, el pensar se torna superfluo, y caemos en plena teología. Cuando el indispensable debate crítico representa una simple cláusula de estilo, un manierismo democrático, o sea, un pecado de lesa majestad, los guardianes del templo se empeñan en cavar la tumba de aquello que afirman defender. Un peligro mortífero que alcanza a todas y cada una de las problemáticas, por muy subversivas que éstas sean.

Las prácticas del trabajo social articulan incansablemente lo que las ciencias sociales y humanas, el derecho y, a su manera, el marxismo y el psicoanálisis, se empeñan en aislar, o al menos en imper-

2. Respecto de la problemática marxista, véase Karsz, 1974.

meabilizar. Prácticas eminentemente mestizas, que corresponden a una problemática sui géneris que llamamos «transdisciplinaria».

«Somos unos metomentodo», se quejan a veces los trabajadores sociales y los formadores. Una confesión pertinente si se consideran los saberes legitimados y las prácticas establecidas de la sociología, la economía o el psicoanálisis. Una confesión equívoca porque, al intervenir en situaciones multidimensionales, el «metomentodo» se impone a los trabajadores sociales por la propia naturaleza de su ámbito de intervención y por la naturaleza de esta intervención. Esta metáfora del «metomentodo» designa por vía negativa, ridiculizándolo, algo que ha de ser pensado positivamente.

Aquí está el núcleo duro del asunto: el trabajo social carece de una teoría de sus prácticas. Una carencia relativa, pues existen muchos elementos en la literatura especializada, en las actas de los coloquios, en los escritos profesionales de los trabajadores sociales, en los intercambios en el seno de los equipos. Una carencia real y masiva, empero, y también aflictiva porque, encerrados en prácticas cuya teoría se encuentra masivamente ausente, los agentes no van más allá del caso por caso, del tramo de vida, de la anécdota más o menos pintoresca. La inexistencia de una visión de conjunto<sup>3</sup> dificulta el diagnóstico pertinente de las situaciones, con conocimiento de causa, así como la identificación del poder y los límites de la intervención social. El *turn-over* y la desmotivación de los profesionales encuentran aquí, en parte, sus raíces.

Nadie pretende que el trabajo teórico posea la llave mágica capaz de suprimir las incertidumbres de la práctica, las vacilaciones de los agentes y el malestar de las poblaciones acerca de las cuales intervienen. Sin embargo, el trabajo teórico es algo demasiado serio y estratégico para dejarlo solamente en manos de los expertos diplomados. También los trabajadores sociales deben tomar en él parte y partido. Sobre todo porque, cuando uno sabe, tiene más posibilidades de hacer lo que imagina que puede o debe hacer. Cuando uno sabe, puede hacer menos por la gente y un poco más con ella. Tal es el punto clave: no sugiero abandonar la actividad concreta para consagrarse a los grandes estudios superiores, propon-

3. «Visión de conjunto», «conjunto organizado», «sucesión ordenada», son otros tantos referenciales del término *teoría*.

go que las intervenciones sean lo más inteligentes posible, y que los que intervienen sean lo más lúcidos posible. Y esto implica el trabajo teórico regular. Aquí reside la gran dificultad del trabajo social, tanto en los campos concretos de intervención cuanto en la capacitación inicial y permanente: no sólo falta personal cualificado, ni únicamente medios y equipamientos. Faltan también conceptos, definiciones, construcciones teóricas capaces de producir análisis fundamentados al máximo y, por ende, orientaciones y direcciones para la acción. Lo mismo que en otros campos, en el del trabajo social la cuestión estratégica del cómo hacer no agota en absoluto la cuestión radical del por qué hacer, para quién, contra quién.

La presente obra quiere contribuir a este indispensable trabajo de dilucidación teórico-práctica.<sup>4</sup>

Se compone de tres capítulos autónomos, centrados cada uno de ellos en un tema, pero vinculados entre sí por cuanto las elaboraciones se van abriendo paso al ritmo de los desarrollos sucesivos.

El primer capítulo propone una definición del trabajo social que esperamos resulte suficientemente argumentada y sea, por tanto, discutible y dé pie a la rectificación, incluso en el plano de las prácticas concretas. Se expondrán numerosas situaciones que corroborarán el carácter operativo de dicha definición.

El segundo capítulo despliega tres figuras emblemáticas: la caridad, el hacerse cargo y, por último, el tomar en cuenta. Tres modalidades particulares de intervención que convocan a personajes típicos y definidos, y que persiguen metas singulares. Poner al descubierto sus puntos de choque, pero también sus lazos recíprocos, resulta esencial para la comprensión de las intervenciones sociales que se practican hoy día y aquellas otras que podrían emerger.

El tercer y último capítulo sitúa como punto de debate la noción general de clínica, y despliega los mecanismos, la lógica y el modo de empleo de una perspectiva precisa: la clínica transdisciplinaria de la intervención social. Esta clínica específica resulta de la definición del trabajo social, una definición que, a su vez, ella profundiza y hace avanzar. Razón por la cual dicha clínica no puede ser ni uni-

4. En la bibliografía que consta al final del volumen se encontrarán las referencias de los principales textos citados en este trabajo.

lateralmente psicológica ni ideológicamente neutral. Por otra parte, su índole transdisciplinaria torna más explícitos principios y procedimientos ya presentes en los dos primeros capítulos de la obra.

Se trata entonces de poner a trabajar los enigmas, de interpretarlos y, si es posible, superarlos. E igualmente de registrar el desafío que implican: justamente porque el trabajo social no posee el monopolio de lo social, porque mil otros dispositivos teóricos y prácticos se ocupan o pretenden ocuparse de él, y porque de lo social todo el mundo habla, pero son muy pocos los que declaran exactamente de qué se trata. Dilucidar la naturaleza, el poder y los límites del trabajo social debería ampliar nuestra comprensión de lo que quiere decir, estrictamente hablando, «social»...

Razón última de mi apasionado interés por el trabajo social, al que considero expresión ejemplar de lo que cabe entender por «social», cualquiera sea el contexto en que éste aparezca.

Por último, quisiera agregar que la edición original de este libro fue publicada en francés, bajo el título de *Pourquoi le travail social*? *Définition, figures, clinique* (París, Dunod, 2003), seguida por una reedición en 2005. La presente traducción española, en la que tuve el placer de colaborar, retoma la totalidad del original francés, pero contiene muchos agregados y desarrollos inéditos. Me alegra proponer este libro, concebido como un instrumento de trabajo y de discusión, en mi lengua materna.

## 1

## ¿Es posible, es necesario definir el trabajo social?

Hay dos maneras harto diferentes de entender una pregunta.

Puede ser entendida como una *forma retórica*: la pregunta es una cláusula de estilo, una afirmación seguida de un punto de interrogación. Basta reemplazar este signo interrogativo por uno exclamativo para que la pregunta se transforme en respuesta. Una transformación automática, puesto que pregunta y respuesta son dos caras de la misma moneda, y el rol de la respuesta consiste en clausurar la pregunta lo antes posible, concluir para pasar a cosas que se suponen más concretas. Muchas veces se enuncian preguntas como quien deja una bolsa en el suelo: para librarse de una carga molesta. Despojada de todo carácter dramático, la pregunta no es sino una astucia pedagógica.

Entendida como una *banda roja*, la pregunta está en el punto inicial de un viaje y asimismo en todo su transcurso: llegar a destino consiste en hacer que la interrogación de partida sea habitada para quien la formula y habitable para cualquier otra persona. Mantener una pregunta constantemente a la vista permite elaboraciones, aclaraciones, puntos de no retorno, respuestas que abren posibilidades inéditas y, por supuesto, nuevas preguntas. Condición sine qua non: la pregunta ha de plantearse filosóficamente, es decir, sin transigir sobre el *porqué*. Trabajar una pregunta supone dejarse trabajar por ella.

## ¿Es posible definir el trabajo social?

Esta primera cuestión atañe al poder, la capacidad, la competencia, la aptitud. ¿Puedo yo, podemos nosotros, definir el trabajo social? ¿Contamos con los medios que ello exige? ¿Disponemos de experiencias numerosas y variadas, de investigaciones consistentes, de conocimientos pertinentes, de metodologías probadas, de conceptos suficientes como para que tal definición pueda ser producida?

Los recursos no faltan. La historia del trabajo social incluye sus instituciones, sus prácticas, sus prácticos y sus destinatarios; así como toda suerte de documentos que preparan o acompañan esa historia, comentan su evolución, muestran huellas de las experiencias en curso y perfilan desarrollos posibles. Producir informes destinados a tutores administrativos e interlocutores judiciales es una de las tareas habituales de los trabajadores sociales. Una prensa especializada cubre el sector. Jornadas de estudio, ciclos de formación inicial y permanente, numerosos coloquios profesionales y/o científicos se celebran con regularidad. Además de una abundante literatura gris producida por instituciones públicas y privadas, estudios de orientación psicológica, económica y sociológica se ocupan del trabajo social, movilizándolo verdaderos ejércitos de expertos, asesores, evaluadores y consejeros... Una producción prolífica, sumamente despareja, pero rica en reflexiones, descripciones y puntos de vista.

Si se examinan estos recursos con atención, sale a la luz un dato más que sorprendente: por regla general, el trabajo social es tratado según una modalidad particular que llamaremos *indefinición*. Todo el tiempo se lo presupone, se lo presume, se lo sobrentiende. Su naturaleza, su fuerza, su poder, sus límites, quedan sistemáticamente en la sombra. Como si aquello de lo que se ocupa el trabajo social y los mecanismos que a este respecto moviliza fueran algo obvio. Como si lo que produce y lo que en ningún caso puede producir fueran evidencias. Como si ya se supiera, y de una manera relativamente exacta, lo que el trabajo social puede y no puede, debe y no debe, es y no es.<sup>1</sup>

1. Ello incluso en la obra, muy relevante sin embargo, coordinada por J.-N. Chopart (2000): se llega a escribir allí «social», «en lo social», etcétera, entre comillas: un procedimiento habitual para sobrentender lo que precisamente se trata de definir. Pero sabemos que poco cosa separa al sobrentendido del malentendido.

De ahí la abundancia de discursos más o menos alegóricos en los que se evoca un trabajo social al que no se ve vivir en sus obras cotidianas, que parece etéreo, inmaterial; o, por el contrario, narraciones de experiencias donde la acumulación de detalles y tramos de vida usurpan el lugar del análisis. Relatos psicológicos o sociológicos que hacen del trabajo social la antecámara, para unos de una terapia, para otros de un proyecto político. O que incluso lo transforman en un dato universal presente en todas partes y en toda ocasión.<sup>2</sup> Informes de evaluación a menudo sagaces consideran definitivamente aclarada la cuestión de su pertinencia y su lógica: ¿es por eso por lo que no se detienen en ellas? Algunos hablan de educadores y de trabajadores sociales, una conjunción en la que se sobrentiende que los primeros no formarían parte de los segundos. Ciertos educadores explican que, a diferencia de los asistentes de servicio social, ellos «no hacen tarea social, sino educativa»: sin embargo, lo educativo de los educadores sociales no se asemeja en absoluto a lo educativo de los docentes, quienes son especialistas en ciertos dominios (química o sociología), mientras que los educadores denominados (en Francia) «especializados» intervienen en toda clase de campos: ¿especialización borrosa? Unas veces se incluye en la denominación «trabajadores sociales»... a trabajadores sociales y también a otros empleados de las instituciones sociales (psicólogos, enfermeros, médicos); otras veces se habla de trabajadores sociales: «antiguos» o «tradicionales» (educadores, asistentes sociales, animadores) y «nuevos» (jefes de proyectos, mediadores, agentes de desarrollo); algunos anuncian la sustitución del trabajo social por la intervención social. En la medida, sin embargo, en que permanecen tanto indeterminados qué es y qué no es el trabajo social, hay tantas razones para afirmar una cosa... como la contraria.

¿Preferiremos pues la definición propuesta en su momento por los discapacitados (es discapacitado aquel a quien la Cotorep [Com

2. Una representación evidentemente inverificable. Véanse los trabajos pioneros de M.-A. Rupp, asistente social, o del doctor M. David, quien introduce la supervisión en el servicio social francés. Ídem la sendadefinición realmente grandiosa que da la ONU e 1955 (el trabajo social «adapta a los hombres a las estructuras y, reciprocamente, las estructuras a los hombres»), o el volumen titulado *Le travail social*, editado por la Documentation française y la ANPE (Agencia nacional por el empleo, colección «Rome 1996»). Se nos informa, por ejemplo, de que a comienzos de nuestra era «los trabajadores sociales [...] eran los frailes y los sacerdotes». ¡Una impresionante simplificación histórica!

*mision technique d'orientation et de reclassement professionnel*: Comisión técnica de orientación y reclasificación profesional] reconozca como tal? «Trabajo social es aquello que practican los trabajadores sociales»: he aquí una hipótesis razonable, pero en última instancia vacía ya que, en ausencia de definición, ¿cómo saber que todo lo que hacen los trabajadores sociales pertenece al trabajo social...?

Obsérvese no obstante que aquí se trata de una *indefinición*, un neologismo con el que quisiera indicar no tanto una ausencia de definición, una lamentable carencia, sino más bien una ausencia de definición explícita, manifiesta. En efecto, la vasta literatura disponible produce un buen número de conocimientos y testimonios, mientras que por su parte las prácticas profesionales se centran en problemas específicos: unos y otras se refieren sin duda al trabajo social. Lo que falta, entonces, no es una definición, sino un reconocimiento de definición, una definición manifiesta: hoy día dicha definición es puesta en ejercicio, pero no es puesta en escena. Lo cual, en resúmenes cuentas, parece más inquietante. Cuando una definición permanece implícita, cuando no se la justifica, cuando no se la fundamenta, su discusión encuentra toda suerte de trabas y escollos, y escasas probabilidades de una rectificación argumentada. La definición no dicha provoca adhesión o rechazo, sin saber por qué ni en qué. Pese a la buena voluntad de los prácticos y los teóricos, el dogmatismo de la evidencia hace de ley.

En realidad, antes de discutir de los contenidos de tal o cual definición, un interrogante espinoso se plantea en cuanto al estatus mismo de la definición, un interrogante altamente estratégico del que muchas cosas dependen. Lo formulamos así: ¿es posible un conocimiento objetivo del trabajo social?

Los escritos, las experiencias, los testimonios, ¿traducen una madurez conceptual y empírica suficiente para intentar con el trabajo social lo que se ha podido hacer con otras configuraciones, como la naturaleza, la sociedad o la vida psíquica?

¿Es concebible o, por el contrario, radicalmente absurdo construir una teoría con pretensiones científicas que ayude a orientarse en la profusión de edificaciones conceptuales y en el dédalo de las diversas y variadas experiencias incluidas en la rúbrica «trabajo social»?

¿Es posible no sucumbir al «caso por caso», o sea al empirismo según el cual la historia recomienza con cada situación que se pre-

senta, sin al mismo tiempo abandonarse al formalismo del *déjà vu*, del «caso que ya conocimos muchas veces», que aplica recetas en lugar de promover lógicas? ¿Se puede inventar una clínica de la intervención social?

Desafío nuclear: saber qué es el trabajo social, de qué se ocupa y cómo lo hace, qué cosas se juegan en las prácticas concretas de los trabajadores sociales. Aquí es cuestión de *saber*, de *conocimiento*, más acá y más allá de opiniones, sensaciones, posturas. Pasar de lo vivido a lo sabido, de la conciencia y sus representaciones a la teoría y sus argumentaciones... Por supuesto, el saber es falible y por tanto perfectible, indefinidamente perfectible, y aquí reside su diferencia radical con las creencias y las evidencias, siempre tentadas por la indefinición. El saber es una construcción lenta, un proceso colectivo en el que cada uno contribuye como puede, regido por una exigencia de definición, de prueba, de rectificación. Por eso se debe hablar de discurso con *intención científica*, más que de «curso científico», fórmula equívoca que remite a «la ciencia», una entidad nebulosa y situada fuera del mundo...

¿Es concebible esta intención científica en relación con el trabajo social? Sea la respuesta positiva o negativa, o incluso dubitativa ya que numerosos sobrentendidos quedan por despejar, sostenemos que tal es, precisamente, la clave de la definición del trabajo social. Se trata de saber si es posible saber.

### ¿Es necesario definir el trabajo social?

Esta segunda cuestión conecta con toda una serie de temas. ¿Es preciso definir? ¿Es necesario, útil, conveniente, razonable?

Definir ayuda a no equivocarse de blanco, a identificar los problemas que requieren solución, a no pedirle al trabajo social lo que de ninguna manera puede hacer. Dicho con otras palabras, equivócase de definición acarrea consecuencias materiales considerables. Las más de las veces, el concepto erróneo intensifica las dificultades de la práctica y las desorientaciones del profesional.

Si en materia de vivienda, escolaridad, salud física y/o mental, delincuencia juvenil, etcétera, el profesional pergeña soluciones enteramente relativas y al mismo tiempo considera que un trabajo social a la altura de sus misiones debería lograr perfecta y acabada-

mente sus fines, terminará poniéndose en una situación insostenible, más de una vez dolorosa, y sus acciones resultarán cada vez más descalificadas hasta para él mismo, sin hablar de los destinatarios y de los tutores administrativos y políticos... En realidad, lo que conviene investigar de cerca es la definición de trabajo social subyacente (véase la pág. 41).

El trabajo de definición moviliza a sujetos humanos interesados en su despliegue, empeñados tanto personal cuanto profesionalmente en su realización. Una voluntad de saber que no puede asentarse sin riesgos ni cuestionamientos, sin alguna polémica con los colegas, sin algún desajuste con el poder institucional. Ni, tampoco, sin esbozar relaciones más confortables con unos y otros. Porque el saber, lejos de localizarse en la sola cabeza, irradia en los gestos, las miradas, las actitudes, la manera de ser y de actuar. No se reduce a una mera construcción mental. A partir del momento en que uno sabe ciertas cosas, ¿continuará haciendo lo mismo que antes de saber, de la misma manera, con las mismas personas, con los mismos fines? ¿Es esto posible, deseable, aguantable? Nada más engañoso que el adagio según el cual «el saber no ocupa lugar»...

Empeñarse en definir el trabajo social no constituye una operación políticamente correcta. Esta operación, que es de hecho una construcción, implica interrogar los proyectos institucionales, los objetivos declarados, las justificaciones suministradas, las prácticas realizadas en los servicios, las intervenciones desarrolladas por los trabajadores sociales, los problemas que se supone padecen los individuos y los grupos apuntados por el trabajo social. También que dan en entredicho las tutelas administrativas y políticas, lo que éstas financian, administran, controlan y evalúan, sin olvidar las políticas sociales, los temas tomados en cuenta y los dejados de lado, la convergencia completa, parcial o nula entre el punto de mira oficial y el objetivo real de dichas políticas...

No siempre hay interés en saber. Se juega en esto, al parecer, la paz de las parejas, ya sean éstas conyugales, amistosas o profesionales... Razon por la cual es habitual confinar este tipo de interrogaciones a espacios *ad hoc*, al abrigo de toda intemperie, tipo seminario, biblioteca y otras áreas supuestamente no productivas. Entreveamos aquí una meta altamente sanitaria e indudablemente social: ¿por qué incomodar a los burócratas «lenguas de aparato» obsesionados por verificar hasta qué punto la realidad no se deja

encasillar, por qué distraer a los trabajadores sociales de las urgencias de la práctica, por qué recargar a los destinatarios del trabajo social, quienes se supone tienen ya suficientes problemas?

Saber cuesta caro, pero la cultura del desconocimiento tampoco es gratuita. Lo prueba el mito de Adán y Eva: sólo una vez expulsados del Paraíso, cuando comprendieron que el saber y el goce funcionan muy bien juntos, cesaron de aburrirse. Una experiencia de la que numerosos humanos no están aún al corriente.

## Dialéctica de la definición

No se reducirá esa realidad compleja que es el trabajo social a unos pocos enunciados simples, esto es, simplistas y simplificados: definir no es clasificar, ordenar, poner en casillas. Tampoco es una convención ni un axioma.

La definición se sostiene sobre una posición que ella representa sin por eso agotarla. Momento particular en una cadena, cabeza de puente de un proceso, portavoz de una problemática. No se justifica por sí sola, ni se limita a su puro enunciado. Comprender una definición equivale a desplegar la problemática que pone de relieve. Cualquiera sea su extensión, toda definición resulta siempre excesivamente corta, inacabada e inacabable, y necesita ser completada y rectificada sin cese.

¿Cómo fue construida la definición que aquí se expone? La explica una *dialéctica* en la que podemos esquematizar dos momentos principales que están, a la vez, en tensión, opuestos y entremezclados.

*Primer momento: dar razón de una realidad*

La definición que propongo está vinculada a un movimiento de investigación bibliográfica y empírica que abarca varios decenios, y que continúa todavía hoy día. Investigación bibliográfica: lectura analítica de una parte de la abundante literatura (literatura gris, escritos profesionales, escritos de orientación psicológica, sociológica y económica, textos oficiales, documentos sindicales). Investigación empírica: estudio de las políticas públicas, conocimiento crítico de la labor de los servicios sociales y -factor de primera importan-

cia- clínica de la intervención social («supervisión de las prácticas»), participación en debates, coloquios, cursos de formación, etcétera.

En su avance, esta investigación que se desarrolla en dos frentes va delineando una problemática, una manera de pensar el trabajo social, de explicar sus procedimientos, sus efectos, sus instituciones... Mientras que, por su parte, esta problemática de más en más delimitada da lugar a las versiones sucesivas de la definición.

La investigación acredita el carácter plausible y operativo de la problemática, situándola en el tiempo y en el espacio. Sin embargo, por más rigurosa que sea, la investigación nunca es suficiente para forjar una problemática, y menos aún para garantizar su legitimidad. Es cierto que una leyenda tenaz pretende que la problemática resulta de la acumulación de datos y de la compilación de hechos. Una leyenda no del todo falsa, porque en efecto mucho se debe leer, cotejar, discutir, preocuparse por las prácticas reales y concretas del trabajo social, sumergirse en ellas. Pero tampoco es del todo verídica: si el trabajo de indagación no es aguijoneado por hipótesis y construcciones teóricas preexistentes, relativamente establecidas y articuladas, simplemente no tiene lugar, no puede tener lugar, queda suspendido en el aire. Intervienen siempre determinadas orientaciones, prescripciones y posiciones. Incluso si el sujeto que las pone en obra no está demasiado al corriente: aun descosida, aparentemente sin ton ni son, su investigación va en ciertas direcciones y no en otras, sigue ciertos cauces y no otros. Tenaz, indefectible, consistente, una problemática permite visualizar ciertos hechos y no otros, induce ciertas interpretaciones y no otras.

Más aún, ninguna problemática sale indemne de las investigaciones que orienta: poner una problemática en acción equivale a ponerla a prueba. Resulta un movimiento de rectificación constante, de reajuste y reestructuración de fondo y de forma. Desconfiemos, pues, de esas problemáticas cuya pertinencia es indefectiblemente confirmada por la investigación bibliográfica y empírica: signo, en principio, de rigidez teórica, de falta de maleabilidad, de plasticidad. ¿Cómo tener siempre razón, pase lo que pase? Pero desconfiemos igualmente de esas problemáticas que cada nueva investigación pone en duda: señal, en principio, de fragilidad, de inconsistencia conceptual. Volvemos a toparnos con un movimiento semejante cuando, en la tercera parte de este libro, hablemos de la clínica.

## Segundo momento: el trabajo de invención

Definir implica distanciarse de lo que aparece como real: la vocación de una definición no es coincidir con lo que existe, adherirse hasta disolverse en ello/Definir implica volver comprensible lo que existe bajo la denominación de *trabajo social*... pero renunciando a la ilusión de que habría que incluir todas y cada una de las ocurrencias del trabajo social, todas las instituciones y todas las prácticas que esgrimen esta condición. Distanciación e inmediata, alejamiento y cercanía.

Se trata de un movimiento doble. La definición explica cómo y por qué instituciones y prácticas que aparecen bajo la etiqueta de «trabajo social» corresponden efectivamente a éste, en función de criterios caracterizados de manera precisa. Y explica asimismo por qué no están en ese caso todas y cada una de esas instituciones y de esas prácticas, que corresponderían entonces a otras problemáticas (sindical, humanitaria, cultural, etcétera).

Carácter forzosamente restrictivo y selectivo de toda definición: en la medida en que ésta pretenda incluir todo tipo de prácticas, dispositivos, acciones y comportamientos, más vaga y genérica se tornará, en perjuicio de su capacidad explicativa. Para explicar, debemos renunciar a los grandes discursos universalistas, pasablemente vacíos a fuerza de querer abarcarlo todo.

¿Deben descartarse pura y simplemente las instituciones y prácticas que no entrarían en la definición del trabajo social, aun a riesgo de dejar escapar situaciones significativas? A la inversa, ¿debe extenderse la definición so pena de imprimirle un cariz excesivamente ecuménico?

Estando en juego una relación dialéctica, no es del todo ni lo uno ni lo otro. Las instituciones dejadas fuera por la definición tienen razones para reivindicar su pertenencia al trabajo social (gracias a su reconocimiento jurídico, a las declaraciones de sus dirigentes, a las convicciones de los asalariados, a las expectativas de las poblaciones de las que se ocupan). Pero también la definición, edificada sobre una problemática lo más rigurosa y verificada posible, puede defender sus posturas. En un caso y otro habrá que justificar, argumentar, verificar.

Una cláusula es esencial: el ir y venir ininterrumpido entre la definición —y la problemática que la sostiene— y la realidad a la que

apunta, los desajustes entre la definición teórica del trabajo social y el trabajo social en sus obras prácticas... Hay empirismo<sup>3</sup> cuando se olvida que si la realidad existe y funciona según sus propios mecanismos, independientemente de toda representación, sin embargo la realidad no habla, no dice nada: es indispensable interrogarla gracias a hipótesis pertinentes que, a su vez, darán lugar a lo que llamaré el *trabajo definicional*, para enfatizar que estamos en presencia, no de un acto, sino de un proceso. El empirismo es la creencia según la cual los problemas de la gente son «evidentes», saltan a los ojos, se imponen a la mirada del profesional sin que la interpretación consciente y sobre todo inconsciente que éste pone en obra juegue ningún rol activo. ¡Como si la práctica profesional pudiera ser concreta en ausencia de un profesional que la nombre y la trate como tal!

A la ingenuidad empirista se enfrenta el dogmatismo teorista.<sup>4</sup> Éste menoscaba un hecho fundamental: toda definición pasa por rectificaciones constantes, puesto que la realidad no se reduce al conocimiento o a la representación que podemos forjar a su respecto. Ninguna teoría abarca, menos aún agota, la realidad a la que se refiere: cada vez, ésta se halla más o menos presente y por ende más o menos ausente. De ahí que consideremos ciertas teorías más interesantes, más fructuosas y prometedoras que otras. ¡Cuestión de dosis! Por esto diremos que los usuarios del trabajo social, cualquiera sean sus problemas efectivos o virtuales, son irreductibles a sus síntomas./

Moralaja: un análisis dialéctico supone renunciar a la ilusión del punto cero, del despegue absoluto, al postulado metafísico de la creación *ex nihilo*. Importa comprender que al comienzo de las instituciones, de las relaciones, de los individuos y de los grupos se encuentran procesos. Por esto nos ocuparemos tanto del trabajo social existente como de las condiciones necesarias para que el trabajo social sea posible./

3. *Empirismo*: término filosófico para designar el así llamado «tramo de vida», la «vivencia personal» y otros sentimientos elevados al rango de explicación... ¡inexplicable!

4. *Teorismo*: posición que retrasa indefinidamente el momento de ponerse manos a la obra, de echarse al hombro las incertidumbres de lo real y los titubeos de la acción...

## Espacio socio-histórico del trabajo social

Entre 1968 y 1975, en Francia y otros países, el trabajo social (y también la escuela, la familia, la justicia) fue cuestionado en cuanto a su razón de ser, sus funciones efectivas, su papel en la reproducción de las relaciones sociales, y su condición de instrumento de los poderes instituidos. Su imposible neutralidad ideológica y política parecería de manera evidente. La hipótesis sociológica del control social ocupaba el puesto de mando. Una hipótesis excesivamente unilateral porque concede una superpotencia a los controladores, al tiempo que menoscaba la potencia (relativa pero real) y las estrategias (idem) de los controlados. Pero fue, en su momento, una hipótesis interesante para indagar en la utilidad individual y colectiva del trabajo social.<sup>5</sup>

Después de esa época, esos interrogantes han sido desechados. Algunos consideran que han recibido ya respuesta (?), mientras que otros, algunas veces los mismos, los consideran superfluos, excesivamente generales, anacrónicos, demasiado «políticos» y no bastante «sociales». Muchos consideran que dichos interrogantes no tienen gran sentido, habida cuenta de un sentimiento perdurable de impotencia para incidir en el orden de las cosas. En el trabajo social, como en otros dominios, hoy día el realismo impera, lo cual comporta una alta dosis de resignación al neoliberalismo triunfante. Con la crisis del compromiso militante de por medio, las interrogaciones explícitamente políticas pasan al segundo o tercer plano. Las reemplazan los cuestionamientos subjetivos, curiosamente imaginados como neutros, la preocupación por las condiciones de trabajo y de capacitación profesional, el *partenariado* y las redes de comunicación, mientras que el destino de los individuos y los grupos de los que se ocupa el trabajo social aparece poco o nada conectado con las condiciones sociopolíticas del capitalismo contemporáneo. Un manto de humanismo más o menos psicologista cubre esta naturalización del mundo, y dispensa de interro-

5. *Pourquoi le travail social?*, dossier de la revista *Esprit* (1972); en 1998, bajo el título de *A quoi sert le travail social?*, la misma revista publica un nuevo dossier... que reproduce grosso modo puntos de vista semejantes a los de 1972, sin ocuparse del proceso de producción específica del trabajo social... En la misma línea, Verleys-Leroux (1978); Meyer (1977); la revista *Champ social*...

gar el sentido del trabajo social o, peor aún, pretende considerarlo como una evidencia...

Sin embargo, la fuerza de las orientaciones neoliberales prácticamente en todos los campos de la existencia individual y colectiva, así como su contestación cada vez más extendida, tornan difícil eludir este tipo de interrogaciones cruciales: ¿cuáles son, hoy, la pertinencia y la utilidad del trabajo social, sus funciones y roles? Interrogación política, económica, profesional, existencial.

La respuesta depende, en parte por lo menos, de lo que se entiende por *sociedad*. Conviene entonces detenerse en este tema teórico-político, para abordar luego la cuestión del trabajo social.

### ¿Sociedad o formación económico-social?

El término «sociedad» ha logrado imponerse como una evidencia automática, al punto que hoy día la consideramos como natural y necesaria. Decimos entonces que vivimos en sociedad (grande-pequeña, abierta-cerrada, desarrollada-subdesarrollada, etcétera) como decimos que respiramos o que dormimos, que en la sociedad pasó esto o aquello, que tal comportamiento es admisible o no lo es para la vida en sociedad, etcétera. Es éste el sentido genérico, finalmente polisémico, de dicho vocablo: «sociedad» puede ser reemplazada por sinónimos, perfrasis u otras construcciones lingüísticas sin que ello afecte a sus contenidos y sentidos. Pero cabe también utilizarla como concepto, en cuyo caso pasa a ser una denominación controlada de uso relativamente circunscrito que según modalidades peculiares designa fenómenos igualmente peculiares, con lo que en consecuencia todo sinónimo arriesga alterar el sentido, el alcance y por supuesto los límites. Donde el término «sociedad» adquiere estatus de concepto es en la sociología, en las ciencias sociales: Émile Durkheim fue uno de los padres fundadores de la sociología precisamente por haber forjado y puesto a prueba este concepto.<sup>6</sup>

Consecuencia importante: el término «sociedad» no es el único susceptible de designar el vivir-juntos, la convivencia pacífica y/o bel-

6. *Forjar conceptos clave y ponerlos a prueba* constituye un doble movimiento que encontramos en los fundadores de problemáticas, como Marx, Freud y Lacan. Por su parte, E. Durkheim forja el concepto de «sociedad» sobre todo en *Las reglas del método sociológico* (1912), y lo pone a prueba y apuntala en sus otras obras.

cosa de individuos y grupos, el funcionamiento de instituciones y dispositivos. No es el único capaz de identificar las lógicas desplegadas en las diversas modalidades de coexistencia humana (durante siglos se habló de «valle de lágrimas»). Se trata de un término codificado, sobredeterminado. Si bien los humanos viven siempre en sociedad (en el sentido genérico del término), no siempre integran una sociedad (en el sentido conceptual). De ahí que, según numerosos autores, el individualismo hoy día hegemónico impida «hacer sociedad», y nos amenace de caer en plena «disociedad». Vivir en sociedad en el seno de una sociedad que según parece lo es cada vez menos: diferencias terminológicas que no constituyen en absoluto una argucia de lenguaje. ¿Si no hay ya sociedad, dónde pues estamos viviendo?

Para comprenderlo, deconstruyamos el concepto de sociedad.<sup>7</sup> Son movilizadas una condición necesaria y una condición suficiente. Condición necesaria: el hecho de vivir-juntos, en relaciones económicas y políticas dadas, con arreglo a leyes, reglamentaciones y preceptos. Este vivir-juntos puede ser feudal, capitalista, socialista, etcétera. Condición suficiente: este vivir-juntos es confirmado por deseos subjetivos y voluntades colectivas, por valores comunes, principios, aspiraciones, ideales, modelos compartidos. Confirmado, o sea que individuos y grupos aceptan el orden social, lo quieren, lo defienden, y no imaginan que pueda cambiar radicalmente. Se desprende así un consenso (término clave!) en cuanto al carácter legítimo y necesario del vivir-juntos existente, el consentimiento al orden social tal como éste funciona: en él se reconocen diversos estratos y clases sociales, más acá y más allá de sus antagonismos económicos, culturales y políticos, de sus diferencias de género. Si falta este consenso, puede haber vida social, relaciones sociales, pero no sociedad (aparece entonces la así llamada «disociedad»<sup>8</sup>).

7. Deconstruir, que no es en absoluto un sinónimo de destruir, consiste en interrogar fenómenos a los que se niega todo carácter natural y evidente, que se consideran pues como *construcciones históricas* que, lejos de caer del cielo, están compuestas de ciertos materiales y obedecen a determinadas lógicas (presupuestos, objetivos) que se tratan de identificar y explicar.

8. Un postulado constitutivo de la problemática sociológica y que formuló, entre otros, el sociólogo funcionalista Merton (Karsz, 2001). En este sentido, muchos autores lamentan que los hombres «no hagan ya sociedad», o la hagan cada vez menos; aunque por supuesto, dichos hombres siguen viviendo en el único espacio posible: la sociedad. A mi manera de ver, no es que los hombres no hacen más sociedad, sino que sus comportamientos confirman cada vez menos lo que creíamos que era la sociedad.

La sobredeterminación del término «sociedad» remite a una entidad superior (una «cosa», explica justamente Durkheim): la sociedad es una sustancia situada antes y después de las mujeres y los hombres particulares que la componen, de las relaciones económicas, políticas e ideológicas que la hacen existir y de las que depende su perpetuación.

Aluden a la «sociedad» metáforas como exclusión, lazo social, fractura social o cohesión social (por eso se dice de los excluidos que están fuera de la sociedad, pese a que por supuesto están dentro...). Aclaremos: cuando se dice que la sociedad está en crisis, lo que vacila es menos la sociedad real, con sus avances y sus atolladeros, que, sobre todo, la fe prestada a valores e ideales considerados intangibles y que se supone sustentan el vivir-juntos. Un imaginario social se encuentra en crisis: en particular, las representaciones de lo que se entiende o entendería por sociedad. Ha sido afectada la creencia de que el progreso sería sinónimo de bienestar general y generalizado, de que el crecimiento económico impulsaría la creación de empleos que a su vez mejorarían indefectiblemente la suerte de todos. En resumen, se trata de un estrechamiento de la condición suficiente y de un impetuoso ascenso de la condición necesaria. Las relaciones sociales aparecen un poco más al desnudo que hace 40 o 50 años, la pobreza y la riqueza son apenas sublimadas por justificaciones metafísicas, las desigualdades se exhiben, ostensibles, si no descartadas: la sociedad real se asemeja cada menos a la sociedad ideal; la sociedad en que vivimos de hecho se aleja vertiginosamente de aquella en la que creíamos vivir...<sup>9</sup>

Se comprende entonces el porqué de cierta decepción con respecto al trabajo social. Si se parte del postulado según el cual la sociedad existente constituye un espacio de expansión potencial para todos y cada uno de sus miembros, el trabajo social tendría la misión de hacer converger la condición necesaria y la condición suficiente, la sociedad real y una de sus representaciones. Su finalidad sería prestar ayuda a aquellos sectores cuya situación subjetiva y/o objetiva dificulta sus posibilidades de vivir correctamente (?) en la sociedad tal como ésta existe.

9. He procurado demostrarlo en relación con la *exclusion*, categoría princeps que condensa un conjunto de fórmulas emparentadas (Karsz, 2001).

Sabemos sin embargo que el trabajo social fracasa y que no puede sino fracasar en esta tarea completamente desmesurada. Empeñándose en ella, los trabajadores sociales se enfrentan con obstáculos objetivos y subjetivos de toda índole, erigiendo así un círculo vicioso en el que sus propias dificultades profesionales y subjetivas incrementan las dificultades personales y sociales de las personas que se trata de ayudar. Y no es fácil salir de ese círculo vicioso. De ahí la acusación de «policía de las familias» (Donzelot, 1977),<sup>10</sup> o la exaltación de las competencias psicosociales y gerenciales de los trabajadores sociales sin preocuparse de su alcance ideológico y político, sin olvidar a los sempiternos «realistas» que pregonan la conciliación con una sociedad que no podría ser fundamentalmente distinta de lo que es en la actualidad.

En verdad, hay múltiples razones para sentirse decepcionado del trabajo social, cuando no de la vida en general. Razones que, por supuesto, no tomaremos al pie de la letra. Un efecto, el trabajo social no falla en el absoluto, por esencia, como si tal fuera su inexorable destino, sino en relación con lo que *se supone* son sus misiones, sus funciones, sus tareas. Son pues estas suposiciones las que cabe interrogar. Como he indicado ya, la definición del trabajo social, sus funciones y roles presuponen una concepción de la sociedad, de sus funcionamiento y de sus lógicas. Imposible intentar definir el trabajo social sin definir —implícita o explícitamente— qué se entiende por sociedad, e imposible definir qué se entiende por sociedad sin adherirse o sin impugnar la sociedad existente (como se puede comprobar en el trabajo sociológico de Durkheim). Sólo pagando ese precio a la vez teórico e ideológico puede uno sentirse decepcionado, o por el contrario colmado, o incluso, y sobre todo, ni lo uno ni lo otro...

*Resumamos.* El vivir-juntos aparece designado por construcciones que son cada vez particulares: «valle de lágrimas» (problemática religiosa), «sociedad» (problemática de las ciencias sociales). De ningún modo se trata de sinónimos intercambiables, pues no apuntan a la misma cosa, no son sensibles a las mismas realidades, no

10. En ese momento, Ch. Baudelot y R. Establier realizaban análisis comparables en el campo de la enseñanza. Sin embargo, al subrayar la real sujeción económica, política e ideológica del aparato escolar al modo de producción capitalista sin identificar al mismo tiempo la autonomía relativa pero no menos real y concreta de dicho aparato, estos autores terminan en una denuncia de la escuela, más que en su análisis, y contribuyen al malestar profesional y personal de muchos docentes (Baudelot y Establier, 1980; 1975).

«relaciones económicas» constituye, en el mejor de los casos, una fórmula abreviada: sólo existen relaciones sociales, que son simultánea e inseparablemente económicas, políticas e ideológicas, unas veces de dominante económica (producción de automóviles), otras de dominante política (ejercicio, alianzas y luchas por el poder), otras de dominante ideológica (justificaciones, posturas, programas, ideales, relaciones de pareja, educación)...

Los procesos de producción y los procesos de reproducción mantienen vínculos dinámicos, unidos y a la vez separados por desfases más o menos marcados y conflictos más o menos agudos. La reproducción mantiene con la producción una relación activa, enérgica, viviente y vivaz, que nada tiene de puro reflejo pasivo de la producción económica. No deberá tenerse por una simple relación de causa (producción) a efecto (reproducción). Esta última no se identifica en absoluto con lo que la tradición marxista llama «superestructura»: la reproducción asegura también las condiciones económicas, y no constituye un simple reflejo de la denominada infraestructura. Preocupado por otras urgencias, Marx no tuvo la ocasión de trabajar demasiado esta cuestión harto estratégica.

El proceso de reproducción desempeña un papel que debemos calificar de resueltamente decisivo, crítico, crucial. De ahí el interés profundo y constante que partidos y sindicatos, grupos y movimientos, instancias de gobierno y asociaciones privadas dirigen a las condiciones de reproducción, sean éstas económicas, políticas y/o ideológicas. Es por esto que el trabajo social es importante. Y es por esto, confieso, que personalmente me importa tanto.

#### *Falsa pregunta, verdadero problema*

En las formaciones económico-sociales donde ha sido implementado, el trabajo social asegura *algunas* de las condiciones de reproducción. Su existencia, necesidad y perennidad están garantizadas por su cualidad de engranaje en el seno de los procesos de reproducción de las relaciones sociales. Aquí se reclutan sus públicos, anidan los problemas de que se ocupa, se estructuran las soluciones que puede producir, los límites que es incapaz de transgredir. Formalmente abierto a todo cuanto aparezca, de hecho el trabajo social se dirige masivamente a sectores determinados y a problemas específicos. Si en principio nada de lo humano le es

ajeno, en realidad trata de humanidades particulares, según ciertos ángulos de ataque y con miras a producir un tipo de resultados precisos. Ciertas personas son formadas para ejercerlo (trabajadores sociales) y a otras se las asigna para recurrir a él (poblaciones «con problemas», que podríamos llamar «públicos sociales»): en la organización y funcionamiento de numerosas formaciones económico-sociales, una serie de sectores, campos y segmentos le están reservados, ámbito a la vez sólido, robusto y seguro de las intervenciones sociales.

Su contribución al proceso de reproducción constituye el basamento nutricional y el horizonte irrefragable del trabajo social. Pero hay reproducción y... reproducción. Insistir, como hemos hecho, en la reproducción en tanto proceso de producción de las condiciones de producción permite comprender que el trabajo social no tiene nada de un reflejo pasivo de la estructura económica ni de las relaciones sociales en general. No está teleguiado por ninguna oficina gubernamental. Porque no se trata en absoluto de un dispositivo de control social puro y simple.

Las reformas relativamente cíclicas de que es objeto, las tutorías administrativas y políticas que, no menos cíclicamente, se preguntan qué hacer con él, sus agentes, que se preguntan cómo intervenir más eficazmente y/o de manera diferente, y sus destinatarios, que no cesan de interrogarlo, dan fe de las complejas relaciones que el trabajo social mantiene con las estructuras económicas y el resto de la formación económico-social. Lo mismo que una fábrica produce coches, el trabajo social produce, crea, inventa, hace nacer... algunas de las condiciones que contribuyen a la reproducción de una formación económico-social dada. Se trata de un dispositivo de producción original, creativo e inventivo, de una estructura activa: respecto de las condiciones económicas y políticas, el trabajo social goza de una autonomía relativa pero real, contundente. De ahí los intereses múltiples que convoca, las expectativas de toda índole que despierta, las instancias públicas y privadas que lo encuadran, e incluso las dificultades de definición que suele plantearle a la literatura especializada. De ahí, también, que cada trabajador social sea personalmente responsable de aplicar *hic et nunc* políticas sociales de las que no es en absoluto el autor.

El trabajo social se encuentra obligatoriamente del lado del Estado (Estado central, descentralizado, desconcentrado, autono-

diciones económicas no bastan para la prosecución renovada de la producción de coches, ni siquiera para su prosecución a secas. Porque es igualmente indispensable una serie compleja de condiciones administrativas, jurídicas y políticas capaces de autorizar esas condiciones económicas, capaces de confirmarlas, respaldarlas, justificarlas y hasta imponerlas como normales y necesarias: tareas asignadas al aparato administrativo, al aparato jurídico, al sistema judicial (derecho, contrato y condiciones de trabajo, remuneraciones, deberes, represiones...). Además de las máquinas, se necesitan personas que las accionen, que las reparen, que inventen otras nuevas. Pero las personas no caen del cielo y, encima, se van desgastando en el curso de lo que se suele llamar su vida activa. La renovación de las generaciones es indispensable, lo que necesita que un deseo y/o un accidente convoquen a los humanos a nacer. Ahora bien, nacer equivale a ser situado en una familia («natural», «de acogida»), situada a su vez en un barrio («sensible» \* «sin problemas», «residencial»), en una red de relaciones y de soledades, en un abanico de oficios posibles, de oficios plausibles, de oficios prohibidos. Nacer consiste en ser implicado en una categoría social determinada: de entrada, sin elección alguna, más acá y más allá de todo acuerdo o desacuerdo subjetivo. Queda así dibujada la contribución sociohistórica de las familias al proceso de reproducción social, y por ende las eventuales intervenciones sociales, policiales o judiciales en su seno, el papel de la ubicación institucional y de la adopción de niños... Pero esto no es todo. No basta con nacer y seguir vivo, no basta con sobrevivir a las mil muertes de la infancia (L. Althusser, 1976). Esos animales prematuros que son los humanos tienen necesidad de afectos, crianza, educación, capacitación. Se les inculcan entonces competencias e incompetencias precisas, especialmente por parte del aparato escolar público y privado, en función de los lugares que podrían llegar a ocupar en el proceso de producción, distribución y consumo (lugar de obrero, de empleado, de jefe de esto o aquello, de diseñador, de propietario, de accionista). Capturados por su vida real y sumergidos en sus vidas imaginarias, operan sobre todos y cada uno de los humanos modelizaciones afectivas, idealizaciones morales, concep-

\* La denominación, eufemística, de *quartier sensible* (literalmente: barrio sensible) es utilizada en Francia para designar barrios o zonas «en riesgo» o «problemáticos». (N. de los T.)

ciones sobre la vida y la muerte, una larga serie de satisfacciones, frustraciones y sublimaciones sexuales...

Así pues, están en juego condiciones económicas, condiciones políticas y, por último, condiciones psíquicas que son al mismo tiempo, *indisociablemente*, condiciones ideológicas de reproducción. En efecto, cumplen un papel activo las ideas que las personas tienen en su mente y que realizan o que esquivan en su cuerpo, sus resignaciones y rebeliones, los ideales por los que luchan, los principios por los que se comprometen o que en cambio traicionan, los pánicos y las osadías subjetivas, íntimas. Valores, normas, representaciones, sentimientos relativamente privados juegan un rol indispensable para que prosiga la producción y, más allá, para la perpetuación o para la transformación de la formación económico-social/Esta producción ideológica tiene lugar en instituciones, dispositivos y aparatos especializados, a la vez públicos (como la escuela) y privados (como la familia), entre los que se cuenta el trabajo social.

Si la existencia y la supervivencia de una formación social dependen en última instancia de los procesos de producción económica, de ningún modo se reducen a ellos. Porque estos procesos económicos no funcionan sin componentes políticos, ideológicos, inconscientes. Instancia estructuralmente decisiva de toda formación social, lo económico no lo explica todo.<sup>12</sup> La denominada «ciencia económica» es en realidad una economía política, una economía inseparable de orientaciones y de objetivos políticos; la ciencia económica no puede carecer de compromisos partidarios. Es por esto que, en su dimensión polémica, la obra de Marx se consagra a desenmascarar las orientaciones liberales de la economía política clásica, cosa que sigue valiendo para una buena parte de la economía contemporánea... Si avanzamos un paso, diremos que la expresión

12. Lo económico cumple este papel omniexplicativo en las concepciones economicistas: tanto en el marxismo mecanicista (llamado estaliniano) como en las concepciones neoliberales actualmente hegemónicas. En estas últimas, lo económico –creador absoluto y soberano– se manifiesta en forma de leyes del mercado tenidas por naturales, de Verdad de los precios, de selección necesaria de los individuos y grupos más meritorios y/o más competitivos. Todos estos elementos forman parte de lo que suele llamarse «la ciencia económica», denominación que muchos economistas consideran excesiva. El liberalismo económico encuentra una de sus fuentes en la monumental obra del pastor A. Smith, *Investigación sobre la naturaleza y causas de la riqueza de las naciones* (1776), marcada por una preocupación moralista que el autor nunca abandonó y que sigue marcando el neoliberalismo contemporáneo.

mía, provincia, etcétera), o depende de asociaciones de derecho privado subvencionadas por el aparato del Estado y forzosamente inscritas en una política social de origen estatal, y de más en más internacional: Es igualmente el caso cuando los profesionales ofrecen sus servicios a cambio de una remuneración establecida de común acuerdo con sus clientes. O, de modo aún más explícito, cuando empresas privadas invierten en el trabajo social sumas importantes, de las que descuentan obtener beneficios sustanciales, no sólo simbólicos. El trabajo social hace siempre buena pareja con los aparatos de poder, según una articulación estructuralmente insoslayable, pues se juega en ello su existencia, su razón de ser, su eficacia y sus límites; en síntesis, su definición. Una articulación que no se detiene (¿debido a qué artes de encantamiento?) en el umbral de la entrevista interpersonal o del trabajo de grupo, sino que constituye el objetivo primordial de cada intervención particular, el núcleo de la relación dual, de las visitas a domicilio, de la inserción profesional, de la mediación. Una articulación a la que los públicos abren, o cierran, sus puertas, sus confianzas, su confianza. Una articulación, en fin, que, autorizando las prácticas sociales, justifica la presencia de trabajadores sociales en la calle y en los hogares, en la escuela y en los hospitales, en la intimidad y en la colectividad.

Enmarcado por exigencias económicas y políticas que lo superan, el trabajo social interviene al mismo tiempo sobre ellas. Determinado, es también, a su manera, determinante. Condicionado, dispone siempre de márgenes de maniobra: en tanto que dispositivo sociopolítico y en el núcleo de cada intervención social particular.

Relaciones complejas, relaciones dialécticas. Ni pasta maleable en manos de un Estado todopoderoso, ni cruzada redentora preocupada en asegurar la felicidad de sus fieles/Aun privatizado, sometido a dictados municipales o conducido por técnicos apolíticos (es decir, por partidarios de la política de derechas en vigor), el trabajo social no está enteramente controlado ni es completamente controlable... Goza pues de una autonomía relativa. Relativa, en efecto, parcial, dependiente de lógicas económicas y políticas, nacionales e internacionales, de designios ideológicos que están fuera de su alcance: otros tantos parámetros que recodifican sin cesar sus prácticas y sus discursos. Autonomía, sin embargo, porque nunca se sabe con certeza qué sucede en el despacho donde tienen lugar

las entrevistas, menos aún en las visitas a domicilio o los encuentros en la vía pública/¿Cómo estar seguro de que todos y cada uno de los trabajadores sociales dicen a sus clientes lo que se espera que digan, nada menos, nada más?

Conclusión: preguntarse si el trabajo social sirve para algo, si reviste alguna utilidad, es un ejemplo cabal de interrogación baladí. Si existe, no es sin razón, ni sin causa. Basta con recordar que las sociedades capitalistas no acostumbbran a costear el ocio (de los empleados). Sería incomprensible e inaudito que las formaciones económicas-sociales bajo hegemonía neoliberal financiaran entidades inútiles, prácticas superfluas, dispositivos fundamentalmente improductivos... Entendamos entonces que el trabajo social ocupa un lugar preciso y precioso en la reproducción de las relaciones sociales, en la economía objetiva del capitalismo y en la economía subjetiva de sus destinatarios y de sus agentes.

Tal es la única cuestión interesante y, si se me permite, inteligente: no importa saber si el trabajo social sirve o podría servir para algo, sino para qué, exactamente, sirve ya, de hecho, concretamente, más acá y más allá de las representaciones de sus usuarios y de sus actores. No lo que el trabajo social debiera ser, sino lo que es ya, en la materialidad de sus prácticas y en la realidad de sus quehaceres. ¿Qué es lo que produce, qué es lo que en ningún caso deja de producir, cómo hace para producirlo? No estamos en el registro de los ideales, sino en el de los funcionamientos.

## El trabajo social es un proceso de producción

Si el trabajo social se inserta en el proceso de reproducción de las relaciones sociales, hemos de determinar las modalidades particulares de dicha inserción. De lo contrario, nuestra hipótesis resultaría excesivamente general. En efecto, también la familia y la escuela participan en el proceso de reproducción, donde cumplen un papel activo, por momentos complementario y hasta vecino del trabajo social. Es preciso que mostremos, pues (cuadro 2), cómo y por qué este último constituye un proceso de producción *ad hoc*.

El cuadro 2 se compone de cuatro columnas, cada una de las cuales despliega componentes y funciones singulares: el paso de la materia prima (al comienzo) al producto (al final) señala un pro-

Medios de trabajo y de desarrollo			
Producto de un proceso de trabajo precedente, reestructurado en función de una dominante...	Herramientas, técnicas, metodologías, culturas, profesionales, habilidad...	Agentes provistos de un conjunto de capacidades físicas e intelectuales...	Utilización de los medios de trabajo sobre la materia prima por parte de fuerzas de trabajo calificadas
Situación escolar, de empleo, vivienda, salud, de uno o varios sujetos... significada en función de una dominante ideológica.	Capacitación, modalidad de intervención, evaluaciones. Conocimientos. Normas, valores... Tareas domésticas, alfarería, inserción profesional...	Cualificación socioprofesional de los agentes del trabajo social: trabajadores sociales y cuadros directivos.	Confirmación o tendenciales de la materia prima...
Política social			

greso esencial en nuestra demostración. Dicho de otra manera, pasar por el trabajo social no es nunca una operación anodina.

Las cuatro columnas están interconectadas, se interceptan parcialmente y se influyen, e incluso se determinan recíprocamente. Si cada una expone una dimensión exclusiva, un registro particular, es menester anudar esas dimensiones y articular esos registros para intentar explicar el trabajo social. Porque en ningún caso éste se reduce a las representaciones de sus agentes, a las demandas de sus destinatarios, a los proyectos de sus tutores administrativos y políticos. Ni tampoco, como se verá, a las prácticas profesionales o incluso a las necesidades objetivas y subjetivas de sus usuarios. Estamos en presencia de un *proceso*, que no se confunde pues con ninguno de sus componentes considerado uno a uno. El trabajo social está regido por una lógica de conjunto que intentaremos precisar aquí.

La intervención social se encuentra desde el comienzo con un material, una sustancia, una cosa dotada de una realidad consistente que le provee un asidero, un motivo, una oportunidad para ejercerse. Por regla general, este material es denominado «caso» o «situación», apelación a mi manera de ver incorrecta porque el caso o la situación *resultan* de lo que la intervención social produce, es decir construye a partir de una serie de datos, elementos, fechas, actitudes, comportamientos...

Tratándose de una materia, ésta puede ser caracterizada con alguna objetividad. Es posible saber cuáles son los problemas con los que la intervención social se confronta, enumerar sus rasgos, su lógica, sus desafíos: es posible saber y no meramente opinar, limitarse a un punto de vista o a una impresión. Nuestra hipótesis es: hay trabajo social, es decir, instituciones sociales, prácticas sociales, objetivos sociales, en la medida en que hay —entre otras condiciones, por supuesto— una apuesta por el saber, por la posibilidad e incluso la necesidad de saber. De ahí la referencia, habitual y sin duda indispensable, al derecho, a las ciencias sociales y humanas, al psicoanálisis, a la psicología, a la medicina... Esta referencia marca una de las diferencias de forma y de fondo entre el trabajo social y otras formas de intervención, especialmente las caritativas. Estas últimas prefieren las cualidades (supuestamente) innatas, el sentido común, el amor del prójimo, la empatía humana; las referencias científicas se agregan a dichas cualidades, vienen por añadidura. Por el contrario, cuanto menos saber se pone en juego en el trabajo social, cuanto más bien alegórico, en mayor medida entonces las prácticas del profesional son extranjeras al trabajo social, aunque dicho profesional disponga de diplomas *ad hoc* y haya sido contratado gracias a ese título. Puntuación: numerosos trabajadores sociales no practican el trabajo social, no todo el tiempo, no con todos los individuos y grupos de los que se ocupan.

La materia de la que parte la intervención social, calificada de prima (primera), resulta de procesos anteriores: situaciones escolares, familiares, de empleo y paro, de salud física y/o mental, de vivienda... Reaparece el concepto de reproducción: el funcionamiento *ordinario* de la escuela, la familia y/o las configuraciones psíquicas

de los sujetos, el funcionamiento ordinario del mercado del empleo y de la vivienda generan sin descanso situaciones de las que el trabajo social va a ocuparse. De ellas se nutre. Con ellas nutre a los suyos. No se trata entonces, como muchas veces se pretende, de una «última oportunidad». En primer término, es dudoso que estar apresado en las mallas del trabajo social constituya ipso facto una oportunidad afortunada. En segundo término, siempre hay algo antes, durante o incluso después del trabajo social: la maña para arreglárselas con lo poco que se tiene, la autoorganización bajo forma de colectivos, el vagabundeo, la cárcel, el hospital, el cementerio...

El trabajo social interviene cuando los problemas ya se encuentran presentes o cuando cabe suponer, y por tanto prejuizar, que podrían presentarse. Y sin embargo, de ningún modo se trata de una simple correa de transmisión de los circuitos escolares, familiares, sanitarios, etcétera. Como adelantaba ya, estamos en presencia de un proceso de producción sui géneris. Para comprender cómo procede, decimos que la materia prima es reestructurada o significada en función de una dominante precisa, constitutiva del trabajo social.

Evoquemos una analogía económica. En carpintería, la madera es una materia prima tratada como soporte para hacer muebles; en una casa, para proveerse de calefacción; en los ferrocarriles, para construir rieles. En cada caso, la madera, materia consistente, debe ser sometida a tratamientos específicos en función de la destinación deseada.

El trabajo social procede de manera comparable en sus prácticas cotidianas. En cada caso se exige un tratamiento específico. Considerar la delincuencia juvenil como un síntoma y hasta como una petición de ayuda constituye un punto de vista habitual en el trabajo social, pero no suele serlo para los aparatos policíaco o judicial. Aun cuando estos últimos recurran a dichas construcciones sociales<sup>13</sup> no pueden concederles una importancia preponderante, so pena de disvirtuar o perturbar seriamente sus propios funcionamiento policíaco o judicial. En cambio, cuando la delincuencia no puede ser tratada como un síntoma, el que se complica es el trabajo social mismo: es por esto que un educador o asistente social no

13. Caso explícito, en Francia, los policías de barrio y de prevención; de los jueces de menores, de los jueces de aplicación de penas...

ve bien cómo actuar respecto de ciertas situaciones, que le parecen embrolladas, etcétera.<sup>14</sup> En todos los casos, no es la materia prima (no es el problema del que se parte) la que determina, por su sola fuerza, el tratamiento que se le puede o no otorgar: es precisamente este tratamiento el que juega un papel activo, en la medida en que reacomoda la materia prima, subraya ciertos rasgos, privilegia tal o cual dimensión, imagina tal o cual atributo, y termina por hacerla aparecer bajo una luz particular. El tratamiento produce una puesta en sentido de los datos de los que se parte: y es así como nace un caso o una situación.

Por ejemplo, el psiquiatra anuncia a la asistente social: «Le envío a uno de mis enfermos». Anuncio encriptado de punta a punta. Dedito, seguramente, a la forma en que se hace semejante «envío»... Si la asistente social lo toma al pie de la letra, se topará con graves dificultades para intervenir. Puesta frente a un paciente, es decir, a un sujeto definido por sus solas características psiquiátricamente establecidas, los márgenes de maniobra de la profesional se reducen de manera considerable: por falta de competencias teóricas y clínicas adecuadas. La asistente social tiene la *obligación de intervenir en términos de trabajo social* el anuncio del psiquiatra tanto como la persona que vendrá a verla, movilizándolo para ello –aun sin saberlo– una definición plausible. Si no dispone de tal definición, si ésta queda poco argumentada, vacilará entre los dos extremos de una misma estrategia insoluble: se pondrá a mimar las actitudes, las consignas, los silencios acompañados del psiquiatra, como si la asistente social jugara al «psi» de bolsillo, o bien saldrá a competir con la oficina de acogida y de informaciones del hospital, como si la profesional jugara al guía turístico... Invocará entonces una sarta de prejuicios y de lugares comunes suficientemente arraigados como para que parezcan evidencias indiscutibles, esto es dogmas cuya función esencial es encerrar a quienes les prestan fe... Con una dificultad semejante se encuentran los educadores frente a jóvenes ubicados por decisión judicial en establecimientos en régimen de semilibertad: si la problemática social no constituye el eje de su

14. Así ocurre especialmente en establecimientos de tipo «centro educativo reforzado», «centro de internamiento inmediato», «centro educativo cerrado». Véase mi artículo «Les centres éducatifs renforcés ou le travail social à l'état (presque) pur» (en [www.pratiques-sociales.org](http://www.pratiques-sociales.org), sección «Publications»).

manera de descodificar la orden del juez y de descifrar los comportamientos del joven, dichos educadores oscilarán entre el vigilante *soft* y el compañero *hard*, a menos que se trate de lo contrario...

La mirada define el objeto, asegura Ferdinand de Saussure: las designaciones producen efectos sobre las situaciones que pretenden explicar, haciéndolas aparecer bajo ciertos atuendos, posturas y características, sugiriendo o al contrario dificultando tal o cual tratamiento. Producen efectos aunque sólo sea porque en todo momento otras categorizaciones son factibles, otras modalidades de intervención, otros objetivos... No hay mirada neutra y desapegada sobre una realidad que existiría de cuerpo entero antes de que el trabajo social se ocupe de ella. Cuando la intervención social se equivoca de diagnóstico, acaba inventando problemas que no existen, lo cual acarrea más de una vez consecuencias dramáticas (retirar a un niño de su familia porque se sospecha que es víctima de malos tratos). Ambigüedad, entonces, de fórmulas como «tratamiento de una situación» o «enfoco de un problema»: lo que se trata y se enfoca es al mismo tiempo constituido como objeto de tratamiento y de enfoque...<sup>15</sup>

La materia prima, pues, le llega dada al trabajo social como resultado o producto de procesos anteriores (escuela, familia, economía, etcétera), y en consecuencia corresponderá tenerla más bien por una «materia bruta», subrayando así que desde el comienzo es objeto de un trabajo de apropiación-transformación. A fin de ocuparse de cuestiones de empleo, vivienda, salud física o mental, parentalidad y conjugalidad, infancia y vejez, antes de poder hacerlo y como condición para poder hacerlo, el trabajo social lee estas cues-

(15) No es por esto que la realidad dependa de cómo cada uno la perciba. Primero, porque nadie ve las cosas según su antojo, sino de acuerdo con sus posibilidades, límites, conocimientos, dudas, ignorancias; de acuerdo con sus sentimientos, en buena parte inconscientes; todo ello en función de las ideologías a las que se adhiere, de las ideologías a las que cree adherirse, de las ideologías de las que no se sabe partidario, pero que sin embargo lo organizan y reorganizan sin cesar. Los humanos disponemos, por supuesto, de libre albedrío, de márgenes de maniobra, de capacidad de iniciativa y de subversión, en el seno de relaciones sociales dadas y de configuraciones psíquicas particulares. ¡Se trata pues de capacidades relativas e históricas! Segunda razón para sostener que la realidad no depende de la mirada subjetiva: una clínica de la intervención social es posible y necesaria porque sobre las situaciones abordadas en trabajo social y sobre el tratamiento que éstas reciben, cabe producir un conocimiento objetivo, fundado, probado, discutible con argumentos y pruebas, rectificable...

tiones con arreglo a ciertos códigos, en cierto modo las modela; en todos los casos las interpreta. Se aplica a desarmar, al menos parcialmente, las significaciones que los procesos precedentes han depositado en dichas cuestiones, las modalidades de presentación impresas en ellas, a fin de descifrarlas siguiendo sus propias orientaciones, sus vocabularios específicos; los conceptos y representaciones que tiene a su disposición, las posibilidades que le brindan o le rehúsan sus técnicas de intervención... Brindan o rehúsan porque el trabajo social —como toda otra práctica— es siempre tributario de sus desconocimientos, quiero decir de los conceptos que le faltan y de las representaciones confundidas con evidencias: unos y otras perturban, y a menudo impiden percibir rasgos fundamentales de los problemas de los que se ocupa o pretende ocuparse.

Tal es, en resumen, la dialéctica que trato de subrayar aquí. En ningún caso el trabajo social se limita a tomar nota de problemas que le preexistirían sino que, al contrario, juega siempre un papel activo en su definición. Sin que constituya, no obstante, la causa de esos problemas (la cual se sitúa en procesos escolares, familiares, económicos). No los inventa, pero inventa el modo de tratarlos y por tanto, poco o mucho, las características que los problemas deberían acusar para poder ser tratados. Tarea cotidiana en la que cada trabajador social está obligado a enfrascarse, de facto. Condición sine qua non para que sus prácticas formen parte del trabajo social. De esto se trata en toda formación inicial y en todo curso de perfeccionamiento.

Una dialéctica ilustrada por «el período de observación» en las instituciones sociales, una de cuyas funciones estratégicas es convertir al usuario potencial en usuario institucionalmente viable. Observar consiste en identificar el grado de congruencia entre el candidato y los recursos institucionales y profesionales: las posibilidades de acogida recíproca. Este período concluye cuando un niño, un adolescente, una familia, un barrio, pasan a ser solventes desde el punto de vista de la aquiescencia institucional y de las competencias de los agentes.

Solvente, en efecto. Para inscribirse o ser inscrito en el trabajo social no basta con tener problemas, aunque éstos sean dramáticos. Si éste fuera el caso, las instituciones y servicios estarían más atentos de lo que ya lo están; las listas de espera se harían desmesuradas. Si en su principio el trabajo social está abierto a la miseria

del mundo, de hecho sólo ciertas miserias tienen acceso a él. *El trabajo social se ocupa de la miseria solvente.* En efecto, el candidato que demanda personalmente ayuda o que es designado para recibir ayuda incluso cuando no pide nada, debe adecuarse a una disposición de la política social, o por lo menos no hallarse demasiado por detrás o demasiado por delante de las normas, criterios y dispositivos de ayuda existentes. Es solvente aquel que padece de hecho o que se sospecha que en algún momento podría padecer determinados problemas para los que existen instituciones adecuadamente pertrechadas en términos de medios y orientaciones, y gracias a las cuales, al ocuparse de él, confirmarán la pertinencia de sus equipamientos, de sus equipos, de sus profesionales. Incumbe al candidato -individuo, familia, grupo- deslizarse a través de estos vericuetos, montarse un lugarcito en esta maraña de procedimientos, insistir en que lo escuchan, intentar comprender lo que se le dice, se le propone y/o se le impone. Situación harto legítima, por supuesto: si las instituciones (sociales u otras) se abren a todos los vientos, su propia supervivencia se torna azarosa. Pero no por esto estoy emitiendo un juicio de valor sobre las instituciones o los profesionales. Subrayo solamente, pero también con firmeza, que los problemas reales o virtuales de los destinatarios del trabajo social no constituyen en absoluto la razón única, o principal, de la puesta en marcha de las instituciones y los dispositivos sociales. Insinúo incluso que los destinatarios oficiales no son los destinatarios exclusivos...

En otro tiempo se decía: «pobres pero honrados», «inadaptados», «desadaptados»; hoy día, tenemos niños calificados de «hiperexcitados», «personas (ir)responsables», «asistidos» o «no asistidos», «padres en coeducación», se habla de «caso» o bien de «situación», etcétera. Cada denominación enuncia el modo en que la materia prima de la intervención social es designada a través del tiempo, los países, los servicios, las ideologías. Denominaciones empíricas, cambiantes: la categoría de *solvente* señala la estructura que se perpetúa a través de estas evoluciones, la lógica desplegada a través de ellas.

En otros términos, en la naturaleza no encontramos casos ni situaciones. Ni tampoco personas en dificultad, ni siquiera personas normales, pero que pasan a serlo cuando sus comportamientos, modos de vida y afectos son interpretados en función de ciertos cánones. Por regla general, profesionales e investigadores no suelen ver esta evolución operar, ponerse en marcha: para ellos, hay -de

entrada- casos, situaciones, personas en dificultad, barrios sensibles, familias normales..., es decir, una materia prima ya categorizada. Al hacerlo, naturalizan una construcción cultural. Naturalización que, justamente, estamos deconstruyendo aquí y que, como se verá en el capítulo siguiente, es el punto de arranque de la clínica de la intervención social.

Si el trabajo social es un proceso de producción sui géneris, ¿cómo opera con aquello que la escuela, la familia, las configuraciones psíquicas, las relaciones sociales le presentan para ser tratado? Tema estratégico. La identificación de los problemas indica los medios necesarios para trabajar sobre ellos, las competencias requeridas por parte de quienes habrán de hacerlo y, por último, el producto final que interesa obtener. Las formas, los contenidos, los atributos de la materia prima social ponen en marcha el proceso en su conjunto, y determinan notablemente su desarrollo.

Ahora bien, sobre este tema estratégico la vasta literatura sobre el trabajo social se vuelve harto discreta, asombrosamente mutista, y sucumbe a lo que llamé antes *indefinición*. Lo que el trabajo social hace, lo que puede o podría hacer, es una evidencia que salta a los ojos, es decir; que engeguce. Se supone que todo el mundo comprende lo que, sin embargo, no está dicho en absoluto.

A diferencia de la medicina, el psicoanálisis o las terapias psicológicas, el trabajo social no presta una atención terapéutica, y ello aunque actúe en establecimientos de cura y para algo más que para facilitar informaciones útiles a los enfermos y sus familias. El trabajo social se ocupa de delinquentes, pero no de la manera como la policía o la justicia se ocupan de ellos. Cuando propone a los jóvenes un taller de fotografía o de Internet, el animador sociocultural hace más y otra cosa de lo que se haría en una simple guardería, pero no lo suficiente para una formación profesional. Con las personas de edad avanzada, la trabajadora familiar (llamada en Francia «técnica de la intervención social y familiar») prepara comidas, plancha, ordena la casa, resuelve pequeñas dificultades administrativas, tranquiliza sobre el estado de salud: pero no se trata de una asistente multiservicio, ni de una criada polivalente... Podríamos, desde luego, continuar esta enumeración ad libitum. Pues en el trabajo social hay, sin duda, un trabajo... cuya dilucidación está pendiente. ¿Cuál es la naturaleza de este trabajo?

De este modo llegamos a la hipótesis sostenida en este libro. A saber: en el trabajo social, la materia prima es significada o reestructurada según una dominante *ideológica*. Es principalmente desde el punto de vista de las ideologías en juego que un problema se torna socialmente significativo y, por ende, tratable en términos de trabajo social.

Revitalización psíquica, reparación del lazo social, resiliencia, reinscripción en un medio ordinario, principios educativos...: sea cual fuere la pertinencia de estos presuntos objetivos del trabajo social, resultan impracticables en ausencia de concepciones acerca de la sociedad existente y de *lax*sociedad deseada, de modelos de relaciones humanas, de ideales, de referencias a lo que es correcto y deseable, a lo que se supone que madres y padres deben hacer y deben evitar. Porque jamás se trata de una revitalización psíquica en general, de una reinscripción en general, de unos principios educativos en general. Todos y cada uno de los presuntos objetivos del trabajo social revisten un carácter sobredeterminado, sobrentienden adjetivos, cualificaciones, orientaciones, matices. El sentido común no permite descifrarlos. Si son tomados de manera literal, no se sabe bien de qué se trata. Por eso el concepto de ideología, el difícil y complejo concepto de ideología, es aquí indispensable.

[Ideologías: conjuntos de normas, valores, modelizaciones, ideales, realizados en ritos y rituales, en gestos y actitudes, en pensamientos y afectos, en configuraciones institucionales, en prácticas materiales. Son discursos tanto como prácticas, maneras de hablar y maneras de callar. Las ideologías son actos, las ideologías están actuadas. Concepto transdisciplinario: estos conjuntos colectivos tanto como individuales conciernen a la vida pública y a la vida privada, a opiniones conscientes e inconscientes (no solo, ni principalmente políticas) y a modelos de vida familiar, de orientación sexual, de relaciones entre hombres y mujeres, de educación, etcétera. Ideológico quiere decir imperiosamente no neutro: ciertas maneras de hablar y de vivir, determinados arquetipos son puestos en primer plano, defendidos con más o menos empeño, considerados como normales e intangibles o, por el contrario, fuertemente objetados, puestos en duda, yugulados y reemplazados, parcial o completamente, por otros. Por esto nos referimos a *configuraciones ideológicas* en plural: cambiantes, evolutivas, en debate, en alianza y en oposición constantes.

Insistamos sobre este dato, esencial para comprender el trabajo social y sus prácticas: las configuraciones ideológicas conforman la subjetividad y la intimidad tanto como la convivencia pública y los intercambios sociales. No se agregan, como si fueran un adorno exterior, a las situaciones de salud, delincuencia, empleo, escolaridad, malos tratos. Por supuesto que estas situaciones existen en su materialidad sanitaria, de vivienda, de empleo, etcétera, obedecen a lógicas objetivas, a mecanismos económicos y políticos independientes de los deseos individuales y de las invenciones colectivas, pero al mismo tiempo son vividas de acuerdo con ciertos modelos, codificadas según ciertos paradigmas, interpretadas en función de ciertos cánones. Las situaciones son siempre subjetivadas por y en representaciones, ideales, valores. Las envuelven, las recubren toda suerte de representaciones que se consagran a darles sentido, las rebajan o las magnifican, las niegan o las ponen de relieve, las hacen pasar por normales o por escandalosas.

Acto jurídicamente calificado, la delincuencia supone racionalizaciones producidas por los autores, las víctimas, las policías, los jueces, los psicólogos y los sociólogos, la prensa, la llamada «opinión pública». Pone en juego una determinada concepción de lo que es normal y de lo que no lo es, una moral precisa, una determinada relación con la ley, o mejor dicho con las leyes, con la propiedad privada, con el humillante despojo vivido por las víctimas, o con su indiferencia porque les han robado bienes que para estas víctimas carecen de importancia. Moviliza arrepentimientos y exaltaciones, amores y odios. La delincuencia no es un acto únicamente material, físico. No basta con la apropiación abusiva de bienes ajenos: de entrada, «apropiación» y sobre todo «abusiva» son términos bien cargados. Cuando Robin Hood despoja a los ricos para distribuir a los pobres no comete un acto delictivo, sino que procede a la justa redistribución de riquezas mal ganadas. Pero no por esto dejar de ser un peligroso bandolero para aquellos que prefieren monopolizar patrimonios que consideren naturales y merecidos desde siempre. Hasta un pasaje al acto, o una urgencia, o una apremiante demanda no pueden serlos sin una calificación correspondiente: ¿cuántas urgencias esperan durante años que alguien suficientemente influyente las descubra, rogando que no tarde mucho en obtener un tratamiento rápido? En todos los casos, se trata de una

lógicamente correctas del vivir-juntos. Falta principios legitimados, definidos—como explica Pierre Bourdieu—por quienes tienen el poder de decidir lo que es legítimo, lo que no es tan legítimo y lo que, no siendo para nada legítimo, requiere intervenciones más o menos enérgicas. Si la intervención social tiene lugar no es, como suele decirse cómicamente, porque una familia carezca de principios educativos, sino porque funciona bien, demasiado bien, con principios que se suponen inadecuados.

Lo cual es, a fin de cuentas, de lamentar: la existencia de «vacíos educativos» simplificaría enormemente la tarea de los trabajadores sociales, que se contentarían entonces con llenar (¿con atiborrar?) a los individuos y los grupos con normas y valores considerados pertinentes, con estilos de vida históricamente normales, es decir normalizados, puestos en conformidad con las normas hegemónicas en un momento dado, en una sociedad dada. Pero tal situación no se presenta jamás. Más aún que la naturaleza, la ideología tiene horror al vacío. En vez de huecos, hay sobre todo excesos, pléoras de normas, de valores y de principios, exuberancias a las que por motivos diversos la gente está sujeta y de las que no ve cómo ni por qué debería o podría liberarse. Excesos en los que por su parte también incurrirían numerosos trabajadores sociales cuando succumben al carácter pretendidamente intangible de los paradigmas de normalidad de que son portadores...

Todo esto nos ayuda comprender por qué el concepto de ideología parece tan sospechoso, por qué inspira tanta desconfianza e incluso temores este concepto que enfatiza el anclaje temporal y espacial de los seres y las cosas, su relatividad.

Relatividad histórica. Las situaciones que hoy consideramos como maltratos infantiles no fueron entendidas así en todas las épocas ni, en la actualidad, por todas las capas sociales, ni respecto de todos los niños. Dichas situaciones incluyen gestos, relaciones, afectos conscientes e inconscientes, obligatoriamente signados por ideologías personalizadas por niños, por personas que denuncian esos eventos a los servicios sociales, por intervenciones policiales, jurídicas y judiciales, sin olvidar, por supuesto, a los profesionales que intervienen con sus competencias y experiencias, con sus temores y sus corajes. Con frecuencia se incluye en el rubro «deficiencia educativa» comportamientos que, según otras caracterizaciones, responderían más bien a una modalidad inédita e innovadora del

vivir-juntos... No hay sevicias sin ideología de las sevicias, sin representación de lo permitido y de lo prohibido, sin señalamiento de lo que se supone que el niño necesita; en relación con lo que el derecho prescribe, con lo que las ciencias sociales y humanas explican, con lo que la moral vigente preconiza, con lo que el interviniendo se imagina... Ésta es una condición sine qua non del horror de las situaciones de maltrato: la inscripción de ciertos comportamientos en una red significativa para seres humanos apresados en una historia social que escapa a su control. En esta red se alojan sufrimientos y goces subjetivos, se movilizan fantasías, se abren o reabren heridas psíquicas, quedan al descubierto denegaciones.

A este respecto, es a menudo instructivo estudiar las actas de los congresos y las exposiciones clínicas, caracterizadas por una fuerte tendencia a envolver las posturas ideológicas—de las que no pueden carecer, por la misma razón que un humano no puede dejar de respirar—en invocaciones éticas y otras declamaciones humanistas tan generosas como poco esclarecedoras. Evoluciona que justamente confirma que las ideologías son un factor central de toda suerte de acontecimientos. Examinar estos últimos implica movilizar las ideologías que ellos mismos activan. Y ello, cualquiera que sea la conciencia (es decir, la inconsciencia) del o de los sujetos involucrados/Relatividad psíquica. Experiencias que para unos están vinculadas al sufrimiento más íntimo, para otros no merece la pena demostrar en ellas. Ciertos asalariados viven como vejaciones y acosos lo que para sus superiores son modalidades banales de toda relación jerárquica. Ahora bien, estos sufrimientos y complacencias íntimas no se explican sólo por los itinerarios individuales. Ni únicamente en función de las interrelaciones personales: aunque los individuos tienen, cada uno, problemas siempre singulares, estos problemas no son exclusivamente personales, en el sentido de que no comienzan en cada uno ni se agotan en él. El sexismo es una ideología poderosa, eficaz y, como cualquier otra, «transpersonal». Una ideología colectiva, exterior a los sujetos, puesto que se origina en las relaciones sociales y es vehiculada por toda suerte de aparatos públicos y privados, al tiempo que completamente interior, por cuanto es constitutiva de sujetos singulares y forma parte de la más reciente

condición íntima afectiva y sexual.

Relatividad social, por último. El ateísmo considera la muerte como un fin definitivo y el creyente, como una transición hacia futuros

✱

calificación, y no hay calificación que no sea ideológica. Si las calificaciones difieren, configuraciones ideológicas diferentes están movilizadas.

Tomemos los criterios por los que se autorizan el ejercicio profesional de las asistentes maternas o asistentes familiares.\* A menudo los servicios dicen no tener las cosas claras, no disponer de criterios precisos y confiar en «el olfato» de los profesionales, en su experiencia, etcétera. Esto no es óbice para que, de hecho, se concedan autorizaciones seguidas de visitas de supervisión-control en casa de las asistentes maternas, se organicen reuniones de formación con ciertos contenidos, se proceda a evaluaciones de un tipo dado, etcétera. Las autorizaciones pueden ser negadas, suspendidas e incluso retiradas. O sea que en la práctica, concretamente, siempre se están siguiendo criterios bien precisos respecto de la vida familiar: la higiene física (que es siempre un poco o mucho una higiene moral), la moralidad de la familia visible de la asistente maternal, los rumores eventuales que circulan en el vecindario, las relaciones entre las llamadas familias naturales y las supuestas familias de acogida, los afectos y comportamientos puestos en obra en la relación con los niños que han sido confiados, las posturas educativas... Todos estos son criterios ideológicos, si se me permite este pleonismo, pues presuponen valorizaciones, jerarquías, recetas, tendencias, y hasta modas. En otros términos, «el olfato» varía según las referencias con que se cuenta y con aquellas de que se carece: el término «olfato» representa una metáfora superficial, puesto que de hecho no todos sentimos olores similares, repulsiones análogas, ni tampoco agrados idénticos. La simpatía y la antipatía entre trabajadores sociales y asistentes maternas, entre éstas y las familias «naturales» no se reducen a un intercambio hormonal. El espesor de las relaciones interhumanas supone convergencias y divergencias ideológicas.

Reconocamos sin embargo que no es cosa fácil llegar a definir criterios, argumentándolos lo mejor posible, ponderando las venta-

\* La asistente maternal, llamada también asistente familiar, es una persona que ha recibido autorización estatal para cuidar niños en su domicilio, a cambio de una remuneración. Desarrolla sus tareas en horarios convenidos con los padres o con la institución que los envían. No debe confundirse este dispositivo con el de las familias de acogida. (N. de los T.)

jas y los inconvenientes, y evaluando su puesta en práctica. Sobre todo en materia de infancia y familia, poderosas idealizaciones hacen de las suyas, perpetuando la confusión entre niños reales y niños magníficos, entre familias de carne y hueso y familias sacrosantas. Pero existe una manera de zafarse de algunas, al menos, de estas idealizaciones. Se trata, en efecto, de identificar de manera tan rigurosa como sea posible los criterios educativos, morales y afectivos, jamás ideológicamente neutros ni neutrales, que se han implementado en el quehacer cotidiano del servicio y de sus prácticas, y que no dejan de orientar este quehacer, incluso si los profesionales que objetivamente los ponen en obra no están subjetivamente al corriente. Para llegar a definir criterios relativamente claros y precisos, es mejor comenzar por el inventario razonado de los criterios existentes ya (tarea que, más de una vez, reserva variadas sorpresas...).

Otro ejemplo: el diagnóstico de las «deficiencias educativas». Estas conciernen a los comportamientos, actitudes y afectos presentes en una familia (condición necesaria) abordados con el arsenal interpretativo de la intervención social, y codificados a partir de la política social (condición suficiente). Más de una vez la condición necesaria no ha sido verificada en absoluto, sino meramente anticipada por las orientaciones de un servicio y/o prejuzgada por un interviniendo desestabilizado, excesivamente interpelado en sus convicciones. Son indispensables modelizaciones, representaciones, concepciones, ideales, para que las familias lleguen a *adquirir* deficiencias educativas —o para que estén libres de ellas— y puedan entonces ser tratadas en consecuencia. Obsérvese sin embargo que ninguna familia, incluyendo las declaradas deficientes, carece de principios sólidos y de referentes robustos. ¡Semillante ausencia es inconcebible! Sea la madre que explica a sus hijos por qué los alimenta con el producto de sus raterías en el supermercado, la adolescente que su familia adoptiva utiliza como criada a todas horas y con cualquier pretexto, o bien esos padres que confiesan no poder dominar a su prole... Aquí no faltan principios educativos en general, sino aquellos que, con razón o sin ella, se entiende que unos y otros deben cumplir. Están ausentes principios educativos particulares, históricamente connotados, inscritos en una cultura dada, específicos de ciertas capas sociales, dependientes de cierto estado de la opinión. Penan por aplicarse modalidades que llamaríamos *ideo-*

calificación, y no hay calificación que no sea ideológica. Si las calificaciones difieren, configuraciones ideológicas diferentes están movilizadas.

Tomemos los criterios por los que se autorizan el ejercicio profesional de las asistentes maternas o asistentes familiares.\* A menudo los servicios dicen no tener las cosas claras, no disponer de criterios precisos y confiar en «el olfato» de los profesionales, en su experiencia, etcétera. Esto no es óbice para que, de hecho, se concedan autorizaciones seguidas de visitas de supervisión-control en casa de las asistentes maternas, se organicen reuniones de formación con ciertos contenidos, se proceda a evaluaciones de un tipo dado, etcétera. Las autorizaciones pueden ser negadas, suspendidas e incluso retiradas. O sea que en la práctica, concretamente, siempre se están siguiendo criterios bien precisos respecto de la vida familiar: la higiene física (que es siempre un poco o mucho una higiene moral), la moralidad de la familia visible de la asistente maternal, los rumores eventuales que circulan en el vecindario, las relaciones entre las llamadas familias naturales y las supuestas familias de acogida, los afectos y comportamientos puestos en obra en la relación con los niños que han sido confiados, las posturas educativas... Todos estos son criterios ideológicos, si se me permite este pleonasmismo, pues presuponen valorizaciones, jerarquías, recetas, tendencias, y hasta modas. En otros términos, «el olfato» varía según las referencias con que se cuenta y con aquellas de que se carece: el término «olfato» representa una metáfora superficial, puesto que de hecho no todos sentimos olores similares, repuliones análogas, ni tampoco agrados idénticos. La simpatía y la antipatía entre trabajadores sociales y asistentes maternas, entre éstas y las familias «naturales» no se reducen a un intercambio hormonal. El espesor de las relaciones interhumanas supone convergencias y divergencias ideológicas.

Reconocamos sin embargo que no es cosa fácil llegar a definir criterios, argumentándolos lo mejor posible, ponderando las venta-

\* La asistente maternal, llamada también asistente familiar, es una persona que ha recibido autorización estatal para cuidar niños en su domicilio, a cambio de una remuneración. Desarrolla sus tareas en horarios convenidos con los padres o con la institución que los envían. No debe confundirse este dispositivo con el de las familias de acogida. (N. de los T.)

jas y los inconvenientes, y evaluando su puesta en práctica. Sobre todo en materia de infancia y familia, poderosas idealizaciones hacen de las suyas, perpetuando la confusión entre niños reales y niños magníficos, entre familias de carne y hueso y familias sacrosantas. Pero existe una manera de zafarse de algunas, al menos, de estas idealizaciones. Se trata, en efecto, de identificar de manera tan rigurosa como sea posible los criterios educativos, morales y afectivos, jamás ideológicamente neutros ni neutrales, que se han implementado en el quehacer cotidiano del servicio y de sus prácticas, y que no dejan de orientar este quehacer, incluso si los profesionales que objetivamente los ponen en obra no están subjetivamente al corriente. Para llegar a definir criterios relativamente claros y precisos, es mejor comenzar por el inventario razonado de los criterios existentes ya (tarea que, más de una vez, reserva variadas sorpresas...).

Otro ejemplo: el diagnóstico de las «deficiencias educativas». Estas conciernen a los comportamientos, actitudes y afectos presentes en una familia (condición necesaria) abordados con el arsenal interpretativo de la intervención social, y codificados a partir de la política social (condición suficiente). Más de una vez la condición necesaria no ha sido verificada en absoluto, sino meramente anticipada por las orientaciones de un servicio y/o prejuzgada por un interviniendo desestabilizado, excesivamente interpelado en sus concepciones. Son indispensables modelizaciones, representaciones, concepciones, ideales, para que las familias lleguen a *adquirir* deficiencias educativas —o para que estén libres de ellas— y puedan entonces ser tratadas en consecuencia. Obsérvese sin embargo que ninguna familia, incluyendo las declaradas deficientes, carece de principios sólidos y de referentes robustos. ¡Semillante ausencia es inconcebible! Sea la madre que explica a sus hijos por qué los alimenta con el producto de sus raterías en el supermercado, la adolescente que su familia adoptiva utiliza como criada a todas horas y con cualquier pretexto, o bien esos padres que confiesan no poder dominar a su prole... Aquí no faltan principios educativos en general, sino aquellos que, con razón o sin ella, se entiende que unos y otros deben cumplir. Están ausentes principios educativos particulares, históricamente connotados, inscritos en una cultura dada, específicos de ciertas capas sociales, dependientes de cierto estado de la opinión. Penan por aplicarse modalidades que llamaríamos *ideo-*

prometedores: no se muere de forma idéntica en los dos casos; la angustia, el sentimiento de alivio y el duelo no son los mismos, ni para sí ni para el entorno. Sin olvidar que, para el creyente, la muerte, dado que conduce al más allá, no representa la terminación de la vida, sino apenas su transformación. ¿Hay aquí una negación de la muerte, ese real que ninguna construcción ideológica puede soslayar? Seguramente, pero esta negación ideológica es eficiente, poderosa, produce efectos, ayuda a soportar el destino o, a contrario, hunde al sujeto en un insondable desamparo. Llamemos ideología a la inscripción de los acontecimientos en cadenas de sentido, sentido que a su vez encadena a quienes se dejan apresar en él.

Pero la relatividad que subrayamos aquí no desemboca en el relativismo: porque existen, en efecto, cosas normales, cosas poco normales, cosas para nada normales. Salvo que unas y otras nacen, viven y periclitán en la historia, no tienen vigencia extrahumana, ni obedecen a ninguna trascendencia celestial o terrenal.<sup>16</sup> Que se me permita esta insistencia: la normalidad existe, hic et nunc, jamás más allá o más acá de la historia, de sus conflictos y de sus luchas. No la sino una normalidad. Precaria, pasajera, mortal.

Tal es, justamente, la materialidad de las configuraciones ideológicas, su realidad específica o, si se prefiere, su manera particular de aparecer como reales. Intervenir sobre ellas consiste en operar sobre la gestualidad de los ideales, sobre la corporeidad de los afectos, sobre los destinos individuales y la organización sociopolítica, sobre la diferencia entre vida privada y vida pública tanto como sobre sus constantes entrelazamientos. Están constituidas por palabras que provocan estragos, o que alivian, o que liberan. Sentimientos sobre-cogedores las escanden. Se trata tanto de estructuras que acostumbramos a llamar subjetivas, mentales, simbólicas, como de actitudes, castigos y recompensas físicas, concretas, materiales, actitudes corporales, relaciones con los cuerpos, relaciones entre los cuerpos, olores y colores, formas de organización de la vida familiar, espacios reservados a hijos y a padres, reparto de las labores domésticas, orientaciones sexuales, temas que se pueden abordar o que se deben evitar a fin de preservar la armonía familiar, estilos lingüísticos y de indumentaria, maneras de nacer, de vivir y de morir.

16. Véanse los interesantes desarrollos sobre lo normal y lo patológico en E. Durheim, *El método sociológico*.

Lamentablemente cargado con toda clase de connotaciones, por lo general peyorativas pero no siempre inmerecidas, el concepto de ideología es cualquier cosa menos una evidencia. Pueden preferirse los términos como «ética», «educativo», «colectivo», «social», «simbólico»... Sin embargo, su ausencia impide comprender que el trabajo social se ocupa de enfermos sin tratarlos médicamente, de delinquentes sin sancionarlos ni redimirlos, de jóvenes sin ponerlos bajo vigilancia, o sin que esta vigilancia constituya la finalidad sino un soporte educativo. En ausencia del concepto de ideología, resulta imposible explicar por qué, entre las múltiples orientaciones virtualmente existentes, las intervenciones sociales siguen algunas y no otras. Por qué se alienta una determinada inserción social y profesional: no la delincuencia, el tráfico de drogas, la prostitución, pese a que se trata de actividades que comportan lazos sociales particularmente fuertes, prácticas lucrativas que permiten acceder al consumo, a viviendas confortables, a vacaciones interesantes. Por lo demás, los protagonistas de estas actividades no viven todos todo el tiempo, en medio de pavorosos sufrimientos... Esto no implica que todo dé lo mismo, y menos aún que deban alentarse el tráfico de drogas u otras estrategias de supervivencia y, llamemos las cosas por su nombre, de adaptación social. Señalemos simplemente que el trabajo social carece de todo poder sobre los mecanismos económicos y políticos que hacen posible, cuando no necesarios, tráficos diversos y variados. Y que, por añadidura, su funcionamiento supone una política social, y por tanto la imposible neutralidad de sus intervenciones (véase la pág. 72). Por eso repito que lo que está en juego es una determinada inserción social y profesional, una determinada relación con la ley, una determinada resolución de la problemáticas familiares, una determinada elaboración de determinados problemas...

Un conjunto complejo, laberíntico, pero de ningún modo misterioso, que el concepto de ideología ayuda a descifrar. Para nada complicado, pero sí bastante complejo.

*Resumamos.* Como proceso de producción, el trabajo social encuentra su fuente en una materia prima, privilegiando la dimensión ideológica de los asuntos de salud física y mental, delincuencia; funcionamiento familiar, desempleo, escolaridad, vivienda... Aquí se perfila su diferencia con respecto a otras modalidades de intervención (derecho, enseñanza, psicología, sociología, etcétera).

La «doctrina de lo vivido» y la «doctrina de la habilidad profesional» están en las antipodas: la una de la otra, en el seno de una problemática compartida. Si la primera exalta el *sentimiento* (Lacan), la segunda imagina técnicas despojadas de toda atadura histórica, en estado de levitación social. Sin percatarse de que las herramientas utilizadas condicionan lo que se puede ver, entender, hacer. Comprendre el *trabajo social* a la altura de sus apuestas contemporáneas (Chauvière y Tronche, 2002) exige tomar nota de las apuestas sociopolíticas; y no sólo técnicas; que lo atraviesan.

El indispensable recurso a los medios de trabajo se inscribe en una dialéctica más compleja, y por tanto más real, que la alternativa entre la radiante intuición, que sueña con relaciones puramente humanas, y la ascesis tecnocrática, que sueña con relaciones humanamente puras.

Trátese, justamente, de la *palabra*, elemento recurrente —cuando no prescripción implacable— en las profesiones sociales en general. Una consigna común y corriente: «¡De eso hay que hablar!» Consistentemente se reivindica la *palabra* empalabrada; se sitúa en primer plano, oponiéndose a la *casiterminología* al *pasaje al acto*; a la *violencia padecida* o ejercida. Gracias sobre todo a la influencia del psicoanálisis, está ampliamente admitido que las palabras ayudan a decir algo sobre los males que atormentan y sobre los goces que desbordan. Los públicos del *trabajo social*, tanto como los trabajadores sociales, se ven, constantemente empujados a un esfuerzo de *nominación*, de *puesta en palabras*, de *puesta en sentido*. Entrevistas e intercambios múltiples para los primeros, y para los segundos, gran cantidad de reuniones de síntesis, de *regulación*, de *evaluación*, de *intercambio*, de *coordinación*, de *supervisión*, de *equipo*...

La *palabra* es interesante porque lleva al paroxismo un rasgo común a los medios de trabajo en su conjunto. Un rasgo paradójico, de hecho: la *palabra* no se *deja domeñar* por un sujeto que la *torcería a voluntad*, que sería perfectamente capaz de hacerle decir cualquier cosa. Incluso el *desvío poético* tropieza con exigencias lingüísticas de *significación*, de *sonoridad*, de *ordenamiento*! La *palabra* escapa al *dominio del sujeto hablante*. Éste dice, no lo que se le *antoja*, sino sólo lo que puede, lo que está *autorizado* —aun bajo el ímpetu de sus *compulsiones íntimas*— a decir y a callar... La *palabra* no viene dictada de ningún modo por *oscuras potencias* ni es *arrancada por infames torturadores*: cada cual elige sus palabras; las ma-

tiza, las *cancela*, las *acaricia*, las *escupe*, las *cambia* por otras que supone más justas... dentro de una gama limitada, a la vez, por problemáticas culturales; es decir sociales, y por *funcionamientos subjetivos*. Hablar consiste en *acometer discursos* —e incluso *silencios y mutismos*— que, una vez *acometidos*, se *ponen a significar* *solitos*. Un texto no se reduce a las *intenciones* de su autor. Justamente por esta razón los lapsus son *significativos* e *interpretables*. Para cada ser humano, *asumir su palabra* consiste en *hacerse responsable de significaciones* que no ha *elegido por fuerza*, de *significaciones* que no siempre ha querido *movilizar*, pero que lo *comprometen*, puesto que se *trata cabalmente de su palabra*. Hablar, *hacerse hablar*, *ser hablado*, «*ser tomado por tonto*». Considerar la *palabra* como un «*instrumento de comunicación*» parece sorprendentemente ingenuo, si se olvida que de dicho instrumento hay *utilizadores* más o menos *diestros* pero jamás *dueños soberanos*...

Una *paradoja* común a todos los medios de trabajo: para *intervenir* se necesitan *procedimientos*, *técnicas*, *métodos*, *dispositivos*, que a su vez *condicionan* la *intervención* que es posible *efectuar* con su *ayuda*. Al igual que la *palabra*, las *técnicas* no son *instrumentos dóciles*. Ya antes de *ponerse al servicio* de tal o cual *propósito*, abren *ciertas posibilidades* y *obturán* otras. Si no sabe algo de lo que *significa* la *palabra inconsciente*, el *profesional* *escuchará errores* pero, seguramente no *lapsus*; sin *formación* en *infografía*, hará *garabatos*, y probablemente *piñas* *materiales* antes que *montajes* en *video*; el *instructor* *competente* en *pirguismo* no es el más *idóneo* *acompañante* de un *grupo de niños* que *empieza a conocer* el *gozo de escalar*...

Según los *medios* que se *utilicen*, ciertos *avances* son *posibles*, y otros *menos*, o *nada* en *absoluto*: no sólo están en *juego* la *idoneidad*, la *habilidad* o la *inteligencia* de quien *utiliza* dichos *medios*. Precisamente porque para *resolver* un *problema* son *posibles* *varias técnicas*, *elegir una de ellas* es al mismo tiempo *elegir el tipo de resolución* que esta *técnica* *permite*... y es *excluir* otras *resoluciones* eventuales. En efecto, un *método* *incluye* *etapas* que hay que *respetar*, *despliegues* que *efectuar*, *pistas* que *tomar*: cada *método* *sensibiliza* al *profesional* respecto de ciertos *rasgos*, *configuraciones*, *constelaciones*, y exige de él una *atención* *sostenida* a *propósito* de ciertos *fenómenos* al *tiempo* que lo *torna* *relativa* o *completamente insensible* a otras *dimensiones*, a otros *envíes*... Es *imposible* ser-

vise de un instrumento sin dejarse instrumentar por él. Sobre todo cuando alguien se pretende un «buen profesional», merece la pena identificar la dosis de conformidad, si no de sometimiento metodológico, y por tanto teórico e ideológico que esto implica.

Los medios de trabajo presentan una contradicción capital: indispensables para que una intervención tenga lugar, al mismo tiempo están dotados de un verdadero poder de reclusión, capaz de encerrar en mayor o menor medida al utilizador. Tomar atajos, subvertir los medios de trabajo disponibles, y hasta equivocarse al elegir un método o al aplicarlo, abre camino para eventuales descubrimientos... No hay trabajo social sin medios de trabajo, pero tampoco sin desvíos, invenciones y transgresiones. Saber esto ayuda a moralizar lo menos posible lo que los usuarios hacen o dejan de hacer...

Entre los medios de trabajo figura el trabajo teórico. Se trata de ese proceso que consiste en enfrentarse de manera asidua con reflexiones, concepciones, argumentaciones, autores y problemáticas a propósito del trabajo social y/o sus múltiples ramificaciones profesionales, psicológicas, sociológicas, económicas, políticas, etcétera. Esta frecuentación es necesaria a fin de que la labor teórica constituya una tarea regular, banalizada, desacralizada, doméstica: una «práctica teórica» (Althusser). Sabiendo por lo demás que no es indispensable estar de acuerdo con todo lo que leemos (si sólo estudiamos a los autores que nos confirman, corremos fuertes riesgos de asfixia): sobre todo importa abrirse al vasto mundo, al precio sin duda de comprimir un poco nuestro narcisismo!

El trabajo teórico es un proceso paulatino por la formación inicial y la formación permanente, que sin embargo no lo agotan en absoluto.

Una formación, universitaria en particular, puede dar oportunidad para encuentros interesantes, tanto con personas como con ideas, para hallazgos que cambian el curso de una vida, y no sólo intelectualmente, para acceder a autores insoslayables y a perspectivas innovadoras. Oportunidad, también, para aprender una parte de lo mucho que uno ignora. Oportunidad, sobre todo, para que cada uno se autorice a pensar, operación tan trivial y tan extraordinaria como los niños que se ponen a caminar o a comer sin asistencia exterior... No idealicemos, sin embargo. La formación también puede cobijar desatinos y lugares comunes generosamente prodigados a lo largo de décadas, esquivamente reiterados de la cuestión del sentido, penalizaciones constantes del espíritu crítico, aburri-

dos ir y venir entre el «todo es afectivo» y el «todo es gestoriano», el «todo es subjetivo» y el «todo es político»...<sup>17</sup> Pero la formación, sea cual sea su contenido, necesariamente heteróclito, no coincide con el trabajo teórico porque este último no termina nunca, y la obtención de uno o varios diplomas marcan, no el acceso al saber absoluto, sino la sanción de algún saber que se ha terminado por conquistar y la indicación de lo mucho que queda por aprender...

Dicho con otras palabras: los medios de trabajo abren ciertas posibilidades y obturan otras, pues están impregnados de conceptualizaciones, embebidos en argumentaciones y racionalizaciones. Esto es lo que hace decir a Gastón Bachelard que los métodos son teorías en acto, teorías actuadas, dispositivos de visión y/o de ceguera...

Lo que cada profesional comprende y hace, lo que cada equipo elabora colectivamente, lo que cada institución autoriza, no es ajeno al lugar que se reconozca al trabajo teórico, a la toma de distancia respecto de rutinas y prejuicios, al valor que recibe la crítica fundamentada. A los públicos se les oye, no con los oídos, sino con «tablas de escucha» adecuadamente preparadas. No contactamos con el otro sólo por empatía: ésta tiene que estar instruida, tan lúcida como sea posible. Lo que importa no es la palabra, no es el hablar para llenar una reunión o para recordar repetidamente a los colegas que uno está presente (de lo cual hace rato que no dudan). Importa la palabra cargada de sentido, portadora de significados, importa un hablar habitado por quien lo profiere: el trabajo teórico permite saber algo al respecto.

¿Pero por qué insistir sobre estas dimensiones del trabajo social? Porque en una medida harto significativa, el devenir de los usuarios depende de la práctica teórica que agentes e instituciones acepten o no realizar. Descifrar la problemática de los individuos y de los grupos depende en buena parte del estatus de la práctica teórica: ¿lujos superfluo situado más allá de lo concreto o, al contrario, condiciór de inteligibilidad y de pertinencia profesional?

17. La enseñanza en los centros de formación suele tropezar con dos escollos mayores, por lo demás complementarios. Por un lado, la *indefinición*: con frecuencia, la cuestión de la naturaleza y el sentido del trabajo social es tratada según modalidades más bien alegóricas, líricas, insuficientemente argumentadas o, por el contrario, racionalizadas en exceso. Por el otro, la *articulación teórico-práctica*, «tiempo de escuela-experiencia de terreno», da lugar a graves maleentendidos, como si la teoría residiera expresamente en la escuela y la práctica enteramente en el terreno...

Y puesto que los medios de trabajo no son maleables y moldeables a discreción, una expresión como «herramientas teóricas» debe ser tomada con prudencia. Recordemos, en efecto, que las teorías son puntos de vista argumentados, rigurosos, puestos a prueba, organizados con arreglo a proposiciones ordenadas y a definiciones relativamente precisas. Indefinidamente rectificables, de ningún modo se dejan plegar a voluntad. Pueden ser discutidas, corregidas, desechadas... no a golpes de invocaciones más o menos líricas, sino por un lento y cuidadoso trabajo argumentativo y demostrativo. No se cambia de teoría como se cambia de camisa.

Suele decirse de ciertas formaciones, reuniones o debates de equipo que son «demasiado teóricos». No es raro que se califiquen así intercambios que contrarían las convicciones, las rutinas de pensamiento de profesionales y formadores. «Demasiado teóricos» quiere decir: demasiado alejados de las teorías de las que uno mismo es portador, o que uno imagina conocer, o que uno supone tan evidentes que hasta le sorprende que alguna otra pueda emerger... Sucede con frecuencia que el apodo peyorativo de «teórico» sea infligido al análisis de la práctica que no coincide con las representaciones que el practicante ha forjado de la práctica que él supone realizar. Moraleja: muchos tienen por concretas las abstracciones a que están habituados.

Es cierto que hay formaciones apenas articuladas con las prácticas, discursos que respecto de la realidad adoptan una posición contemplativa, diálogos fogosos y exaltados de los que cabe sin embargo preguntarse qué tema están abordando concretamente. En realidad, tales formaciones son insuficientemente teóricas, si entendemos por teoría el trabajo que consiste en jamás separar el debate estratégico a propósito de los medios y la discusión fundamental a propósito de las finalidades de dichos medios.

Propongo desconfiar no del exceso de teoría, sino del exceso de lugares comunes, de la exuberancia de frases prefabricadas, de la profusión de evidencias que, cuanto más envesadas son, más se las toma como verdades últimas: esta desconfianza forma parte del trabajo teórico. Justamente por eso se trata de un trabajo, es decir, de un proceso y no de un acto más o menos puntual: labor continua, continuada, relativamente constante. No hay trabajo teórico sin examen crítico regular de los conceptos, de los argumentos, de las demostraciones. Ni tampoco sin crítica amistosa,

bien educada (*polite*, en francés), pero implacable de quien opera dicha crítica.

Un último medio de trabajo que quisiera mencionar aquí es la clínica de la intervención social. La evaluación regular de las prácticas y el análisis de las prácticas. Se trata de tres dispositivos específicos, cada uno de los cuales constituye, a su manera y en sus límites, un medio para identificar las apuestas de la práctica, para tomar nota de las inversiones subjetivas, para mejorar la comprensión de las situaciones, para despejar estrategias de intervención, para abrir posibilidades...<sup>18</sup>

Teóricamente connotados, ideológicamente cargados, los medios de trabajo no son, lo hemos visto, herramientas técnicas neutras. A través de ellos se plantea la cuestión de la naturaleza y los objetivos del trabajo social. Ejemplo de ello son los llamados CAT (Centros de ayuda por el trabajo), que se han transformado en ESAT (Establecimientos y servicios de ayuda por el trabajo): la denominación cambia, pero el trabajo sigue representando un medio al servicio de una cierta ayuda que el trabajador social propone a la persona declarada minusválida. El objetivo primero no es el trabajo, sino la ayuda que transita por el trabajo. Este representa un soporte al servicio de una finalidad dada. A su vez, ayuda y finalidad resultan literalmente incomprensibles cuando se ignora o se subestima su alcance ideológico: importan mucho el trabajo, los horarios, el ritmo productivo, e importan sobremanera la inserción que se supone que el trabajo permite, la realización personal a través de la producción, el afianzamiento de los lazos sociales... Esto da nacimiento a una insuperable tensión. En efecto, como otrora las denominadas «empresas intermedias», los ESAT desarrollan prácticas *equilibradas* entre las exigencias capitalistas de productividad, rentabilidad y competitividad, y por otra parte el trabajo imaginado como puntal para la inserción social y profesional de la persona minusválida. Se trata de producir bien, mucho, y con bajo costo; y se trata de producir según el ritmo más o menos aleatorio de las personas con minusvalidez... Por esta razón, numerosos educadores técnicos o monitores de taller tienen dificultades para asumir un papel llamado «educativo», evitando relacionarse con sus públicos

18. Véase el tercer capítulo de la presente obra, sobre la clínica transdisciplinaria.

expulsión o se preocupan por la suerte de los niños abandonados o maltratados. Incluso en el seno de la relación dual: también en las simpatías y antipatías intersubjetivas subyace esta pertenencia estatal en virtud de la cual los usuarios, como hemos ya destacado, cierran o abren sus puertas, sus bocas, sus confidencias. Reside allí una razón contundente de toda relación intersubjetiva de confianza y de desconfianza, de afición y de tirría. No es una cuestión de buena voluntad, de proyecto bien o mal diseñado, de generosidad y de disponibilidad personales. Lo que importa es otra cosa, ineludible e insoslayable: cuando los trabajadores sociales hablan, y también cuando escuchan, o cuando están distraídos, o aburridos, lo hacen personalmente, en su propio nombre... porque su propio nombre es el de un trabajador social con sello de Estado. Más acá y más allá de compromisos sindicales y políticos, independientemente de todo problema de conciencia, desde el primer día de faena y mientras permanezcan en funciones, los trabajadores sociales son agentes de un aparato estatal.

Desde este punto de vista, ¿cómo podrían no colaborar en la reproducción de las relaciones sociales? ¿Y por qué, entonces, se dejará de exigirles cuentas, de preguntarles cómo y por qué hacen esto o aquello? Se da el caso de que un funcionario insista para que «sus» trabajadores sociales aprendan tal o cual acción en vez de otra, de que el alcalde le corte los víveres a un club de prevención\* alegando que, con el pretexto de hacer labor social, ciertos educadores se consagran a una politización rampante, de que la presidenta de una asociación recrimine ásperamente a «sus» jefes de servicio que su hija, internada en la institución, no dispone de la habitación con vistas al parque que deseaba... Por supuesto que estos directivos no tienen en absoluto razón, sus modos de proceder no son ni correctos ni elegantes. Pero que no tengan razón no impide que tengan razones, sus razones, a las que llamaremos por su nombre: razones ideológicas y políticas. Estos personajes no mancillan la pureza del trabajo social ni la virtud de los trabajadores sociales, una y otra altamente imaginarias, sino que recuerdan —hasta la ca-

\* Los así llamados *clubs de prévention* están compuestos por equipos de trabajadores sociales instalados en barrios a menudo «marginales». Desarrollan, en dirección de niños y jóvenes, actividades apoyadas sobre deportes de muy diversa índole: deportivas, sanitarias, informáticas, etcétera. (N. de los T.)

nallada— que el trabajo social es nada más ni nada menos que un componente de los aparatos ideológicos del Estado (Althusser), y que los trabajadores sociales son asalariados que, como los demás, tienen derechos y, sobre todo, múltiples deberes.

Esto no justifica resignarse a los abusos de poder, ni agachar el lomo a la espera de días mejores (que lamentablemente suelen demorarse con exceso). La única respuesta a estos posicionamientos ideológicos y políticos debe ser de orden ideológico y político, sin reducir el diferendo a un asunto personal o meramente profesional... No en nombre de tal o cual entidad sindical o partido político, no solamente en todo caso. Se trata de hacer valer las concepciones educativas puestas en juego, la pertinencia terapéutica de tal o cual medida, las tendencias democráticas o totalitarias en el funcionamiento institucional... Tal es, por lo demás, una óptica interesante para reconsiderar cuestiones recurrentes, y harto removidas, del tipo «malestar de los trabajadores sociales», «crisis de identidad profesional», «instrumentación política de los trabajadores sociales»: si no queremos que estas cuestiones funcionen como letanías y rituales, es imprescindible poner al desnudo su dimensión ideológica y política...

Saliendo al paso de las almas bellas (Hegel), recordaré que esta pertenencia a los aparatos del Estado no es un puro avatar administrativo, una simple cláusula jurídica del ejercicio profesional. Menos aún un mero contexto exterior. Se trata de una condición objetiva, requisito sine qua non de existencia y de funcionamiento de toda intervención social, pública o privada, individual o colectiva. Si no hay pertenencia estatal, no hay, o no hay ya, o no hay aún, trabajador social.

Ahora bien —y esto tiene una importancia similar—, dicha pertenencia no constituye en absoluto una tara congénita e inexpiable, aunque sólo sea porque nada deja presumir que, fuera de los aparatos estatales, reinaría vaya a saber qué forma de angelismo. Si intervenir en nombre del Estado no es jamás anodino, tampoco lo es intervenir fuera de él, por «cuenta propia» como dicen algunos ingenuos, olvidados de las múltiples imposiciones objetivas y subjetivas que regulan su quehacer privado. Porque esta pertenencia no reviste ningún carácter pecaminoso, queda entonces por saber de qué modo cada profesional ejerce la parcela de poder consubstancial al puesto que ocupa, qué clase de no-neutralidad pone en parte

Es legítimo entonces preguntarse por la fuerza, la potencia, el poder, de ningún modo eventual sino efectivo, real, que las intervenciones sociales ponen concretamente en acción.

Pues bien, ya en nuestra presentación de la materia prima algo se confirma y una hipótesis se propone. Lo que se confirma es que el trabajo social se ocupa de los enfermos pero sin el propósito de curarlos, de los delincuentes pero sin castigarlos ni absolverlos, de talleres de alfarería pero sin formar artesanos, y que tampoco se trata de una labor de vigilancia y custodia... El trabajo social interviene en problemas de vivienda, pero no como los servicios municipales, los de HLM [*Habitation à loyer modéré*: Viviendas de alquiler moderado] o las agencias inmobiliarias; en cuestiones de empleo, pero no como la ANPE [*Agence Nationale pour l'Emploi*: Agencia nacional de empleo]; en situaciones de mujeres golpeadas o de niños maltratados, pero no con finalidades terapéuticas, policiales o judiciales...<sup>22</sup> En cuanto a la hipótesis, es ésta: el trabajo social interviene según una dominante ideológica, enfatizando todo cuanto los problemas abordados actualizan en términos de valores, ideales, modelos, representaciones, sentimientos, conductas, etcétera.

El trabajo social no resuelve la dimensión material de los problemas de salud, de vivienda, de empleo y paro, de escolaridad, de vida conyugal, de delincuencia... Carece de los medios, las capacidades, las competencias y las instituciones adecuadas a este efecto, aunque sus agentes se hagan alguna ilusión al respecto y sus destinatarios alimenten semejante esperanza. Ésta no es su vocación operativa. El trabajo social no ha sido inventado para eso. Su eficiencia no radica ahí.

No debemos entender esto como una dificultad coyuntural ocasionada por presupuestos insuficientes, por orientaciones políticas extremistas, por agentes poco cualificados, sino, cabalmente, como una estructura, una condición de existencia normal e indispensable del trabajo social. Este último no domina la política de vivienda y la especulación inmobiliaria, según hemos reiterado en varias ocasiones, no posee ningún control sobre los movimientos de capitales a escala mundial, o regional, o local. Ni tampoco sobre las condiciones de trabajo y, por ende, sobre los ingresos de las capas sociales en

22. Cuando un educador afirma que en la institución que lo emplea «todo el mundo cumple funciones terapéuticas», habría que replicarle: «¿Incluso los psicólogos?».

las que se reclutan masivamente sus clientelas. Tiene escasísimo poder, por no decir ninguno, sobre el funcionamiento de la escuela y la justicia. No es causante de las condiciones de vida, y menos aún de las configuraciones subjetivas de las personas a las que se dirige, y a las que de ningún modo puede curar... Practicar el trabajo social equivale a toparse una y otra vez con estos ineludibles límites.

Para tener alguna posibilidad de resolver los problemas de vivienda, delincuencia o salud, el trabajo social debería disponer de recursos propiamente ilimitados en términos de agentes, equipamientos, modos de intervención, recursos y dispositivos. ¡Se podrían entonces fundir todas las instituciones, oficinas, ministerios y servicios públicos y privados en una suerte de macroservicio social planetario! Sin olvidarse de dotar al personal de competencias probablemente universales... Una situación inverosímil, desde luego. En la realidad, las formaciones, los recursos, los equipamientos resultan siempre insuficientes; de ahí las permanentes quejas tanto de los asalariados como de los empleadores, y las protestas constantes de las personas y grupos que acuden al trabajo social.

Señalemos además otro dato significativo: el trabajo social está implantado precisamente en formaciones económico-sociales que fabrican sin tregua situaciones como las que dicho trabajo social debe encarar. Destilar todo tipo de inequidades y atolladeros forma parte del funcionamiento habitual de esas sociedades. Y una vez más, no se trata de una disfunción pasajera que el progreso social y el crecimiento económico terminarán por absorber, sino de una variante, de un pivote que no hay manera de sortear. Los privilegios, inequidades y atolladeros cambian, conocen altos y bajos, alivios y acentuaciones, pero son imposibles de erradicar en el marco del capitalismo existente...<sup>23</sup> El funcionamiento objetivo y subjetivo de estas sociedades, de sus grupos y clases sociales es un proveedor inagotable de materia prima para el trabajo social. Al precio de algunas reconversiones de fondo y/o de forma, éste no corre, en verdad, riesgo de quedarse sin clientela.

De ahí el desencanto de muchos profesionales: ¿se trata de llenar brechas que vuelven a abrirse de inmediato, o poco después, o un

23. El Estado-providencia es la forma más notoria y al día de hoy la más eficaz de alivio relativo, de disminución de las inequidades de salarios, vivienda, acceso a bienes y servicios. Alivio, disminución, pero no desaparición.

tados del alcalde o del presidente («la ley es la ley»), mientras que otros protestan, aunque *in petto*, para calmar a su conciencia sin molestar a su jefe, y otros encaran procedimientos de contestación más consecuentes. Forma parte de la pericia de gestión de los jefes de servicio y de los directivos la decisión de confiar ciertas situaciones a un trabajador social más que a otro. Forma parte de las estrategias de los usuarios servir a los trabajadores sociales relatos que ellos suponen adecuados a lo que sus interlocutores estarían en condiciones de entender...

Los portadores de cualificaciones socioprofesionales son sujetos comparables a las personas de que se ocupan y a los teóricos que discurren sobre su actividad: sujetos escindidos, atravesados por tendencias que, poco más o poco menos, los superan. No hay más alternativa que trabajar con lo que trabaja cada cual, sabiendo que nadie sabe exhaustivamente de qué se trata. Fallar, equivocarse un poco o mucho, no es un accidente fortuito sino un riesgo constitutivo del oficio: los individuos y los grupos de los que se ocupan los trabajadores sociales correrán con los costes de esos fallos o, por el contrario, sacarán provecho de ellos. No veo cómo las cosas funcionarían de otro modo. Pero una larga experiencia clínica me enseña que se puede, e incluso se debe saber algo de los mecanismos que se han movilizado, a fin de introducir rectificaciones razonables y razonadas.

No debe confundirse, pues, la habilidad, las competencias, la evaluación, con las pretensiones panópticas de unas y otras.<sup>21</sup> bajo los «recursos humanos» y los «factores humanos» pululan sujetos saturados de deseo y portadores de ideología... Ocupándose de horarios, actividades y producciones, la «dirección del personal» se ocupa de la libido de los profesionales destinados a dichas tareas. Lo atestigua el trabajo en equipo, atravesado por rencores tenaces y ternuras secretas, otros tantos componentes de lo que se ha dado en llamar la «vida institucional». Esto explica que los usuarios con problemática «pesada» no se encuentren, todos, del otro lado de la mesa o en la sala de espera...

21. *Prisión panóptica*: diseñada de tal forma que el guardia pueda ver a cada detenido en su celda sin ser visto por él, quedando todos los prisioneros en observación constante.

## Obtener un producto

Dadas ciertas condiciones de producción, un producto resulta del empleo, por agentes cualificados, de unos medios de trabajo sobre una determinada materia prima. Utilizada a propósito del trabajo social, la denominación «producto» expresa que hay una fabricación en juego: entre el punto de partida y el punto de llegada se han introducido ciertas transformaciones. Si no fuera así, el trabajo social —un trabajo regular, instalado, reglamentado— simplemente no existiría: las sociedades regidas por la extensión de las relaciones mercantiles a todas las esferas de la vida individual y colectiva no forman ni retribuyen especialistas que no hacen nada, o que no sirven para nada. Tampoco se los emplea para aliviar la mala conciencia de los grupos dirigentes, cosa que les trae sin cuidado. Incluso el desmantelamiento relativo más contundente del Estado-providencia confirma que tiene lugar, efectivamente, una producción.

Una producción común al conjunto heterogéneo de las profesiones sociales, incluidas los oficios «antiguos» y los «nuevos». Salen a la luz, por supuesto, diferencias significativas según la formación de partida, el servicio empleador, el perfil del cargo, el público acogido, los medios disponibles. También difieren los objetivos específicos: inserción profesional, pacificación de conflictos familiares, organización de vacaciones, obtención de vivienda, acceso a ciertos derechos... Una heterogeneidad que encontramos en todos los ámbitos: hay carpinteros generalistas, carpinteros de edificio, carpinteros de interior, carpinteros de obra, ebanistas, especialistas en marquetería, especialistas en mesas; no producen objetos idénticos, pero intervienen en un terreno común. Lo mismo sucede con las profesiones sociales. Los diferentes tipos de servicio, con sus agentes particulares, sus públicos específicos y sus objetivos propios, obtienen productos estructuralmente comparables. Hay trabajadores sociales en la medida en que un personal diversamente cualificado y que ocupa puestos heterogéneos en instituciones públicas o privadas de diversa índole, contribuye al proceso de fabricación de cierto tipo de producto cuya exclusividad posee. No cabe la menor duda de que los trabajadores sociales trabajan, demasiado a menudo, en condiciones difíciles... la cuestión es en qué, precisamente.

poco más allá? ¿Por qué es tan improbable poder solucionar los problemas de la gente? ¿El trabajo social es una tarea completamente inoperante? Interrogaciones graves, que por supuesto los profesionales no restringen sólo al ámbito laboral...

Señalemos lo siguiente: hay intervención social allí donde los problemas llamados materiales, o la dimensión material de los problemas, no pueden ser resueltos mediante este tipo de intervención.<sup>24</sup> Ni hoy, ni ayer, ni mañana.

Moraleja: está absolutamente fuera de lugar acusar al trabajo social de no proveer viviendas, de no prestar atención médica, de no conseguir restaurar los lazos familiares, y así sucesivamente... ¡Y es que no puede hacerlo, no está en su estructura ni en sus poderes! Si cabe cuestionarlo, no es en absoluto con este género de argumento.

También está fuera de lugar que los trabajadores sociales se quejen de las situaciones difíciles con que se enfrentan, de los jóvenes o menos jóvenes que se han vuelto, como se dice, cada vez más reivindicativos y violentos, y que encima presentan trastornos psicológicos, sometidos como están a configuraciones familiares poco o muy inextricables, con recursos económicos escasos o nulos y un estatus administrativo precario... De ningún modo afirmamos que en realidad se trata de situaciones cómodas, ni que las intervenciones destinadas a ese público sean evidentes. Lo que merece atención es otra cosa. Habida cuenta del funcionamiento objetivo de las formaciones económico-sociales en las que está implantado el trabajo social, y de las configuraciones subjetivas de las personas y los grupos a cargo de los trabajadores sociales, las situaciones son forzosamente complejas, necesariamente complicadas, inevitablemente turbias, perturbadas, perturbadoras. La mezcla de dimensiones múltiples y heteróclitas, subjetivas y objetivas, constituye un dato de base, insoslayable e irrefutable.

Los trabajadores sociales son convocados justamente porque las situaciones no son simples, porque no se dejan reducir al registro psicológico, o escolar, o económico, o médico, porque no son asignables a una elaboración única, unívoca, omniexplicativa. Imaginar

24. Aquí está la diferencia entre el tratamiento del paro y el tratamiento social del paro: el primero apunta a resolver el paro, el segundo a hacerlo soportable. En el contexto de las sociedades capitalistas, el tratamiento social pone al descubierto los límites del tratamiento a secas. Una relación semejante enlaza los despidos y los planes sociales...

un trabajo social confrontado con situaciones parecidas a lo que describen los manuales y las consignas administrativas, y que pueden ser resueltas en consecuencia, es imaginar la inexistencia del trabajo social...

En síntesis, se trata de un límite estructural, de una imposibilidad absoluta que marca, justamente, el espacio propio del trabajo social, su potencia: lo que éste produce se encuentra más acá de ese límite.

En esta producción cabe distinguir un aspecto secundario y un aspecto principal.

El aspecto secundario corresponde al registro material. El trabajo social suministra toda clase de ayudas, asistencias, subvenciones, soportes..., recursos todos ellos que apuntan a aliviar la situación de los destinatarios, a hacer más tolerables sus condiciones de vida mientras se aguarda la mejora —más o menos hipotética, según los casos— que podrá procurar la obtención de un empleo, de un permiso de residencia, de una vivienda, de una estabilización psíquica, de una reorganización familiar.

Esos recursos son, por definición, parciales, imperativamente fragmentarios, fatalmente incompletos. En lo que se refiere a la dimensión material de los problemas de salud física o mental, de escolaridad, de vivienda u otros, el trabajo social aporta soluciones a lo sumo paliativas, pero en ningún caso resolutivas. Estas últimas se toman, o dejan de tomarse, en otros ámbitos: en las relaciones económicas, en las luchas políticas y sindicales, en el trabajo psicoterapéutico o médico, en el aparato judicial... Los llamados «empleos para jóvenes», los «empleos de proximidad»,\* el RMI [Revenu minimum d'insertion]: Renta mínima de inserción]... son medidas sociales porque su nivel de remuneración contribuye a la subsistencia de los destinatarios, pero no solucionan para nada sus problemas. En Francia se ha pasado del RMI al RMA [Revenu minimum d'activité: Renta mínima de actividad], pero la renta sigue siendo mínima: se trata, cabalmente, de una remuneración de índole social.

\* En el original, *emplois de proximité*: designación genérica de un amplio espectro de actividades, como la ayuda en tareas domésticas, la ayuda domiciliaria a personas mayores o dependientes, el cuidado de niños, las tareas de jardinería, de electricidad, etcétera. (N. de los T.)

¿Un efecto placebo? Cabría pensarlo, cuando las Misiones Locales por la inserción de los jóvenes preconizan cursillos de ayuda escolar y estudiantil seguidos de cursillos de precualificación que conducen a cursillos de cualificación que, a su vez, no conducen siempre a un empleo. O que desembocan en empleos nada atractivos, ni pecuniaria ni simbólicamente... Una situación habitual en el conjunto de las intervenciones sociales, porque allí reside, precisamente, su aspecto secundario.

El aspecto principal corresponde al registro ideológico. El trabajo social interviene a propósito de normas, valores, principios, modelos, orientaciones, representaciones e ideales con los cuales y bajo los cuales los usuarios soportan o no soportan, o dejan de soportar, problemas conyugales, administrativos, de vivienda, de escolaridad, de salud física y mental... Aquí residen su potencia, su poder, su eficacia específica. El trabajo social opera sobre las construcciones ideológicas movilizadas por los individuos y los grupos para explicar y explicar su suerte, para aguantar o para venirse abajo, para resignarse o para rebelarse.

Con estas construcciones se debaten individuos y grupos, con ellas conviven, simbolizan, crean, (se) destruyen, se angustian, gozan... Los seres humanos son convocados a nacer (políticas de natalidad, vocación materna, salvación de la pareja, cumplimiento de un deseo conyugal), son encauzados a vivir (según relaciones de género, plazas en las relaciones sociales y económicas, profesión, amores y odios) y son arrastrados a morir (en nombre del deber, del dinero, del amor, de la medicina, del trabajo, de la patria, de sí mismos)... siempre en el seno de configuraciones ideológicas.

Sería demasiado simplista pretender que el tratamiento social del paro es una suerte de brebaje inocuo. Lejos de no servir para nada, el efecto placebo es precisamente eficaz para paliar la ausencia de un efecto efectivo, contundente, no placebo: permite esconder esta ausencia y, a la vez, representarla como ausencia. Por eso se habla de tratamiento social en lugar de tratamiento a secas, de vocación materna en vez de circuitos de socialización de las mujeres, de principios educativos en lugar de posicionamientos ideológicos, y de posicionamientos políticos y de lógicas económicas como de fenómenos reservados a la esfera colectiva, supuestamente ausentes en la intimidad familiar...

Añadido

Ahora bien, las ideologías son fuerzas materiales, dinámicas, operativas, justamente porque el tratamiento social brinda paliativos para el desempleo y nutre la esperanza de salir adelante, porque la vocación materna contribuye a engendrar hijos, porque la ilusión de un buen empleo y de un óptimo reconocimiento social justifica largos años de formación. Intervenir en estos terrenos es esa tarea haragana y delicada que consiste en actuar sobre lo que tiene sentido para los seres humanos, sobre lo que para éstos hace sentido. ¡Nada menos!

Se trata de ello en los servicios de guardia, en las consultas, en los internamientos. A través de sus problemas específicos, los destinatarios del trabajo social declinan una preocupación única que los agujerea sin piedad, y a la que vuelven una y otra vez: qué hacer con sus vidas, cómo obrar sus vidas. Así pasan el tiempo los trabajadores sociales, quiero decir que se les paga para averiguar cómo se las apaña cada cual con los ideales (de salud, trabajo, escolaridad, conyugalidad), incluso con los ideales a los que ignoraba estar preso; cómo cada cual se abre un sendero en el matorral de la vida que le fue destinada. Tarea importante. A tal punto que algunos profesionales imaginan poder responder a estos interrogantes en lugar de la gente personalmente involucrada, diseñando así una toma a cargo total y completa. Toma a cargo inquietante, en realidad, para el destinatario tanto como para el profesional.

El trabajo social es uno de los últimos salones de tertulia. Por eso puede distinguirse en él una «política de la subjetividad» (Autès, 1999). Y no es poca cosa, cuando sabemos lo que vale la palabra en los seres humanos, hasta qué punto los motiva, los causa y determina. En ese salón se profieren discursos estabilizados, prefabricados, que son también discursos amurallados, apenas masculados, mudos a fuerza de no saber, desde hace ya largo tiempo, a quién dirigirlas. Labor incesante de un desciframiento jamás acabado. Un recordatorio: si en ocasiones aparecen casos o situaciones simples y banales, es porque nadie se ha ocupado de ellos lo suficiente.

¿Por qué cuando es cuestión de sentido, de preguntas existenciales, de discursos, de modos de vida, al mismo tiempo es cuestión de ideologías?

Recordemos primeramente que ideología e ideología política no son sinónimos: la segunda es un ejemplo de la primera. Los discursos, afectos, comportamientos y modos de vida no se articulan de manera directa y mecánica con unas ideologías políticas concretas,

La ASH ayuda a los niños a disponer de condiciones de existencia que los acerquen a la Infancia. Internamiento en instituciones, separaciones familiares, atención terapéutica y otras actividades diversas son las herramientas más usuales para ello... Pero este trabajo es imposible si no se toma partido a favor de ciertas modelizaciones, opuestas, por lo tanto, más o menos frontalmente a otras (Naves *et al.*, 2003).

Tomemos otro ejemplo. La asistente social recibe a un hombre que viene a exponerle la situación de deterioro en que se encuentra su matrimonio, recurso éste que le fue aconsejado por su abogado con miras a iniciar un trámite de divorcio. Su esposa, explica, abandona cada vez más las labores que le incumben: los trabajos de la casa; las comidas, que con frecuencia se limitan a unos potes de conserva; el planchado de sus camisas, que esperan semanas; sus conversaciones, que no van más allá de elegir el programa televisivo de la noche. Por añadidura, su señora esposa prácticamente no honra ya sus deberes conyugales con el pretexto de que ha tenido un día de trabajo agotador y/o de que el de mañana lo será más, y/o porque no es un buen momento del mes. En síntesis, ¡la cosa no funciona!<sup>25</sup> Se diría, murmura el consultante, que está de huelga. Pero al consultante le importa enfatizar que sus palabras no están dichas por ningún sexismo, y prueba al canto: su abogado es, en realidad, una abogada...

Al exponer sus problemas, las personas hacen oír igualmente —e inseparablemente— comentarios, perspectivas, interpretaciones. Y éste es el caso. El sexismo parece constituir una dimensión relevante en lo que ocurre y de lo que ha dejado de ocurrir en esta pareja. Aparece la metáfora de la «huelga», proferida por este marido traicionado en sus convicciones más profundas por una esposa que falta a sus deberes más naturales. Lo confirma la referencia a ese abogado que no es «un» sino «una». El sexismo, como configuración ideológica que es, no lo explica todo, pero dejarlo de lado equivaldría a transformar un drama conyugal real, que es también un drama ideológico, en una telenovela psicológica (que es también

un drama, sobre todo de bobadas). Aunque se lo tome como una pura racionalización, aún habrá que preguntarse por qué se trata de esta racionalización y no de otra... Precisemos: el sexismo, una ideología social, general, colectiva, funciona al mismo tiempo como una dimensión personal, íntima, sexual, intraconyugal a la que, en este caso, la esposa ya no quiere responder; lo cual deja al marido perplejo, pues no se explica que una mujer, y encima la suya, pueda sustraerse a su Deber. Moraleja: no es indispensable participar en una manifestación sindical o política, o firmar una petición, para que las ideologías sean de la partida; basta quedarse en casa, en la cama...

El portador del sexismo no es quien lo fabrica, sino uno de sus cuantiosos realizadores, alguno de sus múltiples actualizadores. Este señor y esta señora distan de ser los únicos implicados en este tipo de historia conyugal: ellos son protagonistas, no directores; son actores, no libretistas. Y aquí se indica exactamente el propósito de la intervención social y de la toma de partido que comporta. Al intervenir sobre situaciones que son siempre singulares, a tal punto que cada una es relativamente única en su género, el trabajo social se ocupa de la versión local de una ideología social general. Al operar sobre la primera, la intervención refuerza o, por el contrario, pone en tela de juicio a la segunda.

En el ejemplo que precede, la asistente social está obligada a hacer algo con el sexismo. No puede en absoluto actuar de otro modo. No es una cuestión de deber ni de ética, es una cuestión de hecho. Fiel a lo que a su juicio es una «actitud profesional», y deseosa de «no hacer política», encarará la cuestión del sexismo no como ideología sino exactamente como un desacuerdo entre dos personas, contribuyendo entonces a la reproducción de dicha ideología. O bien señalará cómo y por qué una ideología reaccionaria está obrando en el propio seno de la pareja. También puede buscar un consenso: el feminismo no impide a las mujeres planchar diariamente las camisas del marido (¿no es acaso lo que ella hace?) o hacerlas planchar por otras mujeres (las empleadas domésticas), y la masculinidad no impide al esposo respetar los días y hasta las noches de «huelga» (¿quizá podría la señora esposa ir a ver a la asistente social para conversar sobre el tema, entre mujeres?). Hay una toma de partido porque en sus preguntas y sus respuestas, en sus discursos y sus silencios, a través de sus mímicas y posturas corporales, a tra-

25. El término «cosa», que en español designa un objeto, una realidad (el matrimonio), en Argentina y otros países latinoamericanos puede también revestir una acepción coloquial y peyorativa: «cosa» designa una persona de sexo femenino. En el ejemplo citado, hay entonces dos «cosas» que según el señor no funcionan...

vés de lo que ella minimiza o por el contrario destaca, a través, por último, de los proyectos que sugiere a sus entrevistados, se abren paso posicionamientos, se despliegan valores, principios, modelos, ideales, mientras que otros son más o menos desechados.

Los ejemplos mencionados a lo largo de este libro aluden a valores y comportamientos públicos tanto como a afectos y configuraciones íntimos. En ellos, la objetividad y la subjetividad no cesan de interactuar. Más de una vez resulta embarazoso discriminar la parte de lo social y la parte de lo afectivo, la porción de lo ideológico y la porción de lo subjetivo. ¡Y con razón! Reside aquí la gran lección del trabajo social: éste nos enseña que no hay partes que discriminar, ni porciones que recortar, ni fronteras que demarcar. Dicho de otra manera, no basta con señalar que el concepto general de ideología incluye ideologías políticas, ideologías morales, sexuales, conyugales, escolares. Debemos además subrayar que unas y otras no corresponden solamente al dominio público, habitualmente llamado «social» o «colectivo»: se ejercen en el interior mismo de las angustias y alegrías personales, íntimas, secretas. En el episodio conyugal antes referido, en medio de la cama, entre esa mujer y ese hombre, y también en el seno de cada uno, están obrando ideologías poderosas y activas. Dicha pareja está viviendo una verdadera crisis ideológica, experiencia para nada reservada a los grupos sindicales o políticos. Esto es precisamente lo que debe enfatizarse: que las ideologías adoptan formas conscientes y formas inconscientes. De ahí el asombro absolutamente sincero que sentimos al descubrirnos portadores de valores que, con la misma sinceridad, decíamos delestear.

Destacar que las ideologías adoptan formas conscientes e inconscientes me permite subrayar un punto fundamental. A saber: el concepto de ideología es hoy impensable y prácticamente inutilizable si no se toma en consideración lo que el psicoanálisis nos enseña sobre la lógica del inconsciente, sobre el triptico formado por lo imaginario, lo simbólico y lo real (Lacan). Una condición sine qua non para evitar el sociologismo y la lengua de aparato, para lograr entender fenómenos como la servidumbre voluntaria y mil otras situaciones en que los individuos y los grupos se entregan espontáneamente a los poderes que tarde o temprano terminarán por aniquilarlos... Lo inverso me parece igualmente cierto: el recurso explícito al concepto de ideología hace posible un uso no psicologista, no subjetivista, del concepto de inconsciente. Permite confundir lo me-

nos posible el psicoanálisis y la psicología, y ambos, con una ortopedia de adaptación social. Recurso explícito, en efecto, porque el psicoanálisis debe su nacimiento, su desarrollo, e incluso su puesta en obra en la intimidad del gabinete, a toda una serie de posicionamientos ideológicos implícitos, a alianzas, confrontaciones y compromisos ideológicos más o menos sobrentendidos, poco enunciados como tales, pero efectivos, actuantes. Si una buena parte de los psicoanalistas desechan esta perspectiva, sus adversarios no cesan de recordárselo sin tregua...

Un movimiento que se resume en el *leitmotiv* según el cual la ideología y el inconsciente están anudados. Anudados de hecho, ya... No se trata de ligarlos como si fueran dos mundos, sino de investigar cómo están ya ligados, cómo la lógica de la ideología y la lógica del inconsciente funcionan al unísono, la una bajo y sobre la otra, cada una en el seno de la otra, gracias a la otra, contra la otra.

Todo esto no es nada simple. Poco a poco descubrimos difíciles problemas teóricos y prácticos, múltiples variables se entrecrocaban, registros de muy diversa índole se ponen en movimiento. Pero aun cuando no cabe abordarlos aquí de manera directa y argumentada (muchas indicaciones están presentes a lo largo de este libro), una doble constatación se impone a nuestra atención. Doble constatación que constituye una doble confirmación. La primera: el análisis del trabajo social y de las intervenciones sociales supone reconsiderar un nutrido conjunto de categorías usuales, de fronteras que habitualmente se suponen impermeables y definitivas. La segunda: raros son los profesionales, funcionarios administrativos o investigadores que imaginan las prácticas sociales en un estado de levitación social, sin nexo decisivo con los procesos económicos y políticos y sin que produzcan efectos en la intimidad de los sujetos. Y esto aun cuando, las más de las veces, parezca reinar ampliamente la indefinición y ser habitual la eufemización de objetivos y efectos. Leamos un pasaje representativo a este respecto.<sup>26</sup>

El pasaje citado en la nota marca varios puntos sumamente interesantes. Ante todo, nos dice que los trabajadores sociales se dirigen

26. «Los trabajadores sociales se dirigen a personas —o grupos— que no pueden realizar por sí solos actos, gestiones consideradas como normales, posibles y deseables por la sociedad en la que viven. Estas personas se encuentran en una situación de incapacidad social [...], Robertis, 1993, pág. 222.

a poblaciones relativamente determinadas, caracterizadas por sus dificultades subjetivas y/o materiales para cumplir de forma adecuada ciertos actos y gestiones. Los problemas de salud mental o física, las cuestiones de escolaridad o vivienda constituyen sólo la condición necesaria, por otra parte no siempre indispensable, para convertirse en usuario del trabajo social: éste se ocupa del interés ideológico de los problemas y cuestiones... Pero precisamente aquí es donde debe resistirse a la eufemización, con sus efectos diluyentes y oscurantistas. No es «la sociedad» la que decide lo que es o no normal, posible o deseable: la sociedad no forma un bloque indiviso y sin grietas, una entidad que planearía por encima de los conflictos. Lo que hemos denominado «formación económico-social» se halla permanentemente sometida a corrientes de opinión, a relaciones de fuerza y de poder, a alianzas y antagonismos, a dominaciones y a subversiones. No existen gestiones normales, definitivamente normales, que caigan de maduras, que no sean cuestionadas ni cuestionables; sólo existen gestiones normalizadas, hegemónicas, dominantes, confrontadas así con otras gestiones, con otros actos juzgados anormales, intolerables, no deseables. Es normal aquello sobre lo que no queremos o no podemos interrogar...

La «incapacidad social» atribuida a ciertas poblaciones está determinada por la distancia que las separa de los modelos hegemónicos. Incapacidad llamada «social» porque se confunde «social» con «ideológicamente hegemónico». En realidad, dicha incapacidad no excluye en absoluto la existencia de fuertes competencias sociales que permiten a los involucrados esquivar a los trabajadores sociales, manipularlos, y hasta dejarlos sin aliento. Y que les servirán, asimismo, para experimentar con mayor o menor fortuna modalidades de vida distintas de las que hoy prevalecen...

No se tiene en mira la misma inserción «en medio ordinario» si el profesional quiere saber o si, por el contrario, se empeña en desconocer que lo ordinario no es ni evidente ni natural, y que hasta puede ser bastante extraordinario. Las reticencias y resistencias de los individuos y grupos no tienen siempre el mismo sentido, ya que pueden poner de manifiesto sus dificultades, pero también sus avances y sus hallazgos. En ningún caso el profesional se dirige a personas exclusivamente definidas por sus carencias, y tan desarmadas y exánimes que sólo el advenimiento de la buena palabra social podría sacarlas por fin de su letargo. No se trata de una cues-

tión de ética, sino de una cuestión de hecho, testarudo, como de costumbre.

Las personas de las que se ocupa el trabajo social no son un material maleable y moldeable a discreción, razón por la cual las intervenciones sociales no siempre logran transmitirlas, y menos aún inculcarles, principios que se consideraran correctos y modos de vida que se suponen normales. Puede ocurrir así que se califique de fallida una intervención que no haya alcanzado el resultado previsto por el agente o por la institución. Es lo que sucede cuando esa intervención tropieza con las idas y venidas de los destinatarios, con sus maliciosas incomprendiones y sus sagaces confusiones, con sus estrategias de supervivencia, sus goces secretos, sus sufrimientos y sus miserias...

Es imprescindible tener esto en cuenta cuando se habla de «intervención educativa», en singular, sin más precisiones, o de «ayuda social», sin otro adjetivo: ¡como si existiera una sola! En materia de educación, sexualidad, trabajo, vivienda, etcétera, persiste la confusión entre la hegemonía, vigorosa aunque relativa, de las orientaciones dominantes y por otra parte la absoluta omnipresencia que dichas orientaciones quisieran ejercer. Concretamente, cada vez que se habla de lo educativo o de lo social *en general*, me parece conveniente indagar de qué educativo se está hablando, a qué social se hace referencia.

He aquí otras tantas razones para subrayar la imposible neutralidad de las intervenciones sociales. Y para subrayarla, insisto, no como una tara o un inconveniente, sino como una condición de existencia y de eficacia. A fin de cuentas, sólo la buena conciencia podría alarmarse por ello.

Resumamos. El trabajo social suministra recursos, equipamientos, medios de índole eminentemente paliativa a fin de que sus públicos se acerquen lo más posible a las modalidades hegemónicas en materia de educación, sexualidad, escolaridad, salud física y mental, empleo y paro... En última instancia, su blanco principal no son los individuos ni los grupos, sino las tendencias ideológicas (esto es, las maneras de vivir, los afectos, comportamientos e ideas) de las que esos individuos y grupos son portadores, conscientes e inconscientes.<sup>27</sup>

27. Esto corresponde a la distinción entre *objeto* y *mira* de la intervención social (véase el tercer capítulo de la presente obra).

En este circuito, la empleada doméstica se transmuta en «trabajadora familiar» y ésta en «técnica en intervención social y familiar»: un *crecendo* que indica cada vez más explícitamente que cuando ordena la ropa, hace la compra, lleva o va a buscar a los niños a la escuela, se expresa de una cierta manera... esta trabajadora social interviene sobre «lo educativo», un eufemismo habitual para decirlo todo no diciéndolo: ideología.

Al consolidar ciertas tendencias ideológicas y esforzarse en contradecir otras, el trabajo social contribuye a la reproducción y/o a la relativa mutación de las formaciones económico-sociales en las que está implantado. Aquí reside su pertinencia, su utilidad, su eficacia económica y política. Y su porvenir.

Un movimiento que sólo puede acometer al precio de una tensión tan inevitable como insoluble (Autès, 1999). Cada equipo, cada trabajador social, y a su manera cada usuario, carga con este bagaje todos los días: privado o público, el trabajo social forma parte de los aparatos ideológicos del Estado; las intervenciones sociales tienen forzosamente una mira normativa y normalizadora... que, sin embargo, logran imponer con mitigada fortuna, pasando por compromisos diversos y variados, por tergiversaciones más o menos pronunciadas. Nunca por completo, jamás sin pérdidas. Por eso resalta mil veces esa pregunta que todos hemos ya escuchado: «Al final, ¿qué hacen, realmente, los trabajadores sociales?». Como de costumbre, la respuesta se encuentra en la dialéctica, o sea, en las tensiones y contradicciones sin las cuales el trabajo social, simplemente, deja de existir.

El trabajador social no es el liberador espontáneo del pueblo llano, ni su fiel y leal representante: es y sigue siendo un agente del poder del Estado y, en consecuencia, el pueblo tiene más de un motivo para desconfiar de él. Pero dicho pueblo tampoco es una víctima impotente de oscuras y politiqueras manipulaciones: ni el Consejo General (Gobierno provincial) ni sus empleadores son capaces de vigilar todas y cada una de las supuestas infidelidades del trabajador social. A menos, evidentemente, que de toda buena fe el profesional colabore en esa vigilancia... Que colabore, por ejemplo, al pretender que no dispone del menor margen de maniobra y que carece del más mínimo poder de creación y, por tanto, de rebeldía. Sin darse cuenta, probablemente sin querer darse cuenta, de que más de una vez sus empleadores le están pidiendo menos fidelidad de la que él mismo se impone.

El reto es éste: de qué modo cada trabajador social individual, cada colectivo, cada servicio se las arregla con las contradicciones de una tarea tan imposible como indispensable, de qué modo cada cual ejerce la parcela de poder con que cuenta. En esta dialéctica, el nudo que forman la lógica de la ideología y la lógica del inconsciente permite intervenir de una manera relativamente advertida. Al ser menos incauto, el interviniente puede embaucar menos a otros.

## De la caridad a la toma a cargo, de la toma a cargo a la toma en cuenta...

En las prácticas e intervenciones sociales, en el acontecer cotidiano de las instituciones y servicios, en el corazón de las dificultades y progresos, tres figuras mayores suscitan posicionamientos, reivindicaciones y críticas. Estas figuras contribuyen a sellar alianzas y a provocar rupturas, unas veces manifestadas, explícitas, y otras subterráneas, tácitas. Condensan orientaciones, maneras específicas de decir y de hacer. Son estilos. Todas adoptan la forma material de prácticas, de modalidades de intervención, de actos, de comportamientos. Tan próximas están entre sí que a menudo se toma a una por otra, y sin embargo son radicalmente heterogéneas, aunque no necesariamente donde se cree.

Tres figuras: la *caridad*, una de cuyas actualizaciones contemporáneas son las posturas humanitarias; la *toma a cargo* o el *hacerse cargo*, señal, marca y emblema del trabajo social y, por último, la *toma en cuenta*, que es a la vez componente, por lo general ignorado, de las dos figuras anteriores y uno de sus futuros posibles.

### Dos figuras estratégicas... y una tercera

Comencemos por caracterizar a grandes rasgos la lógica de estas tres figuras. Caridad, toma a cargo, toma en cuenta: cada una a su manera, cada una con sus límites, produce efectos singulares. Trataremos aquí, pues, de estructuras, de tensiones y contradicciones

eminentemente activas..., a propósito de tres figuras que, de hecho, no funcionan en circuito cerrado.

*Primera aclaración:* Cada figura condensa maneras de decir y de hacer específicas, dispositivos institucionales, competencias, agentes y destinatarios respectivamente diferenciados. Cada una pone en escena personajes *ad hoc*. La caridad se dirige a criaturas, o sea, a personas que se supone están en situaciones de carencia o de indignidad no sólo económica sino también, y ante todo personal, afectiva, existencial; la caridad no sabe nada del deseo, salvo que se reduzca éste a la necesidad, a las inclinaciones, las ansias o las pasiones, los instintos... Por su parte, la toma a cargo presume que sus destinatarios plantean demandas, hacen llamamientos, se empeñan en deseos que sus condiciones de vida les impiden realizar: esto es justamente lo que hay que tomar a cargo. Los agentes de la toma a cargo no están guiados por el amor al prójimo: a diferencia de la caridad, no caben aquí misericordia ni piedad... Por último, en la toma en cuenta aparecen profesionales considerados como sujetos socio-deseantes que se dirigen a otros sujetos socio-deseantes (los usuarios), unos y otros tratados en su doble e inextricable dimensión ideológica e inconsciente.

Disparaes son también las intervenciones: la necesidad (caridad) no se trata como la demanda (hacerse cargo), y menos todavía como el deseo (tomar en cuenta). Unívoca, relativamente circunscrita, centrada en objetos (vivienda, empleo, etcétera), la necesidad puede ser satisfecha, mientras que la demanda lo es tanto menos cuanto que resulta del deseo, inagotable por definición. Las problemáticas individuales y colectivas no inspiran las mismas intervenciones según sean entendidas como problemas estrictamente personales, o como características culturales, o mejor aún, como posicionamientos ideológicos. Se puede decir que las intervenciones difieren tanto como las problemáticas a las que se refieren.

La caridad convoca a servidores, testigos, compañeros; la toma a cargo requiere profesionales, actores (los actores de lo social, justamente); la toma en cuenta moviliza a intervinientes. Misiones, mandatos, compromisos. Se enuncia aquí una línea divisoria institucional, profesional, teórica, ideológica.

Se requieren años de formación y experiencia para manejar con alguna pericia una u otra de estas fórmulas codificadas, para leer y escribir los relatos en los que se muestran, para pronunciarlas con

el tono que conviene y escucharlas con el oído apropiado. Las características vocabularios relativamente delimitados, giros de lenguaje particulares, contraseñas y frases estereotipadas, pero también gestos, actitudes, maneras de moverse, estilos indumentarios... Cada uno, toma a cargo y toma en cuenta son montajes teatrales intransferibles el uno al otro, con lo que esto supone de argumentos, actores principales y de reparto, roles que encarnar, roles que evitar, directores, apuntadores, públicos, derechos de admisión...

*Segunda aclaración:* la toma a cargo es un componente inherente a la intervención social, indispensable para comprender contra qué se debate ésta, a dónde apunta, de qué cosa no puede librarse completamente.

Las prácticas y conceptualizaciones del trabajo social, pero también las prácticas sociales en empresas así como la invención de políticas sociales, ese brazo armado del Estado-providencia, la aparición de las cuestiones sociales y hasta de «la cuestión social» a finales del siglo XIX, se hacen después de, más allá de y finalmente contra la figura de la caridad. Inspirada ciertamente en ella, adaptando-adaptando algunos de sus principios, pero excluyéndola radicalmente. Así se desarrolló, en efecto, el combate anticlerical de los sindicatos obreros y de los grupos y partidos progresistas. En esta oposición a la caridad, ciertos problemas *pasan a ser* problemas sociales, ciertas prácticas *adquieren* carácter social, numerosas instituciones se vuelven sociales y muchos trabajadores son tildados de sociales. Condición y síntoma de este proceso: la gradual afirmación de una figura inédita, la toma a cargo. Ésta representa el común denominador de instituciones heterogéneas, de prácticas diferentes, de profesionales específicos que tienen (o se supone que tienen) un carácter social. Digo entonces que, cuando dispositivos de toma a cargo ocupan un lugar decisivo, estamos en presencia de prácticas sociales, cualquiera que sea la institución donde se ejercen.

*Tercera aclaración:* tanto la caridad como la toma a cargo y la toma en cuenta se conectan con determinadas problemáticas, estos es, con armazones conceptuales orientadas por supuestos y miras ceñidos. En cada ocasión se movilizan posicionamientos particulares. *Se trata de ideologías materiales.*

Elementos de índole económica, política, teórica, lingüística, técnica, etcétera, combinados en función de pautas estrictas, son

necesarios para que las doctrinas y prácticas de la caridad, de la toma a cargo y, por último, de la toma en cuenta, se pongan a significar, adquieran espesor, ganen consistencia y se conviertan en términos cargados de sentido, capaces de convocar las energías individuales y colectivas.

Lejos de ser meros reflejos de la realidad, estas tres figuras son dispositivos de codificación teórico-práctica de la realidad. Efectúan un trabajo de lectura, de cifrado, de encriptación, de puesta en sentido, condición sine qua non de su eficiencia, de sus facultades operacionales respectivas. Caridad, toma a cargo y toma en cuenta labran lo real a partir de sus respectivas problemáticas y dentro de los límites de éstas: lo concreto de una no es siempre lo concreto de las otras. Las cuestiones de vivienda, escolaridad, funcionamiento familiar, salud física y mental o desempleo no son vistas de la misma manera. No se ponen en primer plano los mismos componentes; los diagnósticos difieren tanto como las soluciones adoptadas o adoptables. Según se movilice una u otra de estas figuras, el problema será redefinido de manera parcial o radical. Incluso puede no haber problema en absoluto. Porque, decía, en el seno de cada una de las figuras y de sus problemáticas respectivas el término «concreto» no recibe una significación idéntica.

*Cuarta aclaración:* estas problemáticas revisten una dimensión objetiva. La índole caritativa o la índole social de una práctica, institución o discurso es independiente de las intenciones de los agentes y de la vivencia de los destinatarios. Una institución puede denominarse «social» sin que en ella lo social sea necesaria y constantemente reivindicado. Y aunque se trate de las «Obras de Santa...», la caridad puede no ser su resorte único. Profesionales o benévolo-manifiestamente creyentes y devotos practican a veces tomas a cargo mucho más remarcables que las cumplidas por trabajadores sociales... A la inversa, provistos de un diploma de trabajo social y habiendo culminado formaciones complementarias, empleados en instituciones sociales para ocuparse de «casos sociales», ateos y más bien progresistas, no todos los trabajadores sociales desarrollan prácticas sociales. Ni todo el tiempo, ni con todos los públicos, ni a lo largo de toda su carrera. Porque dichas prácticas sociales implican que se efectúen tomas a cargo, lo cual no está asegurado de antemano sin el consentimiento de los públicos, su aceptación o al menos su resignación: se puede insistir sobremanera para que la

gente haga esto o aquello, incluso con alguna amenaza real y/o imaginaria, pero sin colaboración de su parte, el hacerse cargo parece harto improbable...<sup>1</sup> Numerosos directores *creer* (¡hay que decirlo así!) dirigir instituciones sociales cuando en realidad están a la cabeza de instituciones de fuerte cuño religioso, y ello por más que ningún crucifijo presida las reuniones: encontramos a menudo ser-vicios y profesionales laicos que se adhieren a alguno de los innumerables reritos del pensamiento único, es decir, del no-pensamiento, especialmente psicologista y/o gerencial.<sup>2</sup>

*Quinta y última aclaración:* las tres figuras son constelaciones estructurales, ideales-tipo (Weber). No tienen existencia independientemente unas de otras, como si fueran universos estancos definitivamente aislados o aislables. Discursos, instituciones, prácticas y prácticas no se caracterizan por el poder único y completo de la caridad, o de la toma a cargo, o de la toma en cuenta, ni tampoco por la omnipresencia de una y la exclusión radical de las otras. Los caracteriza y distingue la figura que ocupa en cada oportunidad una posición estratégica. En su quehacer cotidiano, las prácticas sociales combinan las tres figuras ordenadas en función, alrededor, respecto de una de las tres dominantes que acabo de mencionar. Se trata pues de un funcionamiento tensorial, jamás lineal o liso, marcado por ambigüedades y ambivalencias más o menos patentes, por contradicciones tenaces, por reunificaciones incesantes... Las prácticas no son cosas, sino procesos.

Son tributarias de la caridad aquellas instituciones y prácticas donde la figura de la caridad coexiste con la toma a cargo, pero donde la primera domina tendencialmente y cuyo alcance ella encuadra, cuyo uso ella vigila y cuyos desbordes ella contiene. Muchos conflictos institucionales y desacuerdos entre profesionales y directivos tienen aquí su origen: por ejemplo, entre aquellos que consi-

1. A esta colaboración inexistente o concedida con cuentagotas, algunos trabajadores sociales suelen llamarla «caso pesado», «caso complicado»...

2. La *lógica psicologista* y la *lógica gerencial* constituyen hoy en día las dos grandes tendencias que arrastran (y desgarran!) el trabajo social. Se trata de lógicas, no de simples dispositivos técnicos: son maneras de pensar y de actuar, de considerar y, en mi opinión, de menospreciar las realidades individuales y colectivas. *Psicologista* es aquella posición que convierte la dimensión subjetiva en concepción global de las gentes y de las cosas. Por su parte, el *gerencialismo* consiste en imaginar que las estadísticas, los protocolos y las evaluaciones, sin duda imprescindibles, explican de manera exhaustiva y completa todo lo que le pasa a la gente y todo lo que hace o debiera hacer el trabajo social.

necesarios para que las doctrinas y prácticas de la caridad, de la toma a cargo y, por último, de la toma en cuenta, se pongan a significar, adquieran espesor, ganen consistencia y se conviertan en términos cargados de sentido, capaces de convocar las energías individuales y colectivas.

Lejos de ser meros reflejos de la realidad, estas tres figuras son dispositivos de codificación teórico-práctica de la realidad. Efectúan un trabajo de lectura, de cifrado, de encriptación, de puesta en sentido, condición sine qua non de su eficiencia, de sus facultades operacionales respectivas. Caridad, toma a cargo y toma en cuenta labran lo real a partir de sus respectivas problemáticas y dentro de los límites de éstas: lo concreto de una no es siempre lo concreto de las otras. Las cuestiones de vivienda, escolaridad, funcionamiento familiar, salud física y mental o desempleo no son vistas de la misma manera. No se ponen en primer plano los mismos componentes; los diagnósticos difieren tanto como las soluciones adoptadas o adoptables. Según se movilice una u otra de estas figuras, el problema será redefinido de manera parcial o radical. Incluso puede no haber problema en absoluto. Porque, decía, en el seno de cada una de las figuras y de sus problemáticas respectivas el término «concreto» no recibe una significación idéntica.

*Cuarta aclaración:* estas problemáticas revisten una dimensión objetiva. La índole caritativa o la índole social de una práctica, institución o discurso es independiente de las intenciones de los agentes y de la vivencia de los destinatarios. Una institución puede denominarse «social» sin que en ella lo social sea necesaria y constantemente reivindicado. Y aunque se trate de las «Obras de Santa...», la caridad puede no ser su resorte único. Profesionales o benévolo manifestamente creyentes y devotos practican a veces tomas a cargo mucho más remarcables que las cumplidas por trabajadores sociales... A la inversa, provistos de un diploma de trabajo social y habiendo culminado formaciones complementarias, empleados en instituciones sociales para ocuparse de «casos sociales», ateos y más bien progresistas, no todos los trabajadores sociales desarrollan prácticas sociales. Ni todo el tiempo, ni con todos los públicos, ni a lo largo de toda su carrera. Porque dichas prácticas sociales implican que se efectúen tomas a cargo, lo cual no está asegurado de antemano sin el consentimiento de los públicos, su aceptación o al menos su resignación: se puede insistir sobremanera para que la

gente haga esto o aquello, incluso con alguna amenaza real y/o imaginaria, pero sin colaboración de su parte, el hacerse cargo parece harto improbable...<sup>1</sup> Numerosos directores *creer* (¡hay que decirlo así!) dirigir instituciones sociales cuando en realidad están a la cabeza de instituciones de fuerte cuño religioso, y ello por más que ningún crucifijo presida las reuniones: encontramos a menudo servicios y profesionales laicos que se adhieren a alguno de los innumerables refritos del pensamiento único, es decir, del no-pensamiento, especialmente psicologista y/o gerencial.<sup>2</sup>

*Quinta y última aclaración:* las tres figuras son constelaciones estructurales, ideales-tipo (Weber). No tienen existencia independientemente unas de otras, como si fueran universos estancos definitivamente aislados o aislables. Discursos, instituciones, prácticas y practican- no se caracterizan por el poder único y completo de la caridad, o de la toma a cargo, o de la toma en cuenta, ni tampoco por la omnipresencia de una y la exclusión radical de las otras. Los caracteriza y distingue la figura que ocupa en cada oportunidad una posición estratégica. En su quehacer cotidiano, las prácticas sociales combinan las tres figuras ordenadas en función, alrededor, respecto de una de las tres dominantes que acabo de mencionar. Se trata pues de un funcionamiento tensorial, jamás lineal o liso, marcado por ambigüedades y ambivalencias más o menos patentes, por contradicciones tenaces, por reunificaciones incansables... Las prácticas no son cosas, sino procesos.

Son tributarias de la caridad aquellas instituciones y prácticas donde la figura de la caridad coexiste con la toma a cargo, pero donde la primera domina tendencialmente y cuyo alcance ella encuadra, cuyo uso ella vigila y cuyos desbordes ella contiene. Muchos conflictos institucionales y desacuerdos entre profesionales y directivos tienen aquí su origen: por ejemplo, entre aquellos que consi-

1. A esta colaboración inexistente o concedida con cuentagotas, algunos trabajadores sociales suelen llamarla «caso pesado», «caso complicado»...

2. La *lógica psicologista* y la *lógica gerencial* constituyen hoy en día las dos grandes tendencias que atraviesan (y desgarran!) el trabajo social. Se trata de lógicas, no de simples dispositivos técnicos: son maneras de pensar y de actuar, de considerar y, en mi opinión, de menoscabar las realidades individuales y colectivas. *Psicologista* es aquella posición que convierte la dimensión subjetiva en concepción global de las gentes y de las cosas. Por su parte, el *gerencialismo* consiste en imaginar que las estadísticas, los protocolos y las evaluaciones, sin duda impredecibles, explican de manera exhaustiva y completa todo lo que le pasa a la gente y todo lo que hace o debiera hacer el trabajo social.

deran que educar o reeducar a jóvenes consiste en enderezarlos y encarrillarlos a cualquier precio, mientras que para otros se trata de ayudarlos a separar los riesgos que toman (porque estar vivo implica necesariamente arriesgarse) y por otra parte los pasajes al acto a los que tal vez podrían no exponerse... Conflictos debidos a la mezcolanza de figuras estructuralmente diferentes. Sin olvidar, sin embargo, que toda suerte de invenciones y soplos de aire fresco resultaron posibles gracias a los desajustes entre lo que se dice hacer y lo que en realidad se hace, entre las prácticas enunciadas y las prácticas efectuadas...

Un esquema semejante rige las instituciones y prácticas de trabajo social. La caridad nunca está del todo ausente, por ejemplo cuando se trata de acompañar al usuario a donde éste tiene que llegar cueste lo que cueste, preferentemente con su consentimiento (en cuyo caso se aplaude su madurez) o, por el contrario, con sus reticencias (indicio, como suele imaginarse, de sus dificultades). La diferencia entre «ayudar» y «reorientar», cuando no «salvar», no siempre salta a la vista. A veces, «la relación de ayuda» típica de la toma a cargo recuerda, curiosamente, «la salvación de los seres» característica de la caridad, y en estos casos «la inserción» funciona como una vertiente laica de la «redención». El hecho de que la misericordia y la piedad no constituyan palancas de la toma a cargo de ningún modo implica que los agentes de esta última carezcan de todo sentimiento—inclusive de compasión—hacia las personas a quienes se dirigen...

Como puede verse, las referencias y contenidos originarios de la caridad son recuperados en la toma a cargo, y viceversa. Los términos clave de la una pasan a la otra. Los curriculos de formación y cursillos requeridos en un caso pueden serlo igualmente en el otro. En resumen, estas dos figuras se alimentan recíproca e indefinidamente: aunque cada una excluya a la otra, esto implica la presencia, nunca del todo muda, de la figura opuesta. Difieren en todo, pero sus diferencias se definen, en parte, unas contra otras y gracias a ellas.

Están en juego, pues, diferencias y oposiciones, reapropiaciones y recomposiciones. Se trata de una ruptura clara, precisa, radical, pero eminentemente dinámica y que se reorganiza y desplaza de forma continua. Tampoco desde un punto de vista histórico la demarcación «caridad/toma a cargo» se realizó de golpe, como un acto

único y definitivo, sino a lo largo de un proceso secular. Un proceso balizado por avances progresivos y saltos hacia delante, pero también por retrocesos y regresiones. Como todo acontecimiento histórico de envergadura, este proceso de demarcación sigue—todavía hoy—produciendo efectos significativos. Las divergencias y convergencias resurgen indefinidamente día a día en las prácticas caritativas y en las prácticas del trabajo social, en los dispositivos institucionales que las sostienen y a los que, a su vez, ellas dan soporte.

Bajo la égida de una y/o de otra, asoman prácticas de toma en cuenta: iniciativas de autoorganización de poblaciones promovidas en la década de 1970 por sacerdotes latinoamericanos bajo el estandarte de la «teología de la liberación», algunas experiencias de trabajo social comunitario en Québec, actividades participativas de grupos, universidades populares, colectivos de parados, de sin papeles, de piqueteros, de grupos de intercambio de saberes...

Múltiples ejemplos ponen en evidencia el carácter a la vez radical e inestable de esta demarcación. Por esto nos preguntaremos más adelante por qué razón el término «persona» ocupa un lugar central tanto en la caridad como en la toma a cargo. ¿Qué fidelidades se perpetúan cuando instituciones y servicios conservan las denominaciones caritativas y filantrópicas de sus orígenes y, sin embargo, desartollan prácticas que se pretenden extrañas a ellos y que más de una vez hasta lo son? Lo mismo ocurre con otro término clave, el de «sujeto», tributario tanto de la toma a cargo como de la toma en cuenta y que, sin embargo, no tiene en ambas el mismo sentido ni obedece en absoluto a la misma lógica. Por otra parte sabemos que en el ámbito de la caridad, las «misiones» son apreciadas, consideradas como necesariamente positivas, pero ¿qué sucede entonces con la «misión infancia» de los entes administrativos y de gobierno?

Entre los practicantes de la toma a cargo, la «caridad» tiene un sentido peyorativo, pues se la asimila al asistencialismo.<sup>3</sup> Probable-

3. Los debates sobre la asistencia están atravesados por profundas ambigüedades. Unos rechazan esta asistencia a fin de preservar los márgenes de maniobra de las poblaciones destinatarias y evitan lo más posible decidir por ellas; esta crítica se orienta hacia lo que llamamos la toma en cuenta. Pero otros, que se adhieren a las ideologías liberales, identifican asistencia y asistencialismo: al aceptar una ayuda social, el beneficiario contrae una deuda hacia la comunidad, una deuda que ha de saldarse cuanto antes, con su trabajo. Se considera que la asistencia desresponsabiliza, por no decir que desculpabiliza. Un buen pobre, ¿será un pobre moralmente deudor? (Aults, 1992; Messu, 2003).

jeivas, las condiciones de vida en general muestran que el mundo tal como va no se parece nada al mundo tal como debería ser: es grande la distancia que separa a la condición humana, a la esencia humana, del destino impuesto a millones de mujeres y de hombres, a numerosos grupos sociales. Epifanía de lo humano *versus* desgracias y sufrimientos de los humanos. Desorden, pues, porque el orden reinante en la actualidad no es el verdadero, no es el que debería existir. Desorden, anomalía, irregularidad, atolladero, contradicción. Contra Hegel, la caridad hace suyo el *leitmotiv* príncipes de todo humanismo: lo real no es forzosamente racional, pues no es forzosamente moral.

Testimoniar equivale a comprometerse para aligerar esa distancia entre el ser y el deber ser. Pero aligerar no es abolir: la desaparición completa de la desdicha no es concebible, ni siquiera deseable, no es en la tierra donde en última instancia se resuelven las contradicciones. La caridad se estructura a partir de una Resurrección venidera, un reencuentro universal en el que participarán todos los hombres, acontecimiento que tendrá seguramente lugar, pero en un tiempo y en un lugar indeterminados... Entre tanto, sobre la tierra, la realización de lo humano puede ser tan sólo esbozada en sus manifestaciones, en sus apariciones, en sus desfiles respecto de lo que debería ser. Pues lo que los hombres y las cosas deberían ser constituye una verdad revelada que solamente la moral deja percibir. Si la ciencia explica tal o cual funcionamiento, sólo la moral permite acceder a las razones supuestamente profundas de esos funcionamientos. La caridad prefiere el diálogo al debate, el intercambio a la confrontación, el consenso a las relaciones de fuerza. La moral a la historia. Ahí reside su razón de ser, su misión.

Y, en cuanto hay misión, el oscurantismo y el dogmatismo tienen cabida. Dos términos que no designan aquí juicios de valor, sino condiciones de existencia de la caridad, de las que, por otra parte, la toma a cargo no está completamente exenta. La misión no puede sino ser dogmática, ya que obedece a razones que escapan al entendimiento común y al análisis científico; corresponde a una designación tan inexplicable como inevitable: no se elige tener una misión, sino asumir la que se ha recibido. Una misión es un deber sin derechos, salvo el de servir. Nada exculpa a quienes, habiendo recibido una misión, mitigan sus trabajos, restringen sus esfuerzos, calculan sus fatigas. De ahí que muchos de los que practican la caridad no.

Cuadro 3

Temas Figuras	1. Parámetros		2. Modalidades		3. Personajes	
	Referencias doctrinarias y teóricas	Principio organizador	Dispositivos institucionales	Condiciones y objetivos de la intervención	Agentes asignados	Población-meta
Caridad	Divina providencia. Del conservadorismo ilustrado al progresismo. Ciencias de la salud, ciencias morales.	Moral humanista.	Obras filantrópicas, caritativas, humanitarias, correctivas (privadas, públicas, parapúblicas).	Sentido común, buena convivencia. Compasión. Auxiliar, asistir, restablecer, reorientar. Paz social a través de la salvación divina.	Voluntarios (remunerados). Cualidades naturales (entre ellas, la piedad y el desinterés), vocación. Puestas a prueba.	Personas-criaturas: desdichadas, necesitadas, extraviadas, víctimas, excluidas... Seres prisioneros de necesidades.
Toma de cargo	Estado-providencia (Estado social, funciones sociales del Estado). Del liberalismo a la socialdemocracia. Ciencias sociales y humanas.	Ética humanista.	Política social, instituciones públicas y privadas, prácticas y dispositivos de carácter social.	Metodologías de intervención (escucha abierta, relación de ayuda). Liberar, dar autonomía. Solidaridad, inserción. Paz social gracias a la felicidad en la tierra.	Legisladores, alcaldes, empleados, funcionarios. Estudios controlados y formaciones habilitantes: oficios. Evaluación de las prácticas.	Personas-sujeto: en dificultades, desfavorecidas, excluidas... Seres de demanda, incluso de deseo, contextualizados por la historia social.

que parecen poco justificables, es imperativa por definición. Pues no hay misión sin certeza inquebrantable de estar en la verdad, de estar en lo justo.

Una certeza constantemente puesta a prueba, confrontada con el mundo tal como funciona, con los humanos tal como se conducen; en síntesis, con las resistencias de lo real. La caridad moviliza un logmatismo ilustrado, más o menos *soft*: se reserva a las ciencias un lugar relevante, sobre todo a las de la salud. Estas disciplinas estudian los trastornos orgánicos y mentales, emiten diagnósticos a su respecto y pronósticos para evitarlos, o al menos para tenerlos raya; se ocupan de lo animado, de lo viviente, de los vivos... También se da importancia a las llamadas «ciencias morales», un conjunto híbrido de principios judeocristianos aplicados a los asuntos políticos, la fijación de las reglas del vivir-juntos, el papel preciso que conviene dar a la sexualidad y la finalidad que ésta debe perseguir; la apreciación normativa de los comportamientos individuales colectivos.

La fuerza de la caridad está justamente en volver congruentes las ciencias de la salud con las pseudociencias morales.<sup>6</sup> Le importa particularmente asentar sus ideales sobre saberes sólidos, reconocidos: fisiología, medicina, psiquiatría, más recientemente economía, ciencias sociales, psicología, psicoanálisis... Estas disciplinas abarcan todo el espectro de las necesidades materiales, psíquicas y morales de los destinatarios de la caridad, y se entiende que legitiman lo preñado por la caridad en materia de reglas de higiene, de mejoramiento de las condiciones de vida de las poblaciones socorridas, de educación o reeducación de los niños y las familias. Se trata de justificar que los cuidados deben brindarse de una manera y no de otra, que los que deben tratarse son ciertos problemas y no otros; e justificar por qué debe llevarse cierto tipo de vida, por qué debe jercerse cierta sexualidad. Ya se trate de enfermedad física, psíquica o incluso social («desorden establecido», como sostiene el humanismo cristiano), siempre está sobre el tapete la salud moral de

6. Como enuncia Lebreton, fundador de la revista *Économie et humanisme*, «la observación de lo real, unida a la preocupación por el bien humano, provee la verdadera cultura». Una idea que no carece de relación con el aforismo de Rabelais: «La ciencia sin conciencia no es sino la ruina del alma».

tribuyen a preservar dicha salud, todo lo que conviene mejorar para que la salud, es decir, la moral, quede a salvo. De ahí, sin duda, el papel eminente de los médicos, de los psiquiatras, de los psicólogos: científicos tanto como expertos en virtudes, técnicos tanto como directores de conciencia. Y justamente porque ninguna frontera infranqueable separa a la caridad de la toma a cargo, las campañas de prevención del sida apelan al *leitmotiv* —no exento de higienismo ni de pietismo— del *safe sex*.

La convergencia impuesta por la caridad entre ciencias de la salud y ciencias morales es doblemente interesante. Por una parte, en el orden del contrasentido, si no de la usurpación pura y simple. Ningún argumento técnico o biológico justifica la separación de los dormitorios de varones y niñas, ni su formación para oficios que se imaginan femeninos o que se creen masculinos. La educación sexual comprende informaciones médicas y dimensiones biológicas que sin embargo no la agotan, puesto que operan en ella, masivamente, la lógica de la ideología y la lógica del inconsciente... Pero, por otra parte, esta convergencia cumple un papel de revelador, es una especie de puesta en claro, de desvelamiento. Los lazos establecidos por la caridad entre las ciencias de la salud y las ciencias morales, lejos de constituir desvíos impuestos desde afuera, plantean problemas reales. Porque, con o sin caridad, la definición, y con más fuerte razón la evaluación de la salud, moviliza puntos de referencia científicos (químicos, biológicos, físicos) siempre investidos de y por parámetros ideológicos (morales, culturales, etcétera).<sup>7</sup>

Según la caridad, las ciencias describen el mundo, comentan las cosas, estudian a los hombres, pero debido a su especialización creciente no se ocupan del sentido último de la vida. Tratan de los hombres pero desechan lo humano. Las ciencias no llegan al fundamento, a la esencia, a la sustancial médula. A esto se consagra justamente la caridad. Tal es su especialidad: lo universal. Su preocupación por antonomasia.

Lejos de contentarse con el mundo tal como éste aparece, la caridad es intransigente e incluso agresiva, invasora, atropelladora:

7. Cangulhem sigue siendo un autor insoslayable en esta materia (Cangulhem, 1972). Véanse además los testimonios publicados regularmente por la revista *Pratiques, cahiers de la médecine utopique*.

Cuando adopta una forma laica –sin perder por ello su alma (¡hay que decirlo!)–, la caridad se convierte en un componente significativo de prácticas humanitarias, de corrientes urgentistas, de repartos de ayuda (paquetes, dinero o servicios), de discursos que pregonan una solidaridad más o menos conmovedora, incluyendo más de una vez las organizaciones sindicales y políticas.<sup>9</sup> Se despliega en estructuras como los centros Emaús, los comedores populares,<sup>\*</sup> el Samu social,<sup>\*\*</sup> el Ejército de Salvación, múltiples ONG...

La caridad y sus declinaciones humanitarias rechazan las ideologías racistas, xenófobas, que consideran la pobreza como el resultado natural (socialmente inexplicable) de las malas inclinaciones, del color de la piel, de la orientación sexual, etcétera. Un rechazo corriente, pero no unánime, de la *Realpolitik* de las grandes potencias estatales o económicas: los desposeídos no deben ser las víctimas «naturales» de esas leyes de mercado que el neoliberalismo considera inmodificables; los necesitados no tienen que soportar individualmente las mutaciones económicas, la globalización, la modernización liberal. La caridad humanista pelea contra el egoísmo y la indiferencia, contra los integristos económicos, políticos e incluso religiosos, que justifican la inmovilidad de las relaciones sociales en la tierra por algún designio del cielo o de su sucedáneo, la economía.

Pero al mismo tiempo este combate pretende no ser político, partidista, doctrinario. Quiere ser un combate comprometido, pero solamente para con el hombre. Quiere un compromiso, pero únicamente por indigno e infame, sin vincularlo a las fuerzas políticas y económicas que lo sustentan, ni a las tendencias ideológicas que pone en escena, ni a los depravados deleites que el racista sospecha –y envi-

9. Incluso cuando se habla de «pueblo», de lo «popular», y sus derivados: cuanto más desprovistos están estos términos de carga política, es decir, de contenidos de clase y de relaciones de dominación-subordinación y alianza, más señalan a los seres humanos humillados en su dignidad, insuficientemente reconocidos, y más cumple entonces la caridad un oficio de acción política o impregna fuertemente a esta última.

\* En el original, «les Resto du cœur» (los Restaurantes del corazón): comedores organizados a partir de 1985 con destino a los sectores más desfavorecidos de la población. (N. de los T.)

\*\* El «Samu social» fue creado en Francia en 1993 a imagen del SAMU [Servicio de Ayuda Médica Urgente] para encarar con carácter de urgencia situaciones de gran desamparo, en términos de hospedaje o de abandono, que se suponen hacen peligrar la integridad física y psíquica de las personas. (N. de los T.)

dichas estructuras. Hoy como ayer, y seguramente como mañana, no hay caridad sin creencia en una Causa Primera de la que todo proviene y hacia la cual todo supuestamente converge, sin esperanza en un Sentido último del mundo y de los hombres. Las religiones consuetudinarias llaman a esto Dios, pero se lo puede llamar de otro modo. Lo que importa no es Dios, sino las funciones ideológicas e inconscientes que cumple. Puede uno no creer en Dios, no poner a Dios en el centro de la escena, y sin embargo ser categóricamente fideísta. Las expresiones confesionales, la oración, las peregrinaciones, la cruz, la kipá y el pañuelo constituyen las puestas en escena más explícitas, sin duda también más rudimentarias, de la problemática religiosa, pero de ningún modo son las únicas. La creencia no tiene una necesidad imperiosa de Dios, del significativo Dios: le alcanza con otros arrendatarios susceptibles de portar el mismo estandarte, como «la humanidad quebrantada», «la dignidad desairada», «la ciudadanía», o incluso, en una antífrasis, «la exclusión»...

Aunque forme parte de la doctrina social de la Iglesia (Madelin y Boédéc, 2000), no debe subestimarse el hecho –fundamental– de que la caridad interviene en muchos otros terrenos: religiosos y morales (instituciones judías, obras protestantes, *Secours catholique*,<sup>\*</sup> sectas) y sobre todo no religiosos (redes comunitarias de ayuda mutua, fundaciones diversas, centros de capacitación). Hasta puede ser laica, secular; en una palabra, social.<sup>8</sup> A menudo es con una mirada caritativa como se encaran las cuestiones de sexualidad o de opiniones sociales y políticas en las personas de edad avanzada: la gerontología, pero de modo semejante la puericultura, suelen constituir terrenos propicios para la caridad laica. En efecto, las cuestiones sexuales e ideológicas aparecen a menudo como supervivencias de etapas pasadas de la vida de los ancianos, como apartencias más o menos picarescas pero profundamente inconsistentes: se considera que esas viejecitas y esos viejecitos ya no desean ni adoptan posiciones ideológicas, puesto que son *personas* (morales, se entiende). De hecho, la caridad sirve para consolidar las idealizaciones de los practicantes...

\* Sociedad civil sin fines de lucro creada en 1946 para luchar contra todas las formas de pobreza y exclusión. A escala internacional, funciona como Caritas France o entidades comparables en otros países. (N. de los T.)

8. «¿No es posible ir más allá y pensar lo humanitario como un avatar laico del impulso religioso?», se pregunta la revista *Inigérences*, editada por Médecins du Monde (número especial «Le désir d'humanitaire», n.º 1, junio de 1993).

con sus interlocutores (oficinas gubernamentales, empleadores potenciales), de los que exalta la generosidad y, si necesario, de los que denuncia los egoísmos y prejuicios, pero también lo es para con las poblaciones a las que se dirige, interpeladas por su real o supuesto inmovilismo, por su resignación derrotista. Quien te quiere te apoya... Enteramente guiada por una voluntad de reparación, de resquebrajamiento, de rehabilitación, de enderezamiento, y hasta de resiliencia: se trata de convertir lo que existe en lo que debe existir. Tal es la acepción caritativa de la inserción y de la reinserción: hacer que las condiciones de trabajo, de vivienda, de salud física y mental permitan a cada hombre de carne y hueso parecerse lo más posible al hombre que le incumbe ser. Un ideal que, una vez más, tiene un estatus de verdad revelada: se cree o no se cree en él, y punto. Esto se lee en los primeros manuales de formación de los trabajadores sociales, y también, cual lapsus inevitables, pues se trata de unas constantes inextirpables, en más de un discurso contemporáneo, caritativo, humanitario o perteneciente al trabajo social.

La caridad se conduce como misionera en las tierras del desorden establecido. Esto implica un combate permanente, la insaciable pasión de hacer el bien, a menudo sin límites horarios y sin una aplicación demasiado estricta del Código del trabajo. Lo cual marca una diferencia, y no solamente formal o administrativa, con el trabajo social regido por la toma a cargo: los practicantes de la caridad no se ahorran esfuerzos ni están siempre contabilizando horas extras. Una disponibilidad proporcional a las apuestas asumidas: se trata de devolver su humanidad a todos aquellos que hoy están despojados de ella, a todos a quienes les falta lo esencial. Una tarea titánica. Porque lo que le preocupa a la caridad es justamente lo esencial, lo verdadero, lo humano; esto es lo que cuenta en última instancia, a través –y más allá– de los problemas reales y concretos de vivienda, género, empleo, hambre, escolaridad, violencia, sufrimiento subjetivo...

Esto no significa que las condiciones de existencia objetivas (vivienda, escolaridad, empleo...) carezcan de importancia. Como hemos señalado, la caridad no se desinteresa del mundo, en absoluto. Pero, como cualquier otra concepción, se interesa en él de una cierta manera, según ciertos principios. Los suyos son claros y precisos: los hombres importan en la medida en que no consiguieren desplegar la humanidad de la que son portadores, el mundo inquieta en la medi-

da en que todavía está lejos de lo que debería ser. Semejantes situaciones son sólo ilustraciones («casos», se dice en trabajo social): a la vez esenciales porque se trata de lo real, de lo concreto, de lo vivido, e inesenciales porque, en última instancia, no son lo que más preocupa a la caridad. Ésta pelea por los hombres de carne y hueso por que sólo en ellos, en cada uno de ellos, se encarna o no se encarna aún la esencia humana. La caridad se interesa en los hombres por procuración. A través de los hombres, ella apunta a lo que representan. Ayudar quiere decir socorrer, amparar y, si es posible, salvar.

Ni mortificación frente al mundo, ni abstinencia frente a los sufrimientos y goces de la carne humana. Activa, misionera, la caridad moderna no pregona ya la resignación, no siempre en todo caso, ni tampoco ensalza un mañana celestial, es decir, beatitudes póstumas, hoy día inalcanzables. Aunque la referencia religiosa esté siempre presente, no basta para caracterizar esta caridad: le es menester disponer de una certificación moral y humanista. Sería excesivo, pues, ligar estrechamente la caridad moderna a la caridad evangélica. El *aggiornamento* de la segunda por la primera no carece de consecuencias, como lo muestran en especial las instituciones de orientación protestante, o hace unas décadas, los curas rojos, los curas guerrilleros, etcétera.

En realidad, todo depende de la relación con la Divina providencia. Mientras que la caridad evangélica se encomienda totalmente a Ella, lo cual redonda en vínculos más o menos ostensibles con los conservadurismos políticos e ideológicos, la caridad moderna y humanitaria se esmera en paliar *hic et nunc* los fallos de la Divina providencia o, mejor dicho, la parsimonia de sus manifestaciones sobre la tierra (Calvez, 2000). Por eso va y viene entre el conservadurismo ilustrado y el progresismo *soft*.

Cualesquiera que sean sus formas, la caridad descansa indudablemente en un fundamento moral y metafísico, al ser siempre el hombre el pivote esencial-inesencial de sus preocupaciones. Ahora bien, cuanto más central es la preocupación por el hombre, más tensiones y hasta conflictos separan a la caridad moderna de la caridad evangélica, pues si bien el hombre es una criatura de Dios, nadie ignora que sus pasiones son poco divinas. Más de una vez, esto plantea dolorosas alternativas, personales y colectivas. Son conocidos los recurrentes altercados que oponen, en el seno de las estructuras religiosas, a las corrientes renovadoras con las instancias directivas de

No tomar partido entre los partidos existentes puede ser perfectamente defendible: pero a condición de saber que ello es, cabalmente, una posición, una toma de partido. ¡Incluso cuando no se toma posición, esto mismo despierta oposiciones y adhesiones! Considerar que los «sin papeles» son personas, que los discapacitados son ciudadanos que poseen derechos incluso sobre las condiciones de vida, de intimidad, de sexualidad, pone en juego ciertas perspectivas, cierta relación con la legalidad, es decir con las relaciones de fuerza jurídicamente reglamentadas, cierto posicionamiento respecto del orden reinante. Promover los derechos del hombre por encima de los de la globalización liberal eleva los primeros a un nivel explícitamente político, partidariamente orientado: asumíroslos como tales, ¿no aportaría cierta consistencia a esos derechos? Enunciar la obligación de proteger a personas consideradas por sus torturadores como infrahumanas representa una afirmación fuerte, ideológica-mente cargada. Sea como sea, pelear por el Hombre consiste en defender a ciertos hombres y atacar a otros, de un modo explícito o implícito. La neutralidad es un punto de vista particular, partidista, es la reivindicación de unos ideales contra otros, de unas maneras de obrar contra otras. La neutralidad es poderosa porque no es neutral, y ahí está su toma de posición... En síntesis, una cosa es no tomar partido entre los partidos existentes; lo cual es perfectamente concebible, y otra fantasear que de ese modo se arriba a un *no man's land*, lo cual es, de hecho, impracticable.<sup>13</sup> El único *no man's land* real es el de la buena conciencia de quienes no quieren saber lo que sin embargo no pueden dejar de hacer.

Un malentendido constitutivo de las prácticas caritativas y humanitarias, a la vez condición de su existencia y causa mayor de las crisis que regularmente afectan a estas estructuras. La abstención es una manera de respetar las reglas vigentes, o al menos de resig-

13. «Una asociación (de evangelistas norteamericanos, The Samaritan's Purse) brinda ayuda a las víctimas del terremoto de El Salvador. El quid está en que este grupo evangelista no se priva de rivalizar en proselitismo», «hace mucho tiempo que los Samaritanos pasaron la línea que separa la asistencia humanitaria desinteresada del proselitismo religioso», etcétera (K. Bourtel, 2001). ¿El quid no está más bien en la ausencia de análisis de que adolce este artículo? En vez de acusar al humanitarismo de no ser desinteresado, convendría más bien interrogar por qué se lo ha imaginado así, por qué—como diría Pierre Bourdieu—se subestima el hecho de que el desinteresado es un tipo particular de interés: en una palabra, sería mucho más útil analizar la finalidad política e ideológica de dicho proselitismo, y discutiría en tanto tal.

narse a ellas. Salvo, por supuesto, que dicha abstención forme parte de una estrategia de intervención sobre reglas vigentes, en todos los casos siempre hay un posicionamiento.

Este malentendido genera una doble mitología, complementaria. Por un lado, la de la obsesión por lo político, la política y los políticos, lobos siempre interesados, venales, insaciables, que cercan al immaculado cordero de la caridad. Por el otro, la de una profunda repulsión hacia las ideologías, enfermedades vergonzantes que afectarían—solamente—al otro, a los otros. Los practicantes de la caridad y de sus actualizaciones humanitarias se empeñan en no saber qué políticas defienden, de qué ideologías son portadores conscientes e inconscientes...

*Cambio de registro.* La figura de la toma a cargo nos hace transitar de la Divina providencia al Estado-providencia. La providencia permanece, pero su fuente se transforma, una mutación de ningún modo anodina. Surgida de la divinidad, la providencia—sus contenidos, sus manifestaciones, su lógica—responde a un designio finalmente inaccesible. La Divina providencia es ilimitada, inagotable, todopoderosa, pero los humanos no pueden influir sobre ella. Es fantástica y, por tanto, impenetrable. El *black out* es de recibo, pues se trata de los caminos del Señor (o de sus seudónimos: el destino, la vida, la naturaleza, la condición femenina, la condición masculina, que algunos remplazan o remplazaban por el Comité Central, la Academia, la Ciencia, el Sujeto, el Deseo, las Leyes del Mercado...).

La caridad intenta conciliarse con esta Divina providencia, arreglárselas para que las criaturas humanas comprendan sus altas y roncándias decisiones. No es en absoluto el caso de la toma a cargo, que le vuelve, en cambio, la espalda. En efecto, cuando la providencia va acoplada al Estado, el misterio de los orígenes se hace difícil de sostener, indagación sobre la paternidad inclusive. Su fabricación se torna relativamente visible: la providencia estatal comprende ingredientes (decisiones gubernamentales, luchas partidistas, relaciones de fuerza, arreglos diversos), genera resultados localizables (leyes, derechos, deberes); sigue una lógica susceptible de modificaciones (la política social). Se pasa del misterio insondable a la evaluación metódica. La Decisión Divina cede el sitio a las prácticas de seguro, a los plazos y contratos. Las convicciones religiosas abandonan el centro de la escena, cesan de ser motores de la acción para limitarse, de manera explícita al menos, a la vida privada.

La providencia a que nos referimos, lejos de ser concedida cual una gracia o un favor, es deliberadamente edificada, moldeada, producida, y por supuesto modificada. Por eso hablamos de fabricación. Puede evolucionar incluso de manera radical, hasta el punto de que, en la actualidad, el neoliberalismo se empeña en debilitarla hasta el grado más extremo posible.

Alojada en el Estado, la providencia baja a la tierra, espacio por excelencia en el que se juega el destino de los hombres, fuente exclusiva de sus desdichas y de sus satisfacciones. Ya no se trata de descifrar señales del cielo, sino índices de producción, mecanismos de reparto de los bienes y las riquezas, tasas de desempleo, configuraciones familiares, rendimientos escolares, estructuras psicológicas. El Estado-providencia es un resultado de la laicización de las relaciones sociales y, a su vez, la confirma. Muestra algo que para los paladines de la caridad constituiría casi una revelación: celestial o terrenal, la providencia está siempre orientada, interesada, es siempre partidista y partidaria; hace el bien, protege, salva inclusive, pero siempre bajo condiciones, en el marco de determinados cánones. El Estado-providencia no ayuda por pura bondad, ni siquiera para tranquilizar su conciencia, y no ayuda a cualquiera por más que esté en una situación material o psíquica difícil. Apunta a individuos y grupos habilitados para aspirar a prestaciones reglamentadas y reglamentarias, para postular a ayudas materiales e inmateriales. Por esto suele llamárselos «los beneficiarios»: los beneficiarios de las ayudas y subsidios del Estado-providencia se beneficiarían del derecho a beneficiar. No alcanza con estar «mal»: si así fuera, los servicios sociales estarían constante y definitivamente desbordados. Sabemos además que más acá y más allá de las dificultades individuales y colectivas, sean éstas reales, virtuales o debidas a la imaginación de los profesionales, es indispensable que la política social en vigor pueda dar cabida—hoy día o en un futuro razonable—a dichas dificultades. Es indispensable que pueda rentabilizarla de alguna manera. Y porque se trata de una providencia en absoluto gratuita (es lo menos que podemos decir!), el alcance y por tanto los límites de las ayudas y subsidios que procura, de la consideración que otorga o que escatima a determinados individuos y grupos se despliegan en el marco de las relaciones sociales existentes, de las legislaciones en curso, gracias a diversas baterías de estipulaciones y contratos formales o informales que los bene-

ficiarios deben suscribir... Seres humanos desamparados pasan a ser titulares de derechos y de obligaciones, de prerrogativas y deberes, fenómeno que para los partidarios de la caridad manifiesta una insoportable burocratización de la piedad humana. Requisito inevitable, sin embargo, para que una operación como la toma a cargo o el hacerse cargo puedan tener lugar...

Ahora bien, ¿por qué se habla de Estado-providencia? ¿A qué se debe este resabio de la hipótesis de la providencia, eminentemente religiosa? Aquí se entrecruzan por lo menos dos tendencias. En primer lugar, una tendencia laica, profana. Está en juego el rechazo de las concepciones religiosas, la crítica del poder que los aparatos eclesiásticos y afines (entre ellos la caridad, justamente) se arrogan en la reproducción de las relaciones sociales: un combate laico, republicano, socialista o al menos socializante que busca arrancar a la providencia del mundo celestial. Por eso, declamos, la providencia está arrimada al Estado. Lo cual no impide que, y aquí reside la segunda tendencia, esta denominación especialmente significativa e históricamente cargada persista sin mayores reservas, ni cuestionamiento de fondo. ¡Extraña paradoja! En efecto, ya sea celestial o terrenal, la providencia siempre incluye una dimensión de misterio, de designio finalmente impenetrable. No es lo mismo que dicho misterio anide en el antro divino o que, por el contrario, la ley humana aparezca como la causa de los derechos y de las obligaciones. Pero la ley se vuelve misteriosa cuando se ocultan las relaciones de fuerza políticas y económicas que la hacen posible, las alianzas ideológicas que la motivan coyunturalmente, es decir de manera provisoria. Esta ocultación explica que muchos profesionales y numerosos autores digan o escriban *La Ley*, con mayúsculas. Como si hubiera una sola, eterna, inmarcesible, incorrupta e incorruptible. ¿Será el Estado-providencia una forma laica de la única providencia que existe, una forma secularizada, pero enlazada sin embargo a una especie de más allá? Al bajar a la tierra, la providencia se arraiga en mecanismos estatales concretos que, al ser calificados de «providenciales», quedan al mismo tiempo sublimados, idealizados: por esto subrayo la fuerte tendencia a negar las relaciones de fuerza económicas y políticas, las apuestas ideológicas de las que dicha providencia resulta y que a la vez ella apuntala, tendencia además a embellecer las metas efectivas de las medidas que se acostumbra a llamar sociales (entre las que se cuenta cierta mitologiza-

curidad, tropieza constantemente con montones de objetos que él sabe que son reales pero que se resiste a identificar con exactitud y a llamarlos por su nombre...

Aquí es donde las ciencias sociales y humanas ejercen sus efectos positivos. La toma a cargo obtiene conocimientos científicos a propósito del mundo, de la sociedad, de los hombres, conocimientos que son fuente, ya se sabe, del compromiso racionalista, o más o menos racionalista, de los profesionales. No obstante, si estos conocimientos son indispensables es porque se supone que dan acceso al fundamento de las personas y las situaciones, al sentido de la historia; en síntesis, al hombre, a lo humano. De las ciencias sociales y humanas, la toma a cargo espera a la vez conocimientos específicos (los únicos que estas disciplinas pueden ofrecer) y la revelación de lo que el hombre puede y debe hacer en el mundo. La toma a cargo descifra estas disciplinas con la mirada del humanismo.

De ello resultan constantes zigzagueos, y más de una colisión, entre dos tendencias contradictorias. La psicología, por ejemplo, aparece en términos de disciplina particular, parcelaria y por tanto perfectible, y también como psicologismo, concepción del mundo de vocación totalizante, cuando no totalitaria, explicación última de los seres y las cosas. Lo mismo sucede con la psiquiatría, que sucumbe al psiquiatrismo, con el psicoanálisis, que se diluye en el psicoanalismo, con la sociología, que se hunde en el sociologismo, y así sucesivamente. ¡Estas disciplinas necesariamente parciales e incompletas porque se pretenden científicas se transforman en doctrinas sin bordes, pero desbordadamente dañinas! De ahí el uso y abuso de una lengua de aparato bastante cercana a la jergonza.

La toma a cargo difícilmente renuncia al ideal teológico que comparte con la caridad: acceder a la clave universal, a la causa primera (del desempleo, de los conflictos conjugales, de las configuraciones subjetivas, de las posiciones sociales...). En ambos casos se desarrollan explicaciones tautológicas: cuando unos, practicantes de la caridad, se confían a su intuición, a su experiencia de la vida, a su sentido innato de la realidad, y cuando los otros, practicantes de la toma a cargo, se respaldan en el saber psicosocial y hasta en la ingeniería de proyectos.

De los ideales teológicos hay que recordar aquí un rasgo constitutivo que es razón, a la vez, de su atractivo y de su límite irrebasable: estos ideales reclaman que se les preste fe, no que sean pensa-

dos. No son demostrables ni, por ende, refutables. Pueden ser comentados, detallados, e inventariadas sus manifestaciones y concretizaciones en el tiempo y el espacio. Pero no cabe explicar, ni analizar, ni mucho menos discutir dichos ideales. Se puede decir cómo son, pero en ningún caso por qué. Se trata de ideales cómodos, confortables.

Comprenderlos implica desarrollar alguna distancia a su respecto. Los conceptos de ideología y de inconsciente permiten interrogar las ficciones teológicas, indagar en construcciones como «el sentido», «el fundamento», «la causa última», «la explicación final» o «el sujeto», que pierden así su carácter de evidencias, es decir, de certezas. Estos dos conceptos invitan, o mejor dicho exigen pasar de la certeza más o menos dogmática al argumento más o menos laico, de la abstracción de la divinidad a lo concreto de la historia. Del dogmatismo a la investigación. Condición indispensable para modificar las prácticas del trabajo social, para que una clínica de la intervención social sea posible.

Tarea que supone una condición sine qua non: estos dos conceptos, que en realidad son dos lógicas, dos pensamientos, deben ser suficientemente definidos, desplegados, puestos en tensión. Porque no estamos en presencia de axiomas, sino de hipótesis altamente plausibles... que debemos verificar sin cese. De ningún modo se trata de «crear» en la ideología y/o en el inconsciente, el tema es pensar uno y otro, evitando la peste contagiosa que son los lugares comunes. Es lo que revelan, justamente, las ciencias sociales y humanas: estas disciplinas no terminan de saldar sus cuentas con esas lógicas complejas cuyo anacronismo anuncian periódicamente y que reemplazan con nociones que, más o menos operativas pero eminentemente inestables, se ven llevadas a reemplazar a su vez... En dichas disciplinas, estas dos lógicas no son ni definitivamente excluidas ni francamente aceptadas. Un problema más engorroso aún por cuanto la lógica de la ideología encuentra sus bases en el marxismo, en un determinado marxismo, y la lógica del inconsciente en el psicoanálisis, en un determinado psicoanálisis: dos problemáticas tan vecinas a las ciencias sociales y humanas como divergentes de ellas...

Es verdad que la sociología, la psicología y el psicoanálisis no se reducen en absoluto a lo que se dice a su respecto o se hace en su nombre en la formación inicial y permanente de los trabajadores



que la aventura sea más o menos aleatoria y el encuentro no esté asegurado de antemano, ello no impide que sólidos puntos de referencia ordenen su decurso y prescriban su culminación. En cuanto se habla de ética, términos como «encuentro», «aventura» o «riesgo» funcionan como santo y seña: lejos de no importar cuál sea, se trata de un encuentro humano, de un encuentro con lo humano. De no ser así, en vez de tratarse de un encuentro «humano» se trataría de un encuentro «a secas», de un cruce entre hombres y mujeres, jóvenes y ancianos considerados únicamente como elementos de una especie, como miembros de una sociedad, como partes de una relación. Y el riesgo en cuestión es tan calculado que, con el pretexto del «encuentro», muchas veces el practicante de la toma a cargo juega a inspirar(se) miedo.

Ahora bien, ¿cómo garantizar que está presente lo humano y no meramente unos hombres? ¿Cómo asegurarse de que se trata de personas y no sólo de seres sexuados repartidos en estratos y clases sociales? Aquí, la ética se hace humanista. Lo mismo que la moral, también ella convierte al hombre en un pivote y una meta, pero sin encomendarse a ninguna divinidad exterior, a ningún poder extrajero, no humano o extrahumano. En esto, la ética es laica, profana, secular... Lo cual no impide que, para verificar la presencia o la ausencia de lo humano, de lo humano eterno, finalmente independiente de las coyunturas colectivas e individuales e irreducible a la historia social y política, se requiera una garantía trascendental. Y en este aspecto las soluciones no forman legión: o bien se apela a la hipótesis divina, a su providencia *ad hoc* y, por tanto, a su impene-trabilidad, o bien se deifica lo humano, locatario laico del espacio que antes acaparaba la divinidad.

Aquí intervienen el corte profundo y la complicidad intrínseca entre moral humanista y ética humanista, esto es, entre la caridad y la toma a cargo.

El hombre, que es cabalmente el fundamento de la ética humanista, posee —como la divinidad— un estatus trascendental, situado más acá y más allá de toda contingencia, avatar, situación. Pero, como ya hemos señalado, esta entidad laica, a diferencia de la divinidad, es susceptible de descripciones, de comentarios, puede ser objeto de conocimientos y hasta de análisis, y en consecuencia las acciones que le atañen pueden ser evaluadas y rectificadas los dispositivos que la tienen en mira. Si las vías del Señor son impene-

tables, los caminos de lo humano son viables, viabilizados, explotables. Ésta es justamente la función reservada a las ciencias sociales y humanas, la razón última del vínculo entre estas disciplinas y la toma a cargo.

De aquí se deriva una consecuencia importante. A diferencia de la caridad, hay dos cuestiones que la toma a cargo tiene serias dificultades para eludir, dos parámetros cuya persistencia, aun sesgada, opera en la mirada que ella induce sobre las situaciones y en las modalidades de intervención que hace posibles. Se trata de la lógica de la ideología y de la lógica del inconsciente. Comparada con la caridad, a la toma a cargo le resulta menos cómodo soslayar estos dos registros. Uno y otro la interrogan, la interpelan y finalmente la desestabilizan, puesto que el apego a la tierra implica otros compromisos, otras obligaciones y otros instrumentos que la fidelidad al cielo.

Los ejemplos no faltan: la tez morena que se atraviesa en el currículo presentado a un potencial empleador por un candidato a la inserción profesional; el desempleado que refunfuña porque la empresa que lo contrata está dirigida por una mujer, de origen magrebí, para colmo; la resistencia a las exigencias de productividad comparadas a los ingresos del empleado y los beneficios del empleador. En lo que atañe al profesional: olvidos repetidos de las citas con ciertas familias; inquietud cuando debe afrontar situaciones de maltrato a niños o, al contrario, búsqueda casi vehemente de tales eventos; reticencias para colaborar en las gestiones de los «sin papeles» o, al contrario, el fuerte compromiso con éstos... También está el caso de una toma a cargo que se considera exitosa, pero cuyo supuesto beneficiario abandona su empleo al cabo de una semana, o de repente se descubre afectado por una enfermedad invalidante. Hay situaciones de inserción profesional que no plantean problemas (?), sin que por ello decrezcan la angustia y las pesadillas del interesado... En todos estos casos, parece harto difícil esquivar indefinidamente los registros de la ideología y del inconsciente. Para evitarlos se requieren esforzadas gimnasias. Incluso cuando, en lugar de ideología, se prefiere decir ética, cultura, valores; y, en lugar de inconsciente, personalidad profunda, motivación, ganas, trama relacional, configuración neurológica...

Tomar a cargo consiste en hacer malabarismos con ambas lógicas, a la manera de aquel que, en una habitación sumida en la os-

sociales, ni en la clínica practicada por lo regular en el campo social. Pero ¿alcanza con decir que los practicantes de la toma a cargo usan el psicoanálisis de manera superficial? ¡Seguro que no! Primero, porque esto no sucede siempre y por doquier, la pasantía en un servicio social constituye a menudo una rica fuente de aprendizajes diversos, y una saludable lección de modestia para todo experto, neófito o aguerrido. Segundo, porque, tratándose de *faire semblant*,\* muchos psicoanalistas —explica Jacques Lacan— no les van a la zaga: la superficialidad no está acumulada de un solo lado de la barrera. Merece considerarse entonces otra hipótesis: la toma a cargo hace visibles y hasta acentúa ciertas tendencias immanentes de estas disciplinas, tendencias que hacen cuerpo con ellas... Practicar la toma a cargo muestra que el psicologismo y el sociologismo no son perversiones exteriores a las ciencias sociales y humanas, ni tampoco al marxismo ni al psicoanálisis. Aunque sólo sea porque, como nos enseña el psicoanálisis justamente, las perversiones no necesitan que alguien nos las inflinga desde afuera, que cada uno las produce solito.

Continuemos nuestra encuesta. Además de las ciencias sociales, en el marco de la toma a cargo interviene igualmente el humanismo, que acaba expulsando del campo de la comprensión tanto a la lógica de la ideología como a la del inconsciente. Desde la perspectiva del humanismo, una y otra tienen curso únicamente al nivel de los hombres singulares, incompletos, confinados en clases sociales, empuñados en deseos cuyo control no poseen: al nivel de los hombres históricos. En cambio, no hay ni ideología ni inconsciente que estén a la altura de lo humano: éste consta de una sola pieza, entero e indiviso, alojado en un limbo a-ideológico, animado sólo por pulsiones de vida, no escindiendo por la división sexual... Las manifestaciones de la pulsión de muerte no revisten aquí un carácter estructural, constitutivo. Los autocastigos, la búsqueda inconsciente de situaciones de fracaso, la aceptación resignada de las condiciones de vida, la desconfianza ante la acción sindical y política... aparecen como perturbaciones momentáneas, accidentes del recorrido de la vida. Se

\* Terminología introducida por Jacques Lacan, cuya traducción al castellano es objeto de controversias. El analista ocupa para el analizante la posición de *semblant* del objeto que es causa de su deseo (objeto a): él no es este objeto, sino que, de algún modo, parece serlo, lo representa. (N. de los T.)

torna entonces particularmente enigmático el que tantas personas insistan en repetir sus infortunios o rechacen las ayudas que habrían venido a pedir... Lo humano mitificado, si no mistificado, vuelve incomprendible el que pueda haber goce en la desgracia, salvo que este goce sea entendido como una excepción a la regla (¿cuál, en realidad?), o que se lo reduzca al orden exclusivo de la enfermedad. A mi manera de ver, estas representaciones cargadas de tantos equívocos alimentan la decepción de los profesionales empecinados en que lo humano se materialice en los humanos...

¿Abandonar el humanismo? No es concebible. No se trata de un simple punto de apoyo, sino de un dispositivo portador. Sin el humanismo, la toma a cargo pierde su principio organizador, su partidor. Y abre el camino a la toma en cuenta.

La cuestión es saber si toda representación de los humanos debe, forzosa e inexorablemente, someterse al humanismo sin caer por ello en el individualismo y en la negación de toda solidaridad. Admitamos que en esta materia la toma a cargo no está sola...

De lo cual resulta lo siguiente: la toma a cargo es una figura en tensión casi permanente, una figura inquieta, al unísono rígida y voluble, severa e inconstante. Su lugar propio está en la divorsoria de aguas: avances en zigzag, equilibrios ondulares, caídas imprevisibles, restablecimientos inciertos. Entre —ismos diversos y variados, se revelan como necesarios muchos esfuerzos para mantenerse en ese lugar que casi no lo es. Una de las maneras de pacificar esta tensión constitutiva de la toma a cargo consiste en inclinarla hacia el lado de la caridad, lo más laica posible...

#### *Modalidades: dispositivos y restricciones*

La caridad y la toma a cargo movilizan aparatos y dispositivos institucionales, obedecen a condiciones y persiguen ciertas miras. Un armazón las sostiene. Dentro de este marco, que es también un encuadre, tienen lugar las intervenciones concretas.

Dicho armazón es en parte informal, representado por voluntarios y militantes asociados, por colectivos más o menos flexibles, y en buena parte formal, pues posee una estructuración administrativa y jurídica consecuente, sostenida por profesionales habilitados y por instancias burocráticas. Hay reglas y montajes operando. El operativo puede pensar que las acciones que lleva a cabo —en las que

está inserto, a las que se halla obligado—tienen como única razón su mera iniciativa personal, su vocación, a partir del llamado proveniente de algún más allá, mientras que por su parte el practicante de la toma a cargo puede poner en primer plano la relación dual con una persona que se considera en dificultades. Uno y otro pueden imaginar que, para motivar una intervención, las necesidades, las demandas y hasta los deseos de las poblaciones involucradas son los requisitos principales, si no los únicos. A continuación, me propongo subrayar cómo y por qué no es así.

La caridad concierne a un dispositivo institucional emblemático: las obras, «organización ordinariamente establecida por iniciativa privada y cuya finalidad es hacer el bien sin propósitos de lucro» (diccionario *Petit Robert*). «La que se hace en bien del prójimo», «acción buena que se ejerce en estado de gracia», confirma el Diccionario de la Real Academia. Pero estas caracterizaciones son mucho más complejas de lo que parecen. No basta que la iniciativa pertenezca al ámbito jurídicamente privado para que la organización tenga estatus de obra: también ha de haber una finalidad (hacer el bien) que, además, responda a una condición (sin propósitos de lucro). Sin embargo, ¿no es éste también el caso de los sindicatos y de los partidos políticos, principalmente? Si pretenden ejercer una influencia real es porque quieren hacer el bien, motivo por el cual definen determinadas ideas contra otras, y les importa disponer de poderes, incluido el poder de Estado. Todo ello, sin propósitos de lucro... Con todo, los sindicatos y los partidos políticos no son obras: el bien al que apuntan obedece a una orientación, persigue un objetivo discriminante y discriminatorio, tiende a privilegiar los intereses de ciertos grupos y clases sociales en detrimento de otros. Lejos de ser universal, ese bien es particular, manifestamente partidista. No es *el* bien, sólo *un* bien. A las organizaciones sindicales y políticas les falta un proyecto ecuménico, un gesto de salvación universal: tienen fronteras. Se preocupan, no del prójimo, sino de algunos prójimos... Me tienta comparar esta situación a lo que sucede en una terapia: en principio, ésta no busca el bien general del paciente, sino un género específico de bien (pacificación de los síntomas, dolores y malestares de los que, sin embargo, el paciente suele obtener goces tan variados cuanto recurrentes). Como vemos, tampoco aquí el bien accede a la universalidad. Es esta última característica la que confiere a una organización el carácter de obra.

ésta trabaja en hacer el bien, únicamente el bien, fundamentalmente el bien, el bien en general, el bien en todas partes, el bien para todos. La obra—que es una acción buena como la nieve es una sustancia blanca, que se practica en estado de gracia como la nieve en tiempos hivernales—pretende situarse más allá de cualquier toma de partido y se afirma independiente respecto de cualquier compromiso sectorio. Por ello pronuncia el término «ideología» con los reparos de aquel que sacude una granada olvidada en un campo de batalla. La obra es una organización doblemente privada: desde un punto de vista jurídico y económico, y asimismo en cuanto a los objetivos desinteresados y no doctrinarios que supuestamente persigue. Su preocupación de primer orden es el Hombre, los humanos. Un vasto programa, en efecto... Pero imprescindible: para que una organización sea una obra tiene que acometer un programa vasto, inmenso, a la vez perpetuo e inagotable. No debe conocer límites, salvo, desde luego, los que resultan de la deficiente naturaleza humana (atestiguada por las personas desamparadas de las que se ocupa, a veces por sus propios agentes, rara vez por sus dirigentes).

Una obra es una organización cuyos estatutos enuncian que no es sólo una organización. Su razón de ser desborda lo que puede tener de gestión interesada, terrenal, venal, incluso en cuanto a las configuraciones ideológicas que favorece o coarta. Una obra es una institución que se origina en el más allá y se encarna temporalmente en el más acá. Aunque esté obligada a explicarse (a los ministerios de tutela, a sus inversores, a sus empleados, e incluso a las personas a las que da cobijo), de ningún modo podría justificarse, rendir cuentas, salvo a Aquél de quien recibe su misión.

Una obra tiene que cumplir misiones, incluidas las misiones de servicio público. Tales faenas se llevan a cabo en empresas filantrópicas, colonias, cárceles (visitantes...), escuelas (no solamente confesionales), establecimientos de índole social (refugios para madres solteras, centros de alojamiento y de reinserción social...), pero también en la calle (prácticas urgentistas) o junto a grupos desamparados (prácticas humanitarias)...<sup>16</sup> instituciones totales (Goffman) más o menos cerradas, aunque sus puertas permanezcan físicamente abiertas de par en par. No siempre autoritarias ni en

16. Aunque se trate de un componente constitutivo, la dimensión caritativa no es, empero, la única que sale al descubierto...

exceso paternalistas, en ellas la autoridad se ejerce con firmeza y determinación, lo que de ningún modo excluye la piedad, la indulgencia, la clemencia e incluso cierta bonhomía; en síntesis, toda esa dulzura insistente e implacable de quienes están definitivamente seguros de saber lo que es bueno para el otro.

En su principio, estos espacios de vocación total favorecen las panoplias compasivas,<sup>17</sup> compilaciones de dones que se conceden a los necesitados, de servicios que se les dispensan, de favores que se les otorgan: movidos por la compasión, los donantes deciden dar o no dar, sólo ellos determinan qué hay que ofrecer, cuándo, cómo y por qué. Un doble principio los inspira: por un lado, el no cuestionamiento de las condiciones de existencia, que se tienen por normales, es decir, que se las debe aceptar; por el otro, el despliegue de esfuerzos sostenidos a fin de aliviar la suerte de individuos y grupos apresados en dichas condiciones de existencia...

La caridad —ya hemos insistido en ello— puede ser laica y ejercerse fuera de las instituciones mayormente «totales». Esto es lo que sucede en general hoy día. No necesita de clausuras físicamente representadas y cerradas con candado, ni de practicantes muy creyentes. Con o sin muros, la tarea principal subsiste: participar en el enderezamiento de ciertos sectores y, si es posible, de la sociedad entera. «Enderezar» es aquí un término clave. Se trata de amonestar y de rectificar, de transformar a las personas en seres relativamente nuevos, de ayudarlas a estar otra vez en pie, de poner derecho lo que fue torcido (por las deficiencias familiares, la droga, la prostitución, la delincuencia, la desestructuración psíquica, las condiciones económicas, los accidentes de la vida). Un cierto uso masivo y omniexplicativo de la noción de «resiliencia», me parece, suele ilustrar esta tentativa de resurrección laicizada... Se trata de ayudar al otro a rehacerse, es decir, a restaurar lo que —desde el punto de vista de la caridad— es siempre válido, positivo, humano, y a quitarse de encima lo que —siempre desde el punto de vista de la caridad— no lo es, o no lo es del todo. No hay caridad sin cruzada, y no hay cruzada sin colonización.<sup>18</sup> Aliviar la incomodidad, el malestar y el infortunio: las dificultades psíquicas o sociales no deben constituir trabas para la dignidad humana. Se trata de estar bien sobre

17. Expresión utilizada por Thomas (1999).

18. Véanse la novela de J.-C. Izco (1999) y el testimonio de P. Declercq (2001).

la tierra, aunque sabiendo que este bienestar no es ni puede ser lo esencial.

La apuesta es siempre la misma: mantener la paz social evitando conmociones mayores, en especial procesos revolucionarios que la caridad juzga, como muchas otras concepciones, una simple inversión de roles (los ricos en el lugar de los pobres y viceversa), para terminar en un sistema tan injusto como el anterior. Las protestas y las revueltas no están prohibidas, pero a condición de que exhalen una «verdad humana», ese ideal tan fascinante como radicalmente versátil, disponible para los usos ideológicos y políticos más ambiguos. La verdadera revolución debe adoptar la forma de una conversión, más precisamente de una redención social; pero la fórmula se autocontradice, pues la redención tira hacia arriba, hacia el cielo, mientras que lo social empuja hacia abajo, hacia la tierra. En esta contradicción inherente a la caridad debe leerse, probablemente, uno de los motivos de la toma a cargo...

En contraste con la caridad, la política social es una condición explícita de la toma a cargo, una dimensión constitutiva para hacerse cargo de alguien. No bien se plantea la cuestión de la oportunidad de esta operación, entran inmediatamente en escena doctrinas que la justifican, objetivos que la orientan, medios que le permitan activar dichos objetivos. Y no cualesquiera: están en juego los criterios de normalidad y anormalidad, la situación administrativa, las relaciones económicas, el orden social... En el seno de las competencias y habilidades, de las adhesiones sindicales y políticas, de las pertenencias sociales y de las problemáticas subjetivas, las prescripciones de la política social dan sentido a los intercambios entre profesionales y destinatarios, definen los recursos que hay que movilizar y caracterizan las finalidades que han de ser respetadas.

La proximidad de las tutorías administrativas y políticas, la exigencia de evaluación, la justificación de las acciones emprendidas y de los resultados obtenidos, la supervisión y otras modalidades de análisis (o por lo menos de comentario) de las prácticas; la referencia al derecho, a los reglamentos y reglamentaciones, la intervención de los aparatos de Estado centrales, descentralizados o desconcentrados: en la toma a cargo, la dimensión política, institucional y administrativa muestra ser constantemente visible y activa. Para nada simple entorno administrativo o mero contexto exterior. Es así pues, en escena un atributo capital del trabajo social en su conjunto.

Opuesta a toda idea de predestinación, la toma a cargo exalta la decisiva importancia de la posición económica, política, cultural, afectiva, de los sujetos y estratos sociales. Ésta es la razón por la que la sociedad puede y hasta debe ser sometida a recomposiciones, modificaciones y transformaciones. En la toma a cargo se perfila una tendencia reformista más o menos acentuada. Lo enuncian ciertos *leitmotivs*: el florecimiento, la autonomía, la solidaridad, la integración, la ciudadanía... Pero, así como la caridad puede ser laica y humanitaria, el reformismo de la toma a cargo puede no apuntar a la sociedad sino a los individuos, a las familias, a su reparación o intermediación, esperando que el compromiso ciudadano surja por añadidura. Como en la caridad, suele prevalecer una desconfianza atávica hacia todo lo que tenga que ver explícitamente con lo político y lo ideológico: son sospechosos de instrumentalizar el trabajo social, olvidando sin embargo que gracias a la política social éste forma parte integrante de los aparatos del Estado. No es necesario que el poder del Estado se aboque a instrumentalizar el trabajo social puesto que, por definición, por razones de estructura y de organización, éste es y no puede dejar ser un instrumento. Por supuesto que cabe reivindicar y resguardar celosamente la autonomía relativa del trabajo social, sus márgenes de maniobra, su capacidad de transgredir los marcos que se le imponen... Pero sin ignorar que semejante reivindicación, lejos de ser puramente técnica, reviste un carácter político: ¡por eso es un combate de todos los días! ¡Por eso los poderes administrativos y políticos aceptan o rechazan tal o cual demanda que sin embargo se califican de técnicas simplemente periciales! Cuando más se desconoce esta dimensión, en mayor medida el psicologismo se instala como una pasión irrefragable de la toma a cargo.

Aquí no es cuestión de enderezamiento, sino de inserción: ayudar a que cada cual encuentre un lugar en la sociedad. Ideal loable mas paradójico. Porque el hecho es que los denominados excluidos ya ocupan lugares precisos en la sociedad: la inserción se propone mejoras cuando dichos lugares no facilitan la realización de lo humano en cada individualidad, cuando atacan la dignidad o rebajan al hombre a la condición de cosa, de objeto. La inserción profesional y social es entonces una misión: tejer de nuevo, recoser el lazo social, esto es, la comunidad de los humanos. Se inserta a los hombres para facilitar la eclosión de lo humano de lo que son portadores. La toma a cargo propone salvaguardar la paz social facilitando

la felicidad de cada uno, pero se reserva la exclusividad de prescribir en qué consiste semejante felicidad.

Tomar a cargo consiste en guiar a alguien para que llegue a buen puerto, a la plaza que se supone que será la más adecuada o la menos difícil para el destinatario. En la medida de lo posible, hacerse cargo de alguien requiere el consentimiento del interesado. Cosa no siempre posible, o cuya lentitud contraría la lógica institucional y los presupuestos disponibles. Ciertos profesionales dirán entonces, sin ambages: «Hay que inducir a esta persona a dar su consentimiento»; dicho de otra manera: «¡Sea espontáneo, es una orden!». Obsérvese, sin embargo, que este tipo de prescripción no es achacable a la sola personalidad de los agentes. Se manifiesta en ella una estructura inmanente de la toma a cargo. Se trata de acompañar a otro a fin de que saque el mejor partido de sus potencialidades, de sus «partes sanas», como se decía en el *case-work* enseñado en otro tiempo a los asistentes de servicio social. Tomar a cargo es orientar, aconsejar, conducir, dirigir, examinar. Ha de alcanzarse una finalidad, o al menos desecharla con el mayor fervor posible (inserción profesional, reintegración en la escuela, colocación de niños, cura médica y/o psicológica, inscripción en el RMI o renuncia a este subsidio...). La toma a cargo induce lo que es deseable, lo que conviene desear, lo que hay que desear cuando se es mujer u hombre, niño o adulto, inmigrante o autóctono, parado o asalariado.

Determinadas modalidades de la existencia individual y colectiva, siempre históricas y, por tanto, superables, son juzgadas como eminentemente positivas, necesarias y hasta intocables. La toma a cargo evita interrogar el carácter intangible de esta normalidad, o considera superfluo hacerlo; lo mismo que la caridad, por lo demás. No hay excesiva apetencia por la sociología y menos aún por la filosofía crítica... Las construcciones inversas a estas modalidades hegemónicas y raramente cuestionadas de normalidad reciben denominaciones típicas: deficiencia, desocialización, inadaptación, desafiación, exclusión: está cada vez en juego la no coincidencia entre lo que las personas son y viven y lo que se sobreentiende que deben ser y vivir. Más allá de la buena voluntad de los agentes, tomar a cargo es facilitar la integración de los individuos y los grupos en el mundo tal como éste funciona.

Ahora bien, según mi punto de vista, el problema no está en la inserción o en la integración, sino en el hecho de que se la tenga por

obvía, de que no suscite poca o ninguna reflexión específica, de que no preocupe a un buen número de profesionales. De ahí el lamentable malentendido que consiste en interpretar el principio de realidad como un sinónimo de principio de resignación. En otros términos, se confunde la resistencia que ciertos usuarios manifiestan a la inserción que llamaremos «normalizante» con el puro y simple rechazo de toda forma de inserción...

Esta actitud se exacerba cuando la toma a cargo pretende abarcar «la totalidad de la persona», «la persona en su integridad». Contra las posturas monodisciplinarias, que recortan a los individuos y grupos en lonjas «educativas», «afectivas», «económicas», etcétera, se preconiza una perspectiva pluridisciplinaria. El propósito es asociar estos diferentes compartimentos, pero sin impugnar en absoluto la existencia independiente de cada uno de ellos. Ponerlos juntos, aunque confirmando que donde está lo educativo no podría estar lo ideológico, que lo psíquico se cruza con lo político pero sigue siendo intrínsecamente apolítico, y así sucesivamente...<sup>19</sup> Se considera que la suma de estas diferentes lonjas culminará en una totalidad llamada corrientemente «la persona»: una persona total, justamente abordada por una toma a cargo ella misma global. Una curiosa totalidad, por cierto. Sería realmente improbable encontrar una entidad más imprecisa, hueca, indeterminada, borrosa: una entidad en la que todo está en relación con todo y recíprocamente. De ahí, sin duda, que muchos practicantes de la toma a cargo se refieren a «la persona» con una unción que no desluciría en la caridad...

Pero, paradójicamente, semejante énfasis recuerda que la más global de las tomas a cargo se apoya sobre puntos ciegos, sobre entidades indefinidas e indefinibles, sobre personas tan «totales» que ya no tienen cuerpo, historia, deseos. «Persona»: evocación reiterada del lugar al que habría que llegar, pero que se escurre una y otra vez. Como la línea del horizonte...

Se produce así un desmentido ininterrumpido que afecta a toda ilusión de dominio sobre los individuos y los grupos, a toda ilusión de una comprensión sin equívocos ni malentendidos, a toda pretensión de transparencia. Desmentido que puede ser provechoso. En efecto, gracias a este límite objetivo e infranqueable de la toma a

cargo, sus oficiales pueden sentirse menos obligados a exhibir un saber sin gritas, pueden ser expertos sin imaginarse irrepochables, y sus destinatarios pueden descubrir que disponen siempre de márgenes de maniobra, arduos y estratagemas...

Examinemos, para concluir, un rasgo capital de la toma a cargo que la diferencia tanto de la caridad como de la toma en cuenta: la presencia de corpus metodológicos, conjuntos más o menos codificados de reglas, procedimientos, actitudes y posturas, palabras clave, casilleros para rellenar en unos formularios.

Por ejemplo, la «escucha abierta», un dispositivo sin duda metodológico, presente bajo distintos nombres en el conjunto del trabajo social. Su manejo supone aprendizajes teóricos y técnicos, incluyendo cierto trabajo que los agentes pueden verse llevados a efectuar sobre sus propios funcionamientos subjetivos. Aunque calificada de abierta, no se trata de cualquier escucha, ni de una escucha a secas. Ni tampoco de una atención que se presta al otro, aunque sea sostenida, indulgente o condescendiente. Dispositivo estratégico, la escucha abierta es una determinada postura que se adquiere, nunca por completo ni sin contradicciones, en el curso de una práctica profesional más o menos prolongada. Su puesta en acción es también una puesta en escena.

Aquí está la diferencia con la escucha caritativa. Esta última, compasiva, suele apreciar el relato miserabilista, el enfoque más bien moral, o mejor moralista, de las condiciones de vida de los individuos y los grupos. La escucha caritativa espera que su interlocutor confiese su desdicha, que declare su sufrimiento,<sup>20</sup> como condición para que se le preste ayuda. Mientras esta condición no se cumpla, a la escucha caritativa le resulta trabajososo oír:

Una vez más, se trata de un funcionamiento necesario: no hay escucha sin una tabla del mismo nombre, sin una precodificación de lo que es audible y de lo que no lo es. Lo mismo ocurre con la es-

19. Véase, más adelante, «Una clínica transdisciplinaria...», en especial las págs. 204 y 205.

20. A propósito de los detenidos que no frecuentaban su consulta, un psicólogo empleado en un servicio carcelario para toxicómanos exclama, exasperado y desilusionado a la vez: «¡Sé que son drogadictos, pero no quieren decirlo, lo occultan!». Al parecer, el tema de la confesión parece estar harro presente en la cárcel, lo cual no deja de perturbar la toma a cargo, y también al que se encarga de ella... En otro aspecto, cabe preguntarse por qué P. Bourdieu y su equipo creyeron oportuno poner a su investigación el título de *La miseria del mundo* (1995): ¿no induce este título una lectura caritativa y humanitaria de ese documento excepcional?

cucha abierta, también regida por códigos específicos. Se opone al impulso de no oír más al otro, de hablar por él, de hacer como si realmente uno pudiera descifrar rematadamente lo que el otro dice, lo que puede o quiere decir. Está en juego algo así como una disponibilidad de escucha, una forma particular de la obligación de servicio. Se entiende entonces que la escucha abierta no moraliza demasiado: no juzga demasiado las situaciones, no espera demasiado que sus interlocutores hagan frecuente gala de sus miserias, no confunde demasiado la relación de ayuda con la relación de salvación. *No demasiado*: esta formulación, esta precaución lingüística marca la distancia con la caridad, una distancia que no habría que subestimar, pero que tampoco habría que sobrestimar pues es relativa, de ningún modo completa.

La presencia de corpus metodológicos recuerda que la toma a cargo se enseña y se aprende, y que sus utilidades son objeto de evaluaciones, comentarios y, a veces, análisis. Otra diferencia con la caridad: asentada esta última sobre el don de sí, sobre cualidades supuestamente naturales, sólo algunos de sus aspectos pueden ser enseñados y aprendidos. A esta creencia en lo indeterminable, la toma a cargo opone un posicionamiento laico...

Por último, sería interesante preguntarse si los manuales, cursos y conferencias que se refieren a «las metodologías de la intervención social» no tratan, en realidad, de las metodologías de la toma a cargo en tanto que configuración hegemónica—pero no única—de la intervención social...

#### *Personajes: estatus de los practicantes y cualificación de las poblaciones destinatarias*

Sin fe en el hombre, en su capacidad de redención y rescate, sin presuponer que todo hombre desea siempre—aun sin saberlo—mejorar su suerte y sentirse bien, sin imaginar que las estructuras sociales existentes son parcialmente perfectibles pero no susceptibles de una transformación revolucionaria, ni la caridad ni la toma a cargo podrían existir. Con estos recordatorios llegamos finalmente a los personajes puestos en acción por una y otra de estas figuras. Llegamos a ellos, pero no partimos de ellos. No basta querer ser agente o destinatario para serlo: así se denuncia el hilo conductor de los argumentos que siguen.

Los agentes, practicantes, intervinientes o profesionales, son asignados a lugares objetivos, se instalan dentro de dispositivos regulados. Lo mismo sucede con los individuos y los grupos a los que se dirige su acción, convocados a su vez a ocupar determinados lugares y a encarnar determinados roles: es sobre este podio que harán conocer sus problemas, dificultades, cualidades y recursos materiales y morales. Ni en la toma a cargo ni en la caridad, y tampoco en la toma en cuenta, se puede decir todo y menos aún oír todo... Como tributarios de rangos, estatus, rituales y puestas en escena, intervinientes y destinatarios son nominados en el seno de las diversas problemáticas. De manera activa se injieren, emprenden, actúan, persisten, rechazan, a la vez que son actuados, activados, trabajan al tiempo que son trabajados. Nos proponemos interpellarlos (L. Althusser) en tanto que personajes respectivos de la problemática de la caridad y de la problemática de la toma a cargo: trataremos de mostrar cómo están fabricados y cómo salen y/o se quedan atrapados en sus interpelaciones.

Los agentes de la caridad son voluntarios o asalariados, mientras que los de la toma a cargo son prácticamente todos asalariados. Desarrollémoslo.

Como explica el *Petit Robert*, y también la Real Academia, «voluntariado» es la situación de una persona que realiza un trabajo gratuitamente y sin estar obligada. Veamos dos citas del *Petit Robert*: el pe-rriódico cristiano *La Croix* se refiere al «voluntariado gratuito, ese mecenazgo de nuestro tiempo»; el escritor Georges Lecompte explica: «Anatole France [...] vino voluntariamente a exponerse a los golpes». Mientras que, tanto en la caridad como en la toma a cargo, se trata de trabajo, de eficacia, de resultados, señalemos que la labor caritativa se efectúa gratuitamente y sin que el interesado esté obligado a hacerla. Pero, precisamente, estas dos condiciones no tienen nada de obvias. En efecto, ¿por qué se refiere *La Croix* al «voluntariado gratuito»? ¿es esto un simple pleonasmismo, como si se dijera «voluntariado voluntario», o señal de un enigma que hay que resolver? El voluntariado es gratuito en comparación con el salariado, pues no se efectúa a cambio de una retribución en dinero. Lo mismo que la madre Teresa, los visitantes de cárceles, los «grandes hermanos» en las barriadas y transportes públicos, los voluntarios de causas humanitarias, y también los empleados de instituciones sociales cristianas o protestantes, no reciben paga alguna por el trabajo que efectúan. O

convenciones salariales, de las 35 horas de trabajo semanal, del SMIG [Salario mínimo interprofesional garantizado], lo que le interesa es hacerse pagar en una moneda *ad hoc*: en forma de reconocimiento, satisfacción, simpatía, y por qué no, amor. Un pago a la vez más ético y consistente que la moneda cantante y sonante. En principio, se gasta menos rápido y alcanza para muchísimas cosas. Dado, se supone, de cualidades innatas (compasión, piedad, respeto por el otro, etcétera) y de dones para la relación humana, este practicante tiene una vocación que, o bien suplanta a la formación, o bien le depara su soporte. No ocurre lo mismo con el trabajador social adepto de la toma a cargo, que tiene una constante necesidad de formación en los campos más diversos, precisamente porque carece de vocación, es decir porque no escucha las voces procedentes de la Divina providencia. A su manera, necesita más muletilas. Pero esta necesidad constante de formación no implica en absoluto que los profesionales hagan recurso a ésta de manera ininterrumpida, o que se les autorice a hacerlo: si numerosos profesionales se contentan o deben contentarse con su formación inicial, no obsta que, cuanto menos recurso se hace a los procesos de formación, más grande es la influencia objetiva de la caridad en el seno del trabajo social...

En todo caso, quien practica la toma a cargo no escucha voces en la medida en que tiene que verse las con las vías del Estado-providencia:<sup>21</sup> se le asignan misiones profesionales y mandatos institucionales, tarde o temprano sometidos a evaluación. Por supuesto que este trabajador social se interesa por su trabajo, se inquieta por las personas de quienes se ocupa, en una palabra está disponible, pero según ciertos criterios y condiciones, incluso en términos de franjas horarias.

Suele suceder que los practicantes caritativos y humanitarios intervienen en situaciones donde los de la toma a cargo se resisten a aventurarse, ante sectores de población que estos últimos ignoran, cuya problemática no entra en las categorizaciones de que dispo-

21. Entre las voces de la Divina providencia y las vías del Estado-providencia subsisten algunas convergencias [En francés, *voix* (voces) y *voies* (vías) se pronuncian de la misma manera]. «Ella [la asistente social] no ejerce un oficio, ha elegido su profesión para responder a la llamada.» «La hemos encontrado así en nuestras calles, la hemos seguido con la vista, deseando conocer desde dentro a quien es tan atractiva por fuera», según Y. Bougé, *Préparation et activités de l'assistante sociale*, en el capítulo «La vocation» (edición de 1944, publicada bajo la ocupación nazi de Francia). Sería interesante cotejar este ejemplo con textos y manuales españoles (sobre todo de la época franquista o aun más recientes) y latinoamericanos.

nen o para las cuales no son asignados: situaciones de miseria o de gran miseria, barrios pobres, situaciones derivadas de cataclismos ya sean estos naturales o políticos...

Caritativos y humanitarios se empeñan en fidelidades mucho más inmensas e insondables que las de un contrato de trabajo jurídicamente sellado y sindicalmente negociado. No les faltan certezas, en términos de buenas intenciones, de generosos anhelos, de proyectos positivos, de seguridades en cuanto al orden del mundo y al lugar que cada cual ha de ocupar en él. Casi aturullado de tanto exceso, el caritativo no cometerá lapsus, pero sí se equivocará. Receloso de toda ideología, es un apasionado de la moral y/o de la ética. Protector como es, más o menos paterno y/o maternante ayuda a personas históricas a convertirse en personas morales. De un modo u otro, nunca cesa de catequizar, ni de catequizarse. Con sagrarse a la caridad ayuda a sublimar las carencias: si se busca un poco, siempre se encuentra a alguien más necesitado que uno, más desprovisto. Semejante satisfacción, el caritativo la debe a sus públicos, lo que explica, en parte por supuesto, la devoción con la que trabaja, y el hecho de que pueda tomar riesgos que harían titubear al adepto de la toma a cargo.

Están, también, los otros, los destinatarios, los receptores de la caridad. Veamos cómo nos los presenta Marvin Olasky, profesor de periodismo y asesor del presidente norteamericano George W. Bush. Olasky promueve un «conservadorismo de rostro humano» o «conservadorismo compasivo» (*compassionate conservatism*), destinado a paliar las insuficiencias de la acción social y a contradecir al Partido Demócrata en el terreno de lo social. Su credo es: «Ayúdate: ¡tú mismo, ayuda a los demás, el Cielo os ayudará.»<sup>22</sup> Sintomático

22. En su libro *La tragedia de la compasión americana* (1992), M. Olasky recuerda, etimológicamente, «compasión» expresa la idea de una experiencia común por la cual cada uno se enriquece con el aporte del otro (observaremos de paso que la caridad no impide en modo alguno enriquecerse). Pero Olasky constata que no es así como se practica la compasión en Estados Unidos. Para probarlo, se distrajo de mendigo (harpón, petate, jerga, mirada y olores *ad hoc*): los centros sociales que lo acogieron no le aportaron la confortación buscada. De ello concluyó que había que volver a las fuentes de la compasión norteamericana, es decir, a los filántropos del siglo XIX (*Le Monde*, 5 de agosto de 2000). Es lógico que Olasky no haya encontrado la confortación que buscaba: ¡los centros sociales no la tienen entre sus recursos! Adeptas de la toma a cargo que practican con asiduidad y constancia, estas estructuras se resisten a reconfortar, a compadecer, a consolar, a remontar, a reanimar...

reciben pagas en parte en dinero, y en buena parte en forma de resistencia y de alimentación. Tenemos, pues, una gratuidad financiera, completa o parcial. Pero el voluntariado no es, no puede ser enteramente gratuito en el sentido de que careciera de toda gratificación, de toda recompensa. No sólo, porque puede haber una paga mínima, sino también y sobre todo porque nunca se hace sin razón, sin razones sólidas. Éste es el caso, justamente, de Anatole France en la cita anterior: Él viene voluntariamente a exponerse a los golpes pues parece buscar algo en ellos, no viene por nada; cuando llega, tampoco es por nada que aguanta, que soporta y sobrelleva: pese a los golpes, o a causa de los golpes. Si su llegada fuese enteramente gratuita, sería incomprensible, y su situación, insostenible, tanto para el observador como para el interesado. Debe entenderse que aquí hay un proyecto, un designio, un deseo, no forzosamente meditados ni necesariamente queridos por el protagonista. ¿Viene sin obligación? ¡Seguro! Pero justamente, lo extraño es eso: ¿por qué, si no está obligado, viene igual? ¿Por qué el voluntario actúa voluntariamente? ¿Por qué la Real Academia explica que el voluntario «se apresura a acometer una tarea por su propia voluntad, sin esperar su turno»? Ausencia de obligación: ningún poder aparente —administrativo, jurídico, político, teórico— dicta este deber. Sin embargo, nuestro personaje viene igual, debe venir y hasta es convocado a hacerlo. Estamos en presencia de un misterio.

Pero no hay misterio, solo incógnitas. La palabra «misterio» designa aquí un conjunto de desconocimientos acerca de las lógicas ideológicas e inconscientes que obligan a alguien a trabajar de una determinada manera bajo ciertas condiciones sin estar en principio obligado a ello, es decir, sin tener conocimiento subjetivo de las razones objetivas de su obligación. El voluntario obedece únicamente a su voluntad, lo cual no es poca cosa... Dicho esto, el voluntario no es el único que se empeña en cumplir deberes que nadie le exige; nadie, en todo caso, de quien él pueda señalar el nombre y el apellido.

El voluntario cobra y cobrará siempre en forma de narcisismo, separamoslo. Y cuando la satisfacción narcisista falle, el voluntario desaparecerá o se transformará en un voluntario con odio, lo cual es aún peor. El cauteloso sadismo que encontramos en muchos ámbitos de la caridad y los cuidados nos deja perplejos (P. Declerck, revista *Ingérences*, 1993, n.º 1, dossier «Le désir d'humanaire»).

Sin crear que el voluntario posea el monopolio exclusivo del narcisismo, lo que sería ofensivo para los humanos en general, y sin hacer tampoco del sadismo, aunque fuese cauteloso, patrimonio exclusivo de la caridad, el pasaje citado indica una dimensión capital de la relación que mantiene el practicante de la caridad con su práctica, con sus destinatarios, con los tutores, con los colegas.

Eviemos, justamente, imaginar al practicante de la caridad desinteresado en sus intervenciones, lo que haría recaer sobre él una sospecha de «inhumanidad» radicalmente contradictoria con la actitud caritativa. El practicante de la caridad quiere hacer el bien, se empeña en ello, lo busca y rebusca. Le es imposible actuar de otro modo, aun a riesgo de que el bien que trata de realizar lo haga sufrir personalmente (falta de consideración para con su persona, menoscabo de su integridad moral, peligro físico). Lo cual no es un pago excesivo: cuando el practicante sufre a causa del bien que lo constituye, este riesgo no excluye un goce intenso. ¿A quién se le ocurre contabilizar sus sinsabores cuando está prodigando el bien? Por las mismas razones, el caritativo tampoco puede dispensar al destinatario de acoger el bien que se le destina, a riesgo de hacerle soportar —por su bien— el bien que él le desea. Este trabajo de enderezamiento —pone tutores, apoyos, guardianes, garantes: la caridad puede volverse apremiante y autoritaria, aunque sin recurrir a la coacción sobre los cuerpos. Salvo de manera excepcional, ante personas tan extrañadas que ni siquiera comprenden lo que es bueno para ellas. Cuando es cuestión de salvar a la gente, ciertas instituciones y determinados profesionales y voluntarios pueden ir muy, muy lejos...

Pero se necesitan medios de subsistencia. Este practicante se los procura a través de rentas (acciones, intereses, financiación familiar, jubilación), o gracias a ingresos obtenidos fuera del lugar donde ejerce su voluntariado. Las estructuras que acogen prácticas caritativas subvencionan a sus intervinientes (los alimentan, alojan, etcétera), y pueden también remunerarlos. El voluntario puede ser asalariado, una paradoja nada más que aparente. La condición salarial se explica desde una perspectiva reglamentaria y económica; el voluntariado, en cambio, concierne a las cualidades del practicante, a su manera de trabajar, a su manera de ocupar incluso un puesto remunerado, a su perfil tipo.

Voluntario o asalariado, el practicante de la caridad es siempre voluntario, compañero, hermano, rara vez militante. Más allá de las

Marvin Olasky, disfrazado de menesteroso en busca de confortación: para ser presentable en materia de caridad hay que ponerse ciertos trajes, tanto físicos como simbólicos; el candidato-a-la-caridad debe poder ser percibido y tratado según ciertas categorías. Dicho de otro modo, no todos los llamados son los elegidos. Y puesto que las plazas son limitadas, como todo postulante también el menesteroso debe presentar un curriculum vitae conveniente.

El sufrimiento y la indignancia no bastan para poner en marcha la caridad. Todavía hace falta que dos significantes mayores acojan a los candidatos. Éstos deben ser personas y, además, hallarse en estado de necesidad. Personas: sea cual sea su situación, los sujetos de la caridad no se reducen a su situación material o mental; en realidad, su situación testimonial de los obstáculos que estas personas deben vencer para realizar plenamente su humanidad, las dificultades que les impiden devenir efectivamente humanas. Por eso merecen consideración, sobre todo cuando consistenten en los esfuerzos prescritos por quienes saben lo que conviene que hagan. Los «centros educativos cerrados», reservados en Francia a jóvenes con «fuertes problemas de conducta», encuentran aquí una parte de su justificación.

La noción de «personas» implica que éstas sean eminentemente virtuosas, aunque las circunstancias les impidan serlo (la cárcel, el exilio, la prostitución, la miseria, la toxicomanía). A lo que debe prestarse ayuda es, precisamente, a sus virtudes. Personas son las que esperan, las que alimentan la esperanza de recibir una ayuda: de recibir, en efecto, pues se trata de un don que se les concede o no, como la limosna, la caja de alimentos, el albergue, el seguimiento periescolar, la vivienda. Muchos servicios se dirigen a personas que se hallan en estado de necesidad, de carencia susceptible de ser llenada, progresivamente aliviada hasta extinguirse. Se trata de lo concreto, de lo palpable, de lo real. Hay que saturar la necesidad para que la humanidad de las personas (re)surja. El caritativo quiere insinuarse en este zócalo, en este lugar místico de las necesidades supuestamente primarias, elementales, primitivas. Está fascinado por lo humano, digámoslo así, en estado puro.

Sin embargo, imaginar a personas apesadas en la necesidad, atrapadas allí dentro, arinconadas, engullidas, definidas por la necesidad, es suponer que están indefensas, que son frágiles y frágilizadas, sufrientes, desarmadas, desheredadas, inadaptadas, desfavore-

cidas, discapacitadas, excluidas; en síntesis, que son víctimas de los accidentes de la vida.<sup>23</sup>

Para ser destinatarios de la caridad, los individuos y grupos deben ser interpelados como criaturas, es decir, como niños desdichados, necesitados, perdidos, sujetos a motivaciones que los superan, pero dignos de una entidad superior. Niños un tanto infantiles, cuando no pueriles: se supone que el destinatario de la caridad sabe muy poco de su situación, de lo que habría provocado su condición presente, de lo que él, razonablemente, podría querer en el futuro. Sabe poco de su propio deseo y de la sociedad en su conjunto. Por suerte, la caridad vela, protegiendo a la criatura de los tres peligros que la acechan: su propia decadencia personal, la indiferencia burocrática y los extremismos ideológicos y políticos...

Una protección no siempre bien comprendida. Más de una vez, el destinatario no quiere o desdeña las acciones que se emprenden en su dirección. No comprende el sentido de estas acciones, o no como debiera, es decir como se espera. Personas que se encuentran en estado de necesidad y de carencia instauran con la caridad una relación utilitaria, reivindicativa, hasta el punto de insistir pesadamente en la calidad de la comida y de la vivienda que se les provee. Algunos, recelosos, se preguntan qué quieren de ellos, por qué el caritativo se interesa con tanto ardor por su situación... Otros beneficiarios, pragmáticos, se sirven de los recursos del centro de acogida durante un tiempo para recuperar un poco la salud y luego volver al consumo y al tráfico de drogas que practicaban antes de ser socorridos...

Sale así a la luz una experiencia dolorosa que el practicante de la toma a cargo también conoce: ¿cómo hacer el bien a personas que no lo aceptan? ¿A personas ante las cuales cabe insistir pero que no se puede violentar en demasía? Estrañamente visible, concreto, carnal, de una caridad que hasta ese momento parecía tan

23. La última fórmula resume a todas las demás: considerar la situación de la gente como un *accidente* equivale a subrayar su carácter fortuito, infortunado, tal vez fatal, pero sobre todo aleatorio. Cuando, además, la causa no reside en la salud mental, en los mecanismos económicos y políticos, en las condiciones de trabajo, etcétera, sino en la vida, nada más y nada menos que en la vida, *la vida en general*, el combate por liberar depende de una curación cuyas dimensiones políticas quedan perfectamente ocultas. Pero no por ello dejan de actuar, en la sombra... En la misma línea, hace unos años (todavía se oye esto cada tanto) se hablaba de «familias (o de personas) socialmente discapacitadas»...

justa, tan irrefutable y apodíctica... Al caritativo sólo le queda poner la otra mejilla, so pena de retornar a una beatitud religiosa de la que su práctica de la caridad lo había alejado, aunque sin cortar con ella...

Al igual que el Estado-providencia, la toma a cargo no se dirige a un problema, dificultad o infortunio cualquiera, sino precisamente a aquellos que se consideran acogibles, es decir, a los que están acotados por las categorizaciones reales o eventuales de una política social dada. Jamás la ayuda se ofrece al primero que aparezca, sea cual sea su sufrimiento subjetivo, su situación laboral, de vivienda, sus condiciones de vida, su funcionamiento conyugal y familiar. Los sufrimientos y las dificultades tienen que pasar por ciertas categorías psico-administrativas, ideológicamente cargadas, tienen que figurar en nosografías establecidas, tienen que moldearse según orientaciones precisas. Una condición absolutamente necesaria para cualificar las situaciones de violencia familiar, de maltrato, de dificultades escolares, de falta de empleo... Para ser tratables, los problemas deben insertarse en las mallas de una red de significaciones. Éste es justamente el papel de las discusiones previas a las admisiones institucionales, del legajo con el historial social y/o médico, de los períodos de observación que se imponen en ciertos casos: una suerte de pasaporte que permite a los equipos testar su capacidad profesional para tratar las demandas recibidas en el marco de la oferta de servicios de la institución que los emplea.

Las situaciones que no pasan por las horcas caudinas de las designaciones institucionales no son por ello, siempre y en todas partes, dejadas de banda. Puede llevarse a cabo cierto trabajo, aunque no sin algún contratiempo: la toma a cargo puede resultar engorrosa, torpe, rethibitoria, a causa no tanto (o no solamente) de la situación objetiva y/o subjetiva del destinatario como, sobre todo, de la dificultad para encajarlo dentro de la problemática teórico-práctica de la toma a cargo. Cuanto menos advertido está el profesional de que la falla resulta en primer lugar de la problemática con la que aborda las situaciones y secundariamente de estas situaciones, más está tentado de atribuir estos atolladeros a la mala disposición del destinatario. Se promueve de este modo un puntaje que subestima o, por el contrario, subraya en exceso el carácter «complicado» e «inextricable» atribuido a las situaciones. Como si el trabajo social pudiera toparse con situaciones simples y fáciles.

Aparece entonces un personaje *ad hoc*: a la asociación personal-criatura efectuada por la caridad, se le opone ahora la asociación persona-sujeto. En un caso la referencia por antonomasia es la problemática religiosa; en el otro, las ciencias sociales y humanas, el psicoanálisis. Lo mostraremos, tanto respecto de las poblaciones en dificultad como de los profesionales.

Los practicantes de la toma a cargo ponen un indudable énfasis en las condiciones históricas, culturales y psíquicas de su ejercicio profesional. Las instituciones y los servicios contratan a personal cualificado en psicología, psicoanálisis y psiquiatría, raramente en sociología o en derecho, a título de consultores para los destinatarios y/o de consejeros para los trabajadores sociales. Se considera que los primeros tienen alguna noción de aquello que los anima, de lo que les pasa o deja de pasarles. Movidos por apetencias y proyectos, toman iniciativas, utilizan los dispositivos existentes, reclaman, reivindicán.<sup>24</sup> De ahí el valor que tienen en esta instancia la escucha, el diálogo, el intercambio: la toma a cargo privilegia el trabajo sobre los significantes, mientras que la caridad prefiere el cuerpo a cuerpo del higienismo físico y moral. La primera procura no reducir el deseo a la necesidad; la segunda, lo hemos dicho, espera que el deseo se contente con alguna satisfacción.

Pero estos sujetos de la toma a cargo son al mismo tiempo personas cuya expansión humana está trabada por sus condiciones de existencia y/o por sus configuraciones subjetivas. Estas personas no lo son con todas las letras. Por eso hay que hacerse cargo de ellas... Un reencuentro con la caridad, con la cual la toma a cargo comparte ciertas etiquetas: persona en dificultades, falible, sufriente, fragilizada, desfavorecida, excluida, desocializada, carente, con problemas...

Etiquetas más que sorprendentes, en realidad. ¿Cómo imaginar que individuos y grupos confrontados con problemas de vivienda, escolaridad, paro, y/o enfermedad física o mental sean, *además*, frágiles? ¿Acaso esta caracterización los define, expresa su ser? Si así fuera, ¿cómo hacen para vivir, para sobrevivir? Sin pretender en ab-

24. En Francia, la ley de «modernización de la acción social y médico-social» (enero de 2002) preconiza, entre otras cosas, que «el usuario ocupe el centro de los funcionamientos institucionales y de todo proyecto a su respecto». Posicionamiento interesante, ¿implicaría esto que hasta entonces no era el usuario quien ocupaba ese espacio central? Posicionamiento sobre todo interesante porque la caridad, la toma a cargo y la toma en cuenta no hacen la misma lectura, ni proceden tampoco a la misma puesta en obra de dicha ley...

soluta que estén de maravilla, y menos aún que finalmente no necesiten ayuda alguna, señalemos la insoluble contradicción que existe entre calificativos como «frágil», «fahlble», «con problemas» y, por otra parte, el estatus de sujeto, por definición emprendedor, activo, conocedor al menos parcial de su situación. De esta contradicción atestiguan, justamente, los múltiples callejones sin salida e impedimentos prácticos con los que suele estrallarse la toma a cargo.

Vamos el caso de la «persona en dificultad»: esta dificultad se refiere a las condiciones económicas, políticas o subjetivas de un individuo o un colectivo. Señala una característica negativa, una particularidad dañina, una especificidad desfavorable. Sin embargo, estos adjetivos no reemplazan, ni tampoco coinciden completamente con «dificultad». Aunque sólo sea porque existe toda suerte de dificultades, del profesional que se inquieta sobremanera cuando debe encontrar determinadas familias, sin embargo no se dirá que es una persona en dificultad. Con razón, porque estamos en presencia de un vocablo sobredeterminado, codificado, criptico. Se dice que está en dificultad el alumno que no puede o no quiere seguir sus estudios «como es debido», que no está a la altura de sus «deberes y atribuciones» de alumno. Están en dificultad los padres que no logran educar a sus hijos según ciertos cánones. En todos los casos, para convertirse en persona en dificultad, para acceder a ese estatus e interesar entonces a los servicios *ad hoc*, de ningún modo alcanza con tener problemas materiales y/o subjetivos: ésta es apenas la condición necesaria. Además se precisa que, a través de estos problemas, se perfila otra cosa, se abren paso otro tipo de aprietos reales o virtuales: una distancia más o menos significativa frente a ciertos modelos supuestamente intangibles. A la manera de una sobreimpresión, el término clave «dificultad» remite a un universo metafísico poblado de modelos de humanidad y de sociedad, de modelos de subjetividad y de vida conyugal que, según se creyó, son moneda corriente en los individuos y grupos considerados como normales. Constantemente se dan por sentados ciertos arquetipos de normalidad hacia los cuales la toma a cargo conduce o empuja, como se quiera, a sus destinatarios. Como en el caso de la caridad, la problemática de la toma a cargo constituye la condición suficiente para que alguien llegue a tener dificultades reconocidas, legitimadas, todavía no expresadas o incluso no existentes en absoluto. En resumen, no tiene dificultades el que quiere.

No basta con tener dificultades para convertirse en «una persona en dificultad».

Hay toma a cargo cuando las personas son al mismo tiempo reconocidas como sujetos, cuando los profesionales son sensibles al hecho de que, para cada uno, muchas cosas –a veces esenciales– no son posibles, y no a causa de alguna misteriosa fatalidad, sino en relación con antiguas heridas que jamás cicatrizaron por completo, con goces obscenos aunque fascinantes, con espejismos obsesivos permanentemente actualizados. Esta economía pulsional admite acomodamientos más que soluciones, pacificaciones más que resoluciones. Por esto se los escucha lo mejor posible, tratando de comprender, o mejor dicho de entender algo de lo mucho que les pasa, de cómo cada uno (se) explica su suerte y encara algún subterfugio viable.

Son sujetos y, a la vez, personas. Tenidas por relativamente aquiescentes, se supone que las personas dan señales de cooperación y, mejor aún, de colaboración con la toma a cargo, de la que, digase lo que se diga, son *objeto*. Deben estar más o menos convencidas de que la andadura que se les propone y los modelos de vida que se les impone son los únicos posibles, o al menos los únicos deseables. Es menester que se presten a la toma a cargo, que se hagan cómplices de ella, que se resignen a ella, que la utilicen y que al mismo tiempo se dejen utilizar por ella. Sin embargo, paradoja constitutiva de los sujetos humanos, estos mismos destinatarios sacan beneficios de sus desgracias, tergiversan, mienten, despliegan estrategias, hacen creer, esbozan compromisos, manipulan, llaman la atención sobre su desamparo, se sublevan, intentan comprender, ponen cara de no saber nada, usan su supuesta fragilidad según las reacciones del profesional al que se empecine en hacerse cargo de ellos; en síntesis: están vivos.<sup>25</sup>

Esta tensión, que constituye en verdad una ineludible contradicción, hace funcionar el sintagma «per: ona-sujeto». Para resumir, la persona está soldada a la problemática de la caridad, y por tanto a una trascendencia extrahumana, mientras que el sujeto corresponde a la problemática de la toma en cuenta, la cual implica que la condición socio-histórica de los humanos representa su matriz fisi-

25. En el curso de la encuesta «los usuarios juzgan a los trabajadores sociales», «muchos [usuarios] prefirieron conservar el anonimato, a veces por temor de lastimar al asistente social, e incluso por miedo a represalias» (F. Pinaud, 2001).

social», como algunos osan decir sin reírse. Para la toma en cuenta no es indispensable viajar tan lejos. Bien es verdad que las ideologías arraigan en las relaciones sociales, en las oposiciones y alianzas de los grupos, estratos y clases sociales, en los aparatos de poder, existen más acá y más allá de toda subjetividad y de toda relación intersubjetiva. Pero las ideologías están *así mismo* presentes en el fondo de los gozos y las angustias de cada cual, en la manera que tiene cada persona de someterse, rebelarse, aislarse o asociarse a otras. La subjetividad se excava en el granito de tal o cual configuración ideológica. Hay ideología en la manera íntima que tiene cada uno, sea destinatario o profesional, de vivir su vida y de morir su muerte; en la manera, el estilo, la orientación, las miras. Las ideologías no surgen por añadidura, sumándose desde afuera a una subjetividad exclusivamente definida por su psiquismo: forman parte intrínseca de dicha subjetividad, son componentes inevitables e irrevocables de todo psiquismo. E incluso de todo análisis psicológico del psiquismo. Por esto no es necesario salir a la calle para sumergirse en las ideologías: alcanza con quedarse en casa, a solas... con ellas: frente a la televisión, en la mesa, en la cama, en la cocina. Nunca se insistirá demasiado sobre el hecho de que los propósitos personales y las experiencias íntimas son vividos por sujetos históricos, por sujetos prendidos *en* la historia y no por sujetos *tronando sobre* la historia. Porque las ideologías gozan de semejante difusión, las intervenciones sociales se abocan a un campo indisolublemente público y privado.

Pero de ningún modo es función de la lógica de la ideología explicarlo todo. No se trata de reemplazar el psicologismo (que considera al individuo como pura psique, gran creador de sí mismo y del universo entero) por el sociologismo (fundado en mecánicas únicamente sociales). Para que haya una toma en cuenta, ocupará en ella un lugar igualmente significativo la lógica del inconsciente: el psicoanálisis constituye una referencia indispensable. Saber algo de la lógica del inconsciente, de su mecánica y de sus mecanismos, de sus avatares nunca cristalinos y de sus vericuetos jamás lisos, saber teórico tanto como saber sobre sí mismo, constituye una condición sine qua non de la intervención social que intenta operar con la toma en cuenta. Pero esto siempre y cuando se actualice sin pausa la demarcación entre psicoanálisis y psicoanalismo, es decir, entre una disciplina -parcial, como todo saber- consagrada a operar so-

bre unas dimensiones insoslayables de los sujetos humanos, y por otra parte una concepción del mundo que, pretendiendo dar razón de todas las cosas, funciona como una teología de la subjetividad.

Para que la toma en cuenta sea posible, una de sus condiciones reside en el hecho de que el profesional esté relativamente en claro consigo mismo, que intente comprender por qué trabaja de tal o cual manera, por qué está afectado por tal o cual pánico, interés, goce. Me refiero a este respecto a un trabajo de relativa *dénaricisación*, antidoto probable para afrontar el *turn over* y las experiencias de desgaste profesional y personal. Comprender implica un doble e inseparable parámetro ideológico e inconsciente: se trata de que el profesional interrogue tan lejos como le sea posible (tan lejos como se atreva) los valores y los ideales, los supuestos y los objetivos movilizados en el análisis y el tratamiento de las situaciones; y que interrogue simultáneamente la subjetividad a través de la cual se relaciona con dichas situaciones y con los sujetos implicados en ellas. ¿Sabe algo, quiere saber algo de las razones ideológicas e inconscientes de su interés -mayor o menor, escaso o rotundo- por tal o cual situación? ¿Que esta tarea sea sin fin (por esto insisto sobre el adverbio *relativamente*) implica, justamente, que hay que iniciarla ya!

La toma en cuenta da curso a unas tendencias fuertes del trabajo social que pueden marcar, en última instancia, su superación: no su repentina desaparición, por decreto o por decisión subjetiva, sino su progresiva disolución. Esto supone un tipo particular de profesionales. Dotados de recursos técnicos por supuesto indispensables y a mejorar sin cesar, sin embargo estos profesionales no estarán imbuidos de su condición de expertos, olvidadizos de sus múltiples ignorancias y de las secuelas de estas ignorancias en el trabajo que desempeñan y en la gente de quienes se ocupan. Se trata de sujetos socio-deseantes parcialmente advertidos del hecho que toman parte y partido en las situaciones en que intervienen, y por ende parcialmente conscientes de que nadie les pide que sean neutrales desde un punto de vista afectivo e ideológico. Nadie, salvo su superyo, su fidelidad objetiva al mundo que critican subjetivamente.

Estas precauciones permitirían no querer hacer -por lo menos, demasiado rápidamente- el bien del otro, es decir, hacerse el bien a uno mismo a través de este otro. Cuando el moralismo se pone un poco a distancia, se hace más palpable la distinción entre «ayudar» y «salvar».

nes desarrolladas a partir de tal o cual situación valen también fuera de su ámbito inicial. Gracias al trabajo clínico, las situaciones –por definición específicas e intranferibles– pueden alcanzar un valor testimonial.

Para que haya debate, debemos ponernos de acuerdo sobre lo que quiere decir «clínica». Cosa que no es nada fácil, tratándose de un término polisémico. Por ejemplo, es habitual referirse a «casos clínicos», lo que presupone la existencia de casos no clínicos, no todavía clínicos o no ya clínicos, sin que se sepa bien por qué lo son o dejan de serlo. Esta denominación es utilizada sobre todo por corrientes psicológicas y psicoanalíticas que, escindidas en orientaciones divergentes, no otorgan sin embargo a la clínica el mismo sentido, ni contenidos idénticos. Multiplicidad que, justamente, conforta la representación corriente, que asocia clínica y psicología, y/o psicoanálisis, y/o psiquiatría: la clínica sería automáticamente psíquica. Afirmación excesiva, en la medida en que existen una o varias sociologías clínicas, uno o varios psicoanálisis (Enriquez, De Gaulejac, Lapassade, Mendel). Algunos llaman clínica a una versión modernizada de la supervisión, tarea conducida por profesionales, casi siempre de formación psicoanalítica, a partir de la vivencia (proyecciones, sentimientos, interrogaciones) de los trabajadores sociales enfrentados con situaciones para ellos difíciles, o desestabilizadas por las configuraciones subjetivas de los usuarios. La supervisión tiene una fuerte tendencia a privilegiar la dimensión psíquica, sin duda insoslayable, en desmedro del quehacer empírico del trabajador social y de las necesidades económicas, de empleo, de escolaridad, de los usuarios... Algo semejante ocurre con lo que se denomina «análisis de la práctica», del que la clínica sería un sinónimo intercambiable, o bien una de sus modalidades particulares, o incluso una especie de prototipo del que el análisis de la práctica sería una emanación. De hecho, la clínica parece compartir el ambiguo estatuto del análisis de la práctica: a la vez un término genérico que engloba variadas modalidades de comprensión y evaluación de las intervenciones sociales, desde los procedimientos de control de calidad hasta los enfoques inspirados en el psicoanálisis y/o en la corriente sistémica, y al mismo tiempo una fórmula restringida que se aplica dentro del marco preciso de la psicología social, con la que comparte presupuestos y objetivos. El análisis de la práctica en sentido genérico no coincide forzosamente con este

análisis en sentido estricto, y viceversa. Hay un ir y venir del uno al otro, y abundan los malentendidos. De aquí que, más de una vez, el análisis de la práctica y la supervisión naveguen entre dos polos: atención a las posturas subjetivas de los profesionales y/o control de conformidad del quehacer de estos profesionales respecto de los objetivos institucionales.

La denominación debe ser caracterizada. No es posible, y sobre todo no es correcto, evocar o invocar la clínica sin fundamentarla, es decir, sin fijar sus fundamentos. Es imperioso imponerse e imponer una exigencia de rigor conceptual y de pertinencia práctica: para saber de qué se habla, para saber qué hacer.

Mas aún cuando se trata, como es aquí el caso, de sostener una clínica específica, adecuada con respecto a un objeto igualmente específico: la intervención social, las prácticas cotidianas del trabajo social. Adoptamos aquí una posición de sentido común: las categorías utilizadas en el análisis de un tipo dado de fenómenos deben obligatoriamente tener en cuenta los rasgos y las lógicas de este fenómeno. Precaución sin duda elemental, pero demasiado a menudo dejada de lado. Es corriente que en materia de intervención social se apliquen –como un molde– razonamientos pertinentes en otros dominios, que terminan transformando dicha intervención en una simple amplificación del original. En realidad se trata, no de aplicar, sino de crear, de inventar, de forjar a partir de elementos que afortunadamente existen, pero de manera parcial. Ni más ni menos complicada que cualquier otra, esta clínica de la intervención social presenta dimensiones peculiares y funciona según mecanismos *ad hoc*. Sabemos, en efecto, que en el seno de la intervención social, la dimensión ideológica y política cumple un papel constitutivo. Ninguna clínica de la intervención social podría prescindir de ella, ni dejarla de lado o reducirla a un simple contexto exterior. Por esc mismo no puede dispensarse de una definición (*a minima*, de una indefinición) de lo que es el trabajo social, una clarificación de su naturaleza, su alcance y sus límites. La especificidad de las prácticas sociales rige la especificidad de su clínica.

Por mi parte, busco fraguar una modalidad clínica singular que califico de «transdisciplinaria» por su relación con la definición de trabajo social expuesta en la primera parte de este libro. La apuesta consiste en desplegar el trabajo social en sus obras vivas, en su cotidianidad. No para disecarlo, sino para localizar sus dinámicas y

sus contradicciones en el corazón de las situaciones concretas, allí donde mujeres y hombres de carne y hueso, jóvenes y viejos están viviendo, tratando de vivir, tratando de sobrevivir. Tal es la tarea eminente, el privilegio mayor de la clínica.

A esta tarea se abocan, seguidamente, cuatro apartados. El primero señala los parámetros constitutivos del concepto de clínica que sostengo aquí; el segundo, sus indicadores operativos centrales; el tercero argumenta y explicita esos parámetros y conduce al último apartado, donde se pone en perspectiva la clínica transdisciplinaria de la intervención social desplegada en los capítulos precedentes.

### ¿Qué es una clínica?

Una breve incursión etimológica introducirá la temática general de la clínica. A continuación, entrarán en escena dos principios esenciales: «el uno por uno» y «la preocupación por lo concreto». Surgirá por último, a modo de colofón, la cuestión estratégica de la que depende la propia posibilidad de una clínica transdisciplinaria: el estatus de la dimensión psíquica y de su análisis.

#### *Por el lado del diccionario*

Las primeras menciones del término *clinique*, en francés, datan de 1586. De origen griego, los términos *klinikos*, *klinien*, se vinculan a «estar acostado». La clínica «conciernen al enfermo que guarda cama», a «la observación directa de la enfermedad a la cabecera del enfermo», según informa el diccionario francés *Le Robert*, que añade: «Los síntomas clínicos son aquellos que el médico puede percibir mediante la simple observación». Lejos de ser equivalentes, estas afirmaciones ilustran un interesante *crecendo*.

El enfermo que guarda cama no es la enfermedad en general, sino la enfermedad encarnada, la enfermedad hecha carne. Tal vez por esto, muchos médicos no se desplazan a la cabecera de los enfermos y prefieren acogerlos en la serie de casos diarios, o bien, en el hospital, pasan como una exhalación entre los enfermos posturados: suele suceder que la evolución de la enfermedad les preocupe más que la evolución del enfermo. Es comprensible: a diferencia del

enfermo, la enfermedad parece, si se nos permite la expresión, más *clan*, más estructural y despejada. La enfermedad está caracterizada por un corpus preciso de indicios, signos y síntomas, mientras que en el enfermo muchos otros rasgos interfieren constantemente con aquellos que debieran formar parte de la enfermedad catalogada... Sea como fuere, el enfermo espera y, como difícilmente puede moverse de su cama, sin duda no hay nadie más paciente que él. Pero ¿qué espera el paciente? Espera una visita clínica, aquella «que observa directamente las manifestaciones de la enfermedad». Esto implica que se distinga la observación directa de la observación indirecta: esta última se despliega en los libros y los cursos, en los discursos sobre la enfermedad, en las construcciones teóricas. La clínica, en cambio, se enfrenta a manifestaciones que han de ser interpretadas, se mide con los elementos más o menos heterogéneos de lo viviente, se aboca a desórdenes y desarreglos a los que se trata de dar sentido, respecto de los cuales debe construir un diagnóstico. La observación directa es carnal, vivida, experimental y experimentada.

Todo esto es cierto, pero... He aquí que, de manera absolutamente directa, veo a un familiar postrado, con los ojos febriles, los gestos cansinos, tosiendo mucho, sacudido por extrañas convulsiones: ¿qué enfermedad tiene, exactamente? Identificación indispensable, por supuesto: la pertinencia del diagnóstico determina la terapéutica adecuada. Por desgracia, soy incapaz de responder a esa pregunta, por falta de las competencias idóneas... Y, sin embargo, sin ninguna duda práctico la observación directa de este enfermo en la cama y la describo por teléfono al médico... Éste llega, por fin: su observación, tan directa como la mía pero muchísimo más breve, le permite proceder a un acto clínico, y por tanto a emitir un diagnóstico probablemente pertinente. ¿Qué podemos deducir de esto? Para que la observación directa pertenezca al registro de la clínica, es decir, para que sea clínicamente significativa, tiene que tratarse de una observación instruida, dotada de conocimientos, nutrida de teorías y conceptualizaciones. Es directa la observación que se encuentra directamente trabajada por un conjunto complejo de determinaciones, parámetros, presupuestos y finalidades... La observación no es directa porque observa, sino porque *sabe* observar. A estos elementos objetivos se añaden elementos subjetivos: el trabajo clínico supone que haya un médico, poseedor acreditado de un

puesto de trabajo supone alguna reconversión profesional, a fin de actuar con otras cohortes. No olvidemos, por último, que una función de la política social –necesaria a toda intervención social, médico-social, psicológica...– consiste justamente en crear cohortes, caracterizadas por rasgos relativamente comunes.

No confundamos entonces dos registros radicalmente dispares: el principio del uno por uno se opone a la pretensión según la cual la serie daría razón exhaustiva de cada uno de sus componentes, pero de ningún modo al hecho de que determinadas estructuras (psíquicas, sociales) desempeñan un indiscutible papel explicativo. Parcial, pero explicativo. Es tan absurdo rechazar los principios estadísticos y los análisis estructurales con el pretexto de que todo comenzaría con cada nueva situación (lo cual, tomado a la letra, es rotundamente falso), como dispensarse de explicar el modo en que cada individuo es personalmente, carnalmente, íntimamente pequeño burgués, y/o psicótico, y/o adolescente...

Numerosos profesionales se encierran en estos falsos dilemas: ¿lo individual o lo colectivo? ¿lo particular o lo general? ¿Lo singular o lo estructural? Frecuentemente, los psicólogos y psicoanalistas se creen obligados a elegir el primer término a expensas del segundo, mientras que los sociólogos suelen preferir lo general a expensas de lo particular. Dichas oposiciones son decretadas por filosofías rudimentarias, esto es, predialécticas, que acrecientan inútilmente las dificultades de la práctica. Porque ¿cómo tratar de manera explícita uno de los términos de cada oposición sin tratar, implícitamente al menos, el término opuesto? Al dar la palabra al niño sin la presencia de sus padres, la intervención se hace sentir también en esos padres ausentes y no deja de tener efectos sobre la constelación familiar en su conjunto, y sin duda también en la escuela frecuentada por ese niño, en el barrio habitado por esa familia...

Está en juego una diferencia, en absoluto retórica, entre «los problemas personales» y «los problemas de las personas». Los primeros obedecen a causas radicadas en la o en las personas que se consideran: el niño, la pareja, la familia. Los problemas personales concierne a individuos más o menos vinculados a un contexto familiar, cultural, económico... En cuanto a los problemas de las personas, ciertos individuos o grupos son efectivamente sus portadores, ellos los soportan, los viven, los manejan como pueden, pero sin ser sus iniciadores, sus autores soberanos, su causa primera. Ni

tampoco sus ocurrencias únicas... Ocuparse de ellos no consiste en tratar de un asunto únicamente personal o exclusivamente familiar

Uno por uno no quiere decir átomo por átomo, elemento por elemento. A partir de Hegel, sabemos que lo particular y lo singular no son sinónimos intercambiables. Y a partir de Freud, y sobre todo de Lacan, sabemos que el individuo no es el sujeto. Lo particular es cabalmente lo opuesto de lo general, pasar del uno al otro implica suamar muchos particulares, generalizar, como se dice, pero en este generalización los matices se pierden, los colores y las formas se desdibujan: lo particular se vuelve demasiado anecdótico y lo general demasiado abstracto... Lo singular, en cambio, es lo universal aquí y ahora, lo universal encarnado, hecho carne, la formación económico-social presente en un niño, en una familia, en un discurso determinados. Es singular el modo según el cual lo universal se hace cada vez visible, palpable, tangible. Por eso la clínica transdisciplinaria se dirige a las ocurrencias cada vez singulares de un universal (clase social, estructura psíquica, serie estadística) que comprende muchas otras ocurrencias, según una lógica que ningún caso particular agota pero que cada uno realiza a su manera, inédita.

#### *Segundo principio clínico: la preocupación por lo concreto*

Centrada en situaciones cada vez singulares, en individuos y grupos cada vez únicos, la clínica quiere apuntar a retos manifiestos, a conflictos reales, a atoladeros y desbordamientos efectivos. Está obligada a ser esclarecedora y explicativa, pragmática y útil. Conminada a vérselas con lo que existe, la clínica implica descubrimiento, invención, hallazgo. A la vez poética y rigurosa. Necesariamente instruida por teorías que le permiten operar, que la protegen y la orientan, la clínica queda siempre tributaria de la experiencia esa aventura jamás evidente, ese riesgo jamás ganado de antemano. Para establecer diagnósticos, dispone de indicios lo más rigurosos: posible, pero no, por cierto, de cauciones que garanticen el resultado; dispone de mojoneros para ubicarse pero, seguramente, no de guaridas donde esconderse. A su manera, en otro tiempo, Lenin ideó una excelente indicación: la clínica consiste en el análisis concreto de situaciones concretas. Lo cual equivale a decir que, para hacerla, hay que poner las manos en remojo, trabajar en el alquitrán de lo real, en sus persistencias tenaces, sus investiduras imagi-

cesivamente aproximativas.<sup>2</sup> Y que adolecen de un grave inconveniente: si los síntomas indican disfuncionamientos, estos disfuncionamientos funcionan, producen efectos, son operativos, sirven, son útiles. Porque los seres humanos no *son*, una vez por todas, sino que *van deviniendo* durante toda su vida, y no cesan de devenir hasta el momento en que ya no devienen más, porque han dejado de existir. Su ser no se deja leer como un libro abierto ni puede ser objeto de un desciframiento completo, de una transparencia sin resto. Porque «ser» no es el nombre de una cosa, de una substancia, sino la parábola de un proceso. Es la diferencia, ya lo vimos, entre sociedad y formación económico-social.

Consecuencia: lo concreto del punto de llegada, que marca efectivamente una distancia significativa respecto de su punto de partida, constituye a su vez el inicio de otro proceso. La clínica transdisciplinaria no tiene fin. Pautada por altos, treguas y puntuaciones, por argumentaciones y clarificaciones definitivamente provisorias o provisoriamente definitivas, se encuentra en las antipodas de cualquier saber absoluto al que se suponga espejo de lo real, de lo que le pasa a la gente, realmente, verdaderamente, profundamente. Porque lo real no habla, hay que hacerlo hablar, y a esto sirve la clínica: a escuchar lo real, pero sabiendo que no hay escucha sin interpretación. Por eso no digo «al término» del trabajo clínico, sino más bien «en el curso» de este despliegue.

Esto es difícil de comprender cuando se cree que lo concreto equivale a lo inmediato, lo visible, lo que salta a los ojos. «¡Si no lo veo no lo creo!». Recordemos sin embargo que nadie ve, ni cree, lo que se le antoja, sino justo lo que sus gafas le permiten ver, lo que su bagaje teórico le permite crear o, al contrario, cuestionar. Semillante posición no parte de lo concreto sino que está fijada por lo que se le parece bajo ese título, pegada a él, fascinada por las fragancias conocidas, por las formas habituales, por la confirmación de lo que ya

2. En Francia, la denominación «persona discapacitada [*handicapé*]» es cada vez más reemplazada por la de «persona en situación de handicap» [*situation handicapante*]: la «persona discapacitada» es personal e intrínsecamente discapacitada, en un mundo que marcha de maravillas: por el contrario, si la situación es discapacitante, esto tiene que ver con el funcionamiento del mundo, con las facilidades que éste depara o niega a dicha persona. Reemplazar estas denominaciones, que no es para nada una operación formal, atestigua la intrínseca relatividad de las designaciones, etiquetas y diagnósticos, y por ende de los tratamientos de lo real que así se inducen.

se sabía. Muchos profesionales llaman concreto cada vez que reparecen las situaciones a las que están acostumbrados, las repeticiones de lo ya visto (*déjà vu*). En última instancia, este concreto enuncia la ilusión según la cual el discurso sobre lo real es la voz de lo real, lo real que habla, lo real que se confiesa. Pero, ay, ningún loco lo es antes de haber sido examinado por un psiquiatra al menos, y no se describe como loco antes de retener los términos que este especialista emplea a su respecto: la psiquiatría es una de las condiciones para que aquel que escucha voces del más allá, que no soporta que lo toquen o se ríe de cualquier cosa, se vuelva *concretamente* loco...

Muchos son los que consagran un verdadero culto a lo «concreto», un significante que llega a producir exaltaciones y exultaciones, trances habituales entre los adeptos de sectas cuando profieren el nombre de su *sinthome* (Lacan).<sup>3</sup> «Concreto» pasa a ser entonces una furiosa imprecación proferida contra los infieles, sospechosos éstos de entregarse, a escondidas, al culto perverso del rigor conceptual y de la definición discutible...

De aquí deriva una clínica errática, menos interesada en comprender la especificidad de cada situación que en hacer entrar toda situación posible en nosografías predeterminadas, al precio de contorsiones más o menos severas. Más que analizar, se cultiva el uso regular del fórceps.

Por nuestra parte, recordaremos con Marx, lector crítico de Hegel, que lo concreto es la síntesis de múltiples determinaciones, el resultado estable-inestable de diferentes registros, dimensiones y matices. Los cuales, por lo demás, no concuerdan siempre entre sí, mantienen vínculos más o menos divergentes y en ningún caso se fusionan. Lo concreto no se da, sino que se conquista, laboriosamente, empecinadamente. Porque no es un hallazgo, un objeto perdido que se logra recuperar, sino una producción original, insólita, apasionante. Una creación argumentada.

3. Neologismo forjado por J. Lacan, contracción de *symptôme* (síntoma) y *homme* (hombre). Sugiere que para cada sujeto humano lo más preciso reside justamente en su síntoma. Dicho de otro modo: tiene un estatus de síntoma aquello que para cada hombre es lo más extrañamente querido, aquello que puede difícilmente abandonar aunque lo haga mal y/o porque le hace mal... Tratando de síntoma, se enfatiza que cada uno es bastante enigmático para sí mismo...

## ¿La clínica es siempre psicológica?

Llegamos así al más arraigado de los malentendidos, y de los errores, en materia de intervención social: la identificación de clínica con clínica psicológica. Tópico de los centros de formación, evidencia intangible de la mayoría de los profesionales «psi», componente capital de los grupos de análisis de la práctica y de las sesiones de regulación de equipo conducidos por psicólogos, psicólogos y psicoanalistas: en todos los casos, se supone que si la clínica no es psicológica, no será clínica en absoluto. Quisiera argumentar aquí que la clínica en general, la clínica de la intervención social en particular, no puede ser unilateralmente psicológica, cualquiera sea la corriente o la tendencia psicológica de que se trate.

Numerosos artículos y libros insisten regularmente sobre la deuda de la intervención social para con el psicoanálisis o los enfoques psicológicos.<sup>4</sup> Y con razón: la dimensión subjetiva posee una importancia ineludible en el trabajo social, ya se trate de los usuarios o de los profesionales. Si no otorga un lugar de relevancia a la lógica del inconsciente, la clínica de la intervención social se limitaría a efectuar análisis formales, puramente organizacionales; en una palabra, superficiales. Si dicha lógica no juega un papel activo, las motivaciones, los deseos y los fantasmas de usuarios y profesionales se comentarán desde un punto de vista moral, más bien moralista, y hasta se los supondrá genéticamente predefinidos. Por otra parte, sería hartos curioso, y no poco inquietante, que un servicio, cualquiera que fuese su ámbito de intervención, prescindiera de las competencias propias del personal capacitado en la materia... Pero es igualmente curioso un fenómeno recurrente en este dominio. Se trata de una doble subestimación que es, en realidad, una doble equivocación. *La primera*: si la intervención social está articulada, en efecto, con los enfoques psicológicos y psicoanalíticos a los que debe mucho, no ocultemos que, a su vez, estos enfo-

ques deben tanto y más a la intervención social, la cual constituye para ellos un valioso laboratorio experimental, la posibilidad de entender su implantación y la oportunidad para múltiples salidas y recursos profesionales. Gracias al trabajo social, numerosos psicólogos, psiquiatras y psicoanalistas acrecientan su cultura, sus conocimientos, y su clientela. A este respecto, deudores y acreedores están repartidos de forma bastante equitativa. *Segunda subestimación*: tratándose de intervención social y no de cura ni de grupo de reflexión, la clínica tiene que ser precisamente adecuada a este objeto que es la intervención social. Debe dar razón de lo que sucede en el curso de las prácticas profesionales del trabajo social, por lo cual no puede ser unilateralmente psicológica, psicosociológica o psicoanalítica, so pena de escamotear aspectos absolutamente centrales en las situaciones que se abordan; no puede y no debe dejar de lado una serie hartos compleja de dimensiones constitutivas, determinantes (económicas, institucionales, políticas, ideológicas). Constatación banal pero hartos difícil de entender: el trabajo social no es ni un trabajo sólo psíquico, ni un trabajo limitado a la sola esfera subjetiva.

A menos, evidentemente, que la dimensión psíquica se considere el núcleo duro de la intervención social, una especie de macrodimensión que explicaría –y agotaría– el sentido de dicha intervención, su lógica, su funcionamiento. Gracias a prestaciones y apoyos diversos, la intervención social se encargaría de corregir los avatares sociales (familiares, escolares, administrativos, etcétera) inducidos por las causalidades eminente y fundamentalmente subjetivas... Nos encontraríamos entonces sobre la «escena social», podido sobre el cual se solventan algunas consecuencias de la verdadera escena, aquella que tiene lugar en los trasfondos de la personalidad íntima y secreta, sólo accesible a la indagación psicológica.<sup>5</sup> De resultas, las otras dimensiones constitutivas de la intervención social –en particular, ideológicas y políticas– pasarían a ser secuelas más o menos volátiles de los conflictos intrasubjetivos, secuelas no insig-nificantes sino, al contrario, expresivas, demasiado expresivas... de dichos conflictos.

4. En Francia, una abundante literatura, libros y artículos, insisten sobre este punto de vista: J. Rouzel (1997), M. Zerlib (2002), I. Garnat-Martinez (2003)... Ver la obra pionera (1925) de August Aichhorn: *Jeunes en souffrance, psychanalyse et éducation spécialisée*, con prólogo de Sigmund Freud (*Juventud desamparada*, Gedisa, Barcelona, 2006). A mi manera de ver, esta insistencia que otorga un papel omniescópico a la psicología o incluso al psicoanálisis contribuye, a su manera, a la implantación de los enfoques comportamentalistas y organistas, cada vez más hegemónicos en el campo social y médico-social.

5. Ejemplo de la delincuencia juvenil, mecánicamente asociada a una carencia afectiva padecida sobre todo en la primera infancia, lo que generaría –al parecer– una relación vacilante con la ley y la autoridad... ¡Hipótesis absolutamente indemostrable!

A mi manera de ver, la dimensión psíquica se presenta según dos estatus radicalmente opuestos: el de una causalidad única y omnicomprensiva, o bien el de una dimensión tan eminentemente insoslayable como radicalmente parcial. Cuando la intervención social se reduce a la sola dimensión psíquica, cuando se imagina que eso es lo que sucede, los trabajadores sociales se metamorfosean en cazadores del inconsciente, y los psicólogos y psicoanalistas pasan a operar como oficiantes esotéricos: ¡buen alimento para la desconfianza recíproca! Más aún cuando el análisis de la práctica se extravía en el análisis de los practicantes y en aventuradas suposiciones respecto de los usuarios, con los que, sin embargo, el analista no ha tenido ningún contacto personal... Si, en cambio, las tensiones entre la clínica psicológica (que es necesaria) y la clínica de la intervención social (que es indispensable) no se ocultan, si sus convergencias y divergencias aparecen con nitidez, pueden nacer oportunas sinergias y reconocerse las deudas recíprocas –teóricas y prácticas– que enlazan y separan a trabajadores sociales e intervinientes «psi»... Evitar las relaciones de amo a vasallo, para construir alianzas críticas.

Toda suerte de razones confirman este posicionamiento. *Razones genealógicas*: la clínica tiene, en primer término, una significación médica y no psicológica; los primeros en desarrollar este tipo de enfoques en el trabajo social fueron, en Francia al menos, médicos inscritos en las corrientes higienistas. *Razones contemporáneas*: en muchos servicios e instituciones, psicólogos, sociólogos y a veces juristas conducen actividades clínicas que vuelven la espalda, parcial o completamente, a las orientaciones psicoanalíticas. Se trata de una mutación considerable, que no se explica por las solas embestidas comportamentalistas y biologists contra el psicoanálisis sino, también, por el estatuto omnicomprensivo, abarcador e ilimitado que más de un profesional ha adjudicado al psicoanálisis. El dogmatismo de unos alimenta la miopía de otros. Estamos hoy en una coyuntura tan decisiva como la que, décadas atrás, hizo posible la contratación masiva de psiquiatras, psicólogos y psicoanalistas al lado de los médicos y, a menudo, en su lugar... Razón de más para reconsiderar el lugar de la dimensión psíquica y del análisis psicológico y psicoanalítico en el despliegue de la clínica de la intervención social, so pena de contribuir a suplantar el trabajo orientado por el psicoanálisis –orientación parcial y de enorme valor– por técnicas deliberadamente adaptativas...

### *Rellenos imaginarios*

Según Sigmund Freud, hay tres tareas imposibles: educar, gobernar y curar. Imposibles no significa que dichas tareas son irrealizables o impracticables: desde hace milenios, con modalidades y resultados muy distintos, se educa, se gobierna y se cura. La imposibilidad no es material, sino que atañe a los ideales de perfección, de realización consumada y de satisfacción universal. Recordemos, en efecto, que toda educación es más o menos fallible y precaria, entre otras cosas porque lo que el maestro enseña coincide raramente con lo que el alumno aprende. Todo gobierno es partidista, incapaz de beneficiar a unos sin dañar a otros; ningún cuidado médico preserva de todas las enfermedades, menos aún, tarde o temprano, de la muerte. Y aun cuando la cura sea psicoanalítica, ésta no termina por abolir al inconsciente, ni transforma al paciente en propietario de sus síntomas. ¿Cabe sugerir que la clínica forma parte de las tareas imposibles?

Sagaz, apoyada en razones, preocupada por el rigor teórico y la pertinencia práctica, cuidadosa del «uno por uno» y de lo «concreto», la clínica, sin embargo, jamás agota la situación de la que se ocupa. No logra acabar con lo real. Lo categoriza, lo explica, lo interpreta, identifica sus mecanismos y sus lógicas, emite hipótesis objetivas que siguen siéndolo hasta prueba objetiva de lo contrario, pero sin jamás fundirse con lo real ni fusionarse con él. Porque lo real, como denuncia Jacques Lacan, sólo puede «decirse a medias», de forma incompleta, imperfecta y fragmentaria, pues como estableció Karl Marx lo real es lo que resiste, lo que persiste, lo que con- traría a toda representación, por erudita que ésta sea.

En cada situación hay componentes y hasta parcelas enteras que se sustraen al trabajo clínico, que no son vistos ni reconocidos en su valor propio. Componentes que alguien verá, tal vez, más tarde. A cambio, seguramente, de no ver lo que vimos, o no verlo de la misma manera...

La clínica está necesariamente agujereada, perforada, abierta, y defraudada tanto la esperanza de transparencia (explicar todo) como el ideal de maestría (dominio de todo lo que pasa, y de todo lo que me pasa). No es un acto, sino un proceso pautado por avances significativos, por puntos de no retorno, y también por errores teóricos y prácticos de convergencia: por esto es pasible de mejoramiento. La

beres y habilidades, de confrontaciones y alianzas lo más explícitas posible.

Una alianza no es una fusión, en absoluto. Se trata de un pacto consciente e inconsciente, a la vez firme y provisional, cruzado por malentendidos y por unas cuantas convergencias. El profesional y el usuario acuerdan dar algunos pasos, construir algo juntos, sin que ello suprima las distancias que los separan, y sin que ninguno de los dos obtenga una satisfacción total.<sup>6</sup> El trabajador social que pretende comprender al usuario hasta el punto de «ponerse en su lugar» confunde la vida de éste con una pasantía de larga duración, mientras que el usuario que asegura suscribir «en un cien por cien» las palabras del trabajador social es, probablemente, un gran *comediante*... Porque los usuarios son los únicos que pueden-saben vivir sus vidas, y esto a muerte. En cuanto a la práctica profesional, es el espacio donde el trabajador social está radicalmente solo, aunque se trate de una soledad acompañada por el trabajo en equipo, por el trabajo clínico, por las indispensables referencias teóricas, por la necesidad de una formación efectivamente permanente, continua...

La intervención sobre casos se centra en incapacidades y disfunciones, en problemas que es preciso cancelar a fin de liberar al individuo o al grupo. Se trata de obrar *para* el usuario. En estas condiciones, el principio clínico del uno por uno apunta a una individualización lo más extremada posible, a una atomización creciente de las personas y los grupos... Se trata de que los usuarios se hagan responsables, incluso de dimensiones y de causalidades sobre las que no tienen ningún impacto: responsabilizar no suele estar muy lejos de culpabilizar.

6. Esto es justamente lo que ilustra el *contrato*, más acá y más allá de las espesas idealizaciones de que suele ser objeto. Su interés radica en que fija los derechos y los deberes de cada parte contratante, pero sin ponerlas en pie de igualdad: si así ocurriese, el contrato se volvería superfluo. Cada contratante, en efecto, tiene cosas muy diferentes que ganar y que perder, aunque los dos estén de acuerdo en llenar poco más o menos los casilleros de tal contrato, sólo uno lo redacta, establece sus cláusulas y determina su lógica... Emerge así una doble codificación: de las modalidades bajo las cuales el dador promete ejercer su poder, y de las prendas, satisfacciones y aquelescencias que el demandante se compromete a brindar. *El contrato legitima la desigualdad de los contratantes*. Lo cual explica que, a veces, el destinatario, llamado «el beneficiario», de muestras de reticencias y resistencias más o menos persistentes... Con estas puntualizaciones no busco descalificar la práctica del contrato, que puede ser fructuosa, sino bajarlo de nuevo a tierra, no esconder las relaciones de fuerza puestas en obra...

Por su parte, la intervención sobre situaciones se centra en características y funcionamientos, en problemáticas que es preciso desplegar, en interrogaciones que importa descifrar. No tanto para resolverlas como para dejarlas señaladas y contribuir a su elaboración, junto con el usuario. No obrar *para* él, sino *con* él. No para salvarlo, sino para acompañarlo con pasión y, a la vez, con distancia. No se trata entonces de imponerle que sea responsable, sino de proponerle que se las arregle para responsabilizarse de lo que pueda, en el marco de imposiciones objetivas, de límites socio-políticos dados, en el seno de una formación económico-social en la que no ha elegido vivir pero en la que *debe* vivir. Responsable de una parte de su destino, de algún segmento de su vida individual y colectiva...

Retengamos este esquema: para que las personas tengan problemas, es preciso que sean tomadas por casos; y los problemas pasan a ser problemáticas cuando dichas personas están incluidas en situaciones, lo que les hace adquirir la condición de sujetos.

#### *Del beneficiario al destinatario...*

Dar un nombre a la persona recibida por el trabajador social o a quien éste visita es un asunto delicado: ninguna designación es gratuita ni carece de consecuencias...

Designar de entrada a estas personas como *beneficiarios* implica suponer que «sacan provecho» de las prestaciones sociales y que «se enriquecen» con tal o cual capacitación. Y esto sucede, por cierto, más de una vez. Aunque, me parece, «enriquecerse» gracias a los subsidios sociales necesita sin duda una organización por lo menos planetaria! En todo caso, que el usuario retire beneficios materiales y simbólicos de la intervención social no tiene nada de universal, ni está garantizado de antemano. ¿No hay aquí, en realidad, una simplificación bastante sumaria? Es curioso que en el trabajo social encontremos, por doquier, *beneficiarios*: el significativo «sufrimiento» –tan extendido, empero, en este campo– se utiliza excepcionalmente para los usuarios tomados a cargo por una institución o un equipo (a menos que se suponga que los usuarios ya estaban provistos antes de ingresar en la institución)... De este modo se oculta el hecho de que los procedimientos de inserción tienen por metas –no poco contradictorias– disminuir las cifras

oficiales del paro, financiar centros de capacitación, suministrar a los empleadores una mano de obra no demasiado reivindicativa, y también –pero jamás únicamente– ayudar a quienes se consideran como beneficiarios, suministrar ayuda moral, asistir, acompañar... Sabemos también que ciertas prestaciones «fijan» a los subsidia-dos en situaciones insostenibles, hasta el punto de que muchos de ellos quisieran dejar de serlo. Disponer del RMI o de un subsidio equivalente constituye una ayuda útil, pero, en vista de la cuantía de esa prestación y de los múltiples controles que supone, la deno-minación «beneficiario» debería emplearse con cierta cautela, y hasta con pudor...

Hablemos, mejor, de *destinatario*. Esta denominación, sin ser la única posible ni la más adecuada, aparece menos cargada que la pre-cedente: el destinatario o subsidiario puede ser un beneficiario, pero no forzosamente, por esencia. El destinatario, despliega esta-  
tegas frente a las prestaciones; el beneficiario, en cambio, se inclina ante los favores que se le conceden...

El exceso opuesto es igualmente posible. Puesto que el usuario no es de entrada el beneficiario, algunos lo toman por una especie de buen salvaje moderno. Puesto que los públicos del trabajo social conllevan en su cuerpo y en su subjetividad los estigmas de un neo-liberalismo cada vez más implacable y desprovisto de humor, estos es de juego, de alternancia, se los podría imaginar en estado de le- vitación social, carentes de todo prejuicio sexista, racial o político, detentores de la clave última de la vida, de la sociedad y de ellos mismos. Dichos públicos estarían necesariamente en «lo esencial». Otra se decía que eran «naturalmente revolucionarios». Pero la verdad que, según se dice, sale de la boca de los niños, ¿brota ahora de las profundidades de los casos sociales? Si fuera el caso, el ange-lismo atribuido a los buenos salvajes los convierte en *ingfants* un tan-to extraviados, pero *ingfants* al fin y al cabo. Así, los buenos salvajes se transforman en insociables...

A mi manera de ver, la mayor injuria que pueda hacerse a los pú-blicos del trabajo social es crearlos ingenuos o, lo que es estricta-mente igual, omniscientes, espontáneamente amorfos o natura-mente subversivos, así como –tal como ya he señalado– crearlos frágiles da testimonio de la omnipotencia de los intervinientes poco avisados de sus propias debilidades personales y profesionales.

La apuesta es considerablemente distinta.

De los individuos y los grupos, portadores de normas, valores, representaciones reales y concretas, socialmente connotados, asig-nados a goces y sufrimientos precisos, promotores de estrategias y estratagemas, ni más ni menos mentirosos y manipuladores que la gente llamada normal, atractivos e irritantes como todos los que se obstinan en hacer preguntas en una época que prefiere las res-puestas a preguntas que se evita enunciar, jamás neutros ni en lo que dicen, ni en lo que callan, ni en su manera de vivir, recelosos del mundo tal como éste anda y de todos los expertos que buscan infligirles el bien, en dificultad menos con la inserción social en ge-neral que con el sometimiento a ciertas condiciones de trabajo y de remuneración, escépticos para con el increíble adagio según el cual «el trabajo es salud», explotados que en ocasiones intentan ex-plotar a otros, alternativamente víctimas y verdugos..., en resu-men, de estos sujetos de la ideología y del inconsciente la clínica no tiene que diagnosticar si andan bien o si andan mal, si cumplen su deber o si sucumben a la subversión, sino entender cómo se las arreglan para andar, para andar a secas, gracias y pese a sus pro-pias condiciones subjetivas y materiales, en el marco implacable de las relaciones socio-políticas existentes y cuyos efectos, por lo demás, se hacen sentir incluso en la intimidad de cada sujeto. Es-toy hablando de la consistencia, del aguanate, de la fuerza de los destinatarios del trabajo social: de su imposible fragilidad. La in-tervención no ha triunfado forzosamente porque el usuario haya encontrado empleo, vivienda o capacitación; ni ha fracasado auto-máticamente porque no se alcanzaron los resultados que se espe-raba. No confundamos la satisfacción de las estadísticas con el des-tino de la gente real.

Nunca insistiremos lo suficiente: las supuestas deficiencias de los usuarios no son un vacío que haya que colmar, sino un lleno e in-cluso un exceso que hay que acompañar y co-elaborar. Agobiados por sus desdichas, los usuarios pueden estarlo todavía más por el séquito de expertos que quieren obstinadamente su bien. Pero los expertos deberían recordar que de ciertas entrevistas ellos salen muchísimo más cansados que las personas que se consideran en es-tado de abandono social. Se confirma, como explica Jean-Jacques Rousseau, que el buen salvaje es sólo una fábula inventada para consolar a los llamados civilizados de sus múltiples renunciaciones y su-blimaciones.

## *De la historia como contexto a la historia como materia de la intervención social*

La intervención social toma nota de la historia (personal, familiar, cultural, nacional, internacional). Y ello según dos estatus divergentes. En la lógica del caso, la historia posee un estatus de contexto, el cual remite a un texto que la historia bordea y respecto de la cual resulta exterior (como la política social). La historia-contexto es un entorno que, sin dejar de influir con más o menos fuerza en los individuos y los grupos, se detiene sin embargo a las puertas de la subjetividad, de sus conflictos interpersonales, de sus problemas conyugales o de educación: aquí comienza «la persona misma», su «ser profundo», su «recóndita personalidad». Las condiciones de vida de esta persona, su familia, su capital cultural, su profesión, las ideologías que defiende y las que aborrece, le resultan finalmente ajenos, no forman parte de «la persona misma»; cual abrigo que se deja caer por excesivo calor, dicha persona podría desahucarse de todo aquello, prácticamente sin restos, con pocas secuelas. Dicha persona se transforma en ZUP, en «zona únicamente psíquica». Esta máscara teatral (el origen etrusco del término «persona») es llevada por seres alojados en una historia poblada de parejas, familias, grupos, instituciones, intereses, poderes..., pero, curiosamente, en ella no aparecen ni estratos ni clases sociales, ni luchas, ni compromisos, ni alianzas. En este universo extraordinariamente quieto, la persona parece etérea, indeterminada, desencarnada.<sup>7</sup>

La historia constituye el contexto de un sujeto o de una familia: he aquí un lugar común del trabajo social cuando busca hacerse cargo del caso de los usuarios. Un tópico que está, sin embargo, en contradicción flagrante con lo que se hace en las prácticas concretas. Éstas confirman con total claridad que las condiciones sociales, lejos de detenerse a las puertas de la subjetividad, producen efectos en la historia económica y política tanto como en las configuraciones familiares, en las relaciones conyugales, en los problemas de maltrato, de

paro, de vivienda, en el centro de las más íntimas figuras psíquicas, afectivas y sexuales. Son a la vez condiciones objetivas, es decir, económicas, políticas e ideológicas, y condiciones subjetivadas, incorporadas en una compleja trama de sufrimientos y goces individuales y colectivos. Así, por ejemplo, el caso de esa mujer regularmente golpeada por su marido, y que le comenta a la asistente social: «Quizá sea normal, ¿no le parece?, los hombres pegan, las mujeres aguantan... ¡Pero no hay que exagerar, caramba!». Si no percibe la resignación ancestral pero también el obscuro goce contenidos en esta declaración, la asistente social, más que trabajo social, se consagra a hacer caridad: lo cual no es por fuerza un inconveniente, salvo que la mujer en cuestión creyó dirigirse a un servicio social para encontrar alguna ayuda, no para obtener su inmaculada redención...

Y aquí está, justamente, el segundo estatus asignado a la historia: no como contexto o decorado, sino como materia misma de la intervención social. Esta última incide sobre la historia social<sup>8</sup> encarnada en el espesor único de coyunturas siempre singulares. La sociedad, la formación económico-social en su conjunto, participa en la relación dual. Tal es la dialéctica de la intervención social centrada en el concepto de situación, que me propongo esbozar a continuación.

El hecho de que el profesional reciba a una sola persona física no significa que tenga que habérselas con un individuo aislado, y menos aún con la persona «misma»; pues cada individuo presenta un relato específico, relativamente único y exclusivo, de problemáticas históricas generales, una versión local de concepciones del mundo vehiculadas por muchos otros individuos, grupos y sectores sociales, sindicales, políticos. Cuando uno habla, varios se expresan. ¡Confundir la entrevista dual con una entrevista entre dos personas representaría un grave error teórico, una ilusión óptica altamente rudimentaria y —en la era de la producción y el consumo de masas— seguramente precapitalista!

Ilusión óptica, porque el usuario que en efecto se presenta de manera individual trae consigo un vasto mundo, presente y activo

7. Una iluminadora caracterización del diccionario *Perit Robert* a propósito del término «*persone*»: «Ser humano, en particular cuando no se puede o no se quiere precisar su edad, sexo, apariencia, etcétera». Una persona es... ¿madre? El excelente diccionario de la Real Academia Española va en el mismo sentido: «hombre o mujer cuyo nombre se omite o se ignora», «hombre o mujer distinguidos en la vida pública», «personaje que toma parte en una obra literaria», etcétera.

8. Hablar de *historia social* es, finalmente, una redundancia, pues de hecho no existe otra: la historia individual o la historia familiar son anecdóticas, simples acumulaciones de fechas y de acontecimientos más o menos pintorescos, a menos que se los articule de modo explícito con la historia social, sus conflictos, sus tendencias, sus envites...

en su relato, en su vestimenta, en su lenguaje, en su vida; mundo que lo acecha a la salida, le pide cuentas, le pregunta por qué los arrastra a ver a la asistenta social o le agradece que de este modo aligere algunos de sus fardos. Tratar explícitamente de una situación implica tratar implícitamente de lo mucho que en dicha situación converge, se arremolina, se pone en juego. Ilusión óptica, además, porque cuando el profesional se interesa sinceramente por lo que le está pasando al usuario, es indispensable que esté armado de un mandato oficial, de un diploma de Estado, de una misión institucional. Usuario y profesional son, uno y otro, múltiples, plurales.

La pericia de los profesionales consiste en poder localizar lo universal de la problemática en lo singular de la experiencia. Una condición sine qua non para que cada discurso sea inteligible, para que cada situación tenga sentido. ¡Y es precisamente esto que cabe llamar «intervención concreta»: intervención sobre lo universal encarnado, sobre lo universal hic et nunc!

El trabajo social constituye un dispositivo estratégico por su capacidad para ocuparse de cuestiones de orden socio-histórico tratando asuntos domésticos, y viceversa, por su capacidad de incidir sobre la historia general al ocuparse de lo que pasa en la familia de los García o de los Pérez. Y ello, aun cuando muy pocos de los conceptos habitualmente movilizados para pensar el trabajo social permien medir su fuerza y su alcance.

Lo mismo sucede con la distinción entre trabajo social individual, de grupo y, por último, de comunidad. O con la interrogación lancinante de numerosos trabajadores sociales: ¿intervención individual o intervención colectiva? Distinciones plausibles sobre todo en términos cuantitativos (cantidad de personas involucradas), que requieren técnicas y dispositivos relativamente peculiares. No se trata de sinónimos intercambiables. No obsta para que, en las prácticas reales y concretas, y por más que se trate de uno solo o de varios individuos físicos, siempre están en juego relaciones sociales y en consecuencia, relaciones colectivas dentro de las cuales, atrapados por ellas, dependientes de ellas, viven seres singulares.<sup>9</sup> Si el trabajador social considerara a la persona de quien se ocupa, no ya como

una entidad individual o un electrón libre, sino como un sujeto singular, dotado de orientaciones ideológicas conscientes e inconscientes de origen y de calibre socio-histórico, podrá entonces comprender cómo y por qué su intervención respecto de una sola persona tiene un destinatario necesariamente colectivo.

De aquí resulta una distinción esencial para la clínica transdisciplinaria entre el objeto y el objetivo de la intervención social. El objeto es una situación siempre singular en la que están involucrados uno o varios sujetos; el objetivo se refiere a cuánto de historia social, de relaciones sociales se juega en la situación singular: las configuraciones ideológicas que se movilizan. La clínica transdisciplinaria propone identificar el modo en que se articulan, a lo largo de las prácticas, estas dos categorías clave de objeto y de objetivo, los contenidos precisos que reciben, el modo en que se apuntalan el uno al otro...

#### *Del hacerse cargo al tomar en cuenta*

Diferenciadas ya estas dos categorías, límites monos ahora a indicar algunos aspectos indispensables para la clínica transdisciplinaria. Ejemplo: no sin una auténtica inquietud, un trabajador social observa que, pese a sus esfuerzos, los usuarios «no se toman a cargo», «no se hacen cargo de sus problemas». Múltiples razones pueden explicarlo y, entre ellas, ésta: por principio, la toma a cargo comienza a casos, es decir, a lo que, por definición, le sucede al otro. Puede entonces suceder que el usuario no se sienta involucrado, no esté convencido de que el caso de quien se habla le atañe personalmente: olvido de citas concertadas, incompreensión de lo que se le dice, abandono de actividades en las que decía tener gran interés... No es imposible que los olvidos, las incompreensiones y las pruebas manifiestas de desintereses constituyan síntomas, pero no necesariamente de lo que se supone a primera vista...

En efecto, lo que se deplora en el usuario no es cualquier hacer-se cargo. Cuando jóvenes y menos jóvenes violan una prohibición, cuando el «beneficiario» de una prestación suministra datos que sin ser totalmente falsos tampoco son completamente verídicos, cuando el llamado toxicómano se compromete en tráficos más o menos lícitos, cuando niños considerados «con problemas» no cesan de proclamar por todas partes su desgracia..., todos ellos se to-

9. En este aspecto, me gusta citar al cantor Renaud: «¡Soy yo sólo una pandilla de jóvenes!».

man, a su manera, perfecta y rotundamente a cargo. ¡Hasta se puede decir que no hacen otra cosa! Con aplicación y perseverancia... Ni pasivos ni irresponsables, actúan más acá y más allá de donde se los espera y se responsabilizan de otras cosas que de aquellas que, con o sin razón, se espera que asuman. Es corriente que la gente se tome a cargo, y es también corriente que no lo haga cómo y dónde se espera.

Cuando obra la toma a cargo, los sujetos son erigidos en objetos que poco o mucho se deben llevar a buen puerto («le envío tal persona», se dice). En el hacerse cargo se espera, y a veces se exige, que los «beneficiarios» participen como niños buenos, como alumnos aplicados, como pobres pero meritorios. Incluso en aquellas ocasiones en que sus «competencias parentales» son solicitadas... como «aliadas en el proceso de toma a cargo».<sup>10</sup>

¿Cómo hacer—se preguntan algunos—para que los excluidos se movilizan? ¡Una operación tanto más difícil cuanto que se los imagina clavados en un sitio, fofos e inertes! Poner en movimiento montañas estáticas requiere esfuerzos mucho más colosales que participar en movilizaciones, agitaciones y sobresaltos ya en curso, que jamás cesan de tener lugar. De hecho, los llamados excluidos no dejan de agitarse, de agruparse, de separarse. No desfilan en orden. Pero este movimiento no se deja descifrar como si de un libro abierto se tratara. Darse cuenta de ello supone abandonar el marco del hacerse cargo o de la toma a cargo y la lógica del caso. Se trata de admitir que hay un sujeto, un sujeto socio-deseante que no puede ser objeto de una toma a cargo, pero que puede ser acompañado a lo largo de una toma en consideración, de una toma en cuenta...

Y aquí reside justamente la utilidad de la clínica transdisciplinaria: identificar lo que corresponde respectivamente a la toma a cargo y a la toma en cuenta en cada intervención social concreta. Dicha clínica contribuye a la transición de una de estas categorías a la otra. No para anunciar lo que debió hacerse, menos aún para preguntar cuál sería la buena estrategia de intervención, sino para hacer posible algún desplazamiento, alguna apertura de perspectiva, el esbozo de nuevos puntos de vista, con el profesional que ose lanzarse en esta aventura. Para comprender que no hay gestos banales, sino ges-

tos banalizados. Para ventilar el invernáculo de certezas que, supuestamente intangibles, se revelan fastidiosas para el usuario y fuente de rituales para el profesional. No sólo conviene indagar en las dificultades reales o supuestas del usuario, sino también, y de manera eminente, en los esquemas con los que tales dificultades se interpretan. Como explicaba Jacques Lacan, las resistencias al psicoanálisis no siempre vienen del paciente...

### Posiciones clínicas

Bajo el vocablo genérico de «clínica», distintas posiciones centradas en las categorías de caso o de situación otorgan papeles dispares a la historia, privilegian a la persona o, por el contrario, al sujeto, o bien utilizan indistintamente estas dos nociones, al mismo tiempo que identifican toma a cargo y toma en cuenta o, por el contrario, se empeñan en diferenciarlas...

Se trata de comprender ahora las diferencias y convergencias eventuales de estas posiciones clínicas. Hay tres registros en juego: el teórico, el ideológico y, por último, el subjetivo. Ellos ordenan toda clínica posible: revisten, pues, un carácter estructural, presente por doquier. Esto es lo que, de entrada, la clínica transdisciplinaria pone en evidencia.

El registro teórico plantea la cuestión del saber, el ideológico la del compromiso y el subjetivo la de las investiduras conscientes e inconscientes. Cada registro presenta características particulares, como se verá enseguida, irreductibles unas a otras. Pero, como veremos también, estos registros no funcionan cada uno por su lado: sus interrelaciones son constantes, se influyen y condicionan recíprocamente. Al plantear la cuestión del saber, el registro teórico enfatiza la exigencia de objetividad, o sea la construcción de una explicación tan rigurosa como sea posible de tal o cual situación, de tal o cual práctica concreta: contenidos y mecanismos, lógicas puestas en juego, investiduras subjetivas, orientaciones ideológicas. Por su parte, el registro ideológico concierne al hecho de que si bien en toda práctica se movilizan conocimientos tan objetivos como cabe hacerlo, al mismo tiempo son movilizados un conjunto de posturas, compromisos, valores, concepciones del mundo; en toda situación—individual o colectiva—se ponen en juego proyectos de so-

10. Una confusión usual en materia del «sostén de la parentalidad». Véase, por ejemplo, G. Ausloss (1995).

prende o se comprende mal, cuando se hace espinoso entender situaciones de las que después uno se pregunta por qué (le) parecían tan complicadas, cuando no se repara en elementos sin embargo evidentes, cuando el usuario visita una y otra vez al trabajador social esperando que éste termine por entender de qué le está hablando...; conviene preguntarse por las conceptualizaciones en curso, por su alcance y sus límites: ¿Qué conceptos imprescindibles faltan, qué argumentaciones se han elaborado de modo insuficiente; qué lecturas, ay, no se han hecho? Muchos atolladeros, incomprendidos y errores de diagnóstico resultan de la ausencia de un arsenal teórico adecuado: de lecturas no realizadas, de doctrinas aceptadas o rechazadas demasiado a la ligera, de debates sumariamente desechados, de la búsqueda de consenso a toda costa. Un principio básico: cada cual comprende no lo que quiere, sino lo que puede, lo que está habilitado o no para comprender según sus perfiles teóricos, es decir, según la movilización conceptual que es capaz de emprender.

Si se quiere obrar de otra manera, es imprescindible poder pensar de otra manera: El trabajo teórico es, por tanto, una exigencia. No única, pero sí insoslayable. Es lo que más de una vez nos enseña la clínica de situaciones de usuarios y la clínica de prácticas de trabajadores sociales: para actuar eficazmente es menester saber por qué, en qué dirección, según qué objetivos. Cuestión de trabajo teórico, pues.

Llegamos así al crisol de la clínica. Ésta apunta a la experiencia, a la situación singular, al caso particular, en los que se apoya para pasar de la vivencia al saber, de la intuición al conocimiento, para transformar la experiencia vivida en experiencia analizada, lo concreto inicial en lo concreto (relativamente) final. Hay clínica cuando, a propósito de situaciones singulares, se producen conocimientos, se identifican lógicas, se descubren problemáticas. Trabajar sobre la experiencia es trabajar sobre un ejemplar cada vez único de una estructura siempre más amplia. Hacer clínica consiste en producir experiencia instruida. De lo contrario, la denominación «clínica» parece un tanto usurpada, o mucho.

La experiencia instruida puede instruir, a su vez, al profesional. De ningún modo porque su mera existencia o incluso su repetición le otorgaría, automáticamente, virtudes pedagógicas, sino en la medida en que a partir de ella quepa identificar lógicas válidas en otros

ámbitos. Una situación singular puede revelar, a la manera del sintoma, una estructura de alcance general. Si la acumulación de experiencias es valiosa, si las pasantías representan bases indispensables para el ejercicio profesional, también es preciso que a su respecto se produzcan los análisis más rigurosos posibles. Requisito indispensable para ir más allá del tramo de vida, de la anécdota más o menos jugosa, del caso por caso. No basta con acumular años de experiencia; semejante acumulación indica, no que el trabajador social ha comprendido muchas cosas, sino que ha sobrevivido a muchos escollos.

Vamos ahora la construcción del objeto de análisis, tarea clínica por excelencia. Se trata, en efecto, de una construcción: sabemos que la clínica no puede abocarse a una realidad (a una situación) sin imprimir un sentido en ella, sin ordenarla de tal o cual manera, sin codificarla. Algunos pretenden que «la experiencia prueba que...», que «los hechos hablan por sí solos», pero olvidan que esto supone hacerlos hablar y ello, valiéndose de hipótesis, de guías de lectura, de elaboraciones teóricas, de protocolos. Los hechos existen, pero no hablan sin interpretación.

Tales son las dos opciones del trabajo clínico. Éste puede producir montajes explicativos empuñados en adherirse literalmente al relato que se ha hecho de una situación, a las representaciones del usuario o del profesional, a las prescripciones de la política social; En todos los casos, termina en una reedición pseudointelectual del relato del que ha partido, en una repetición más o menos abstracta de la experiencia. Confusión habitual entre análisis y comentario... O bien, segunda opción, este montaje explicativo interroga el relato, recompone los elementos del puzzle que es cada situación, trata de descifrar los comportamientos y los discursos a la luz de la categoría de «situación» y no de «caso», de «toma en cuenta» y no de «hacerse cargo», de «la historia como materia primera» y no como «simple contexto». Instaaura una distancia y propone argumentos, en una palabra: insiste en analizar, en identificar mecanismos. Procura, decía anteriormente, no ceder a la cuestión del porqué.

Las diferentes posiciones clínicas (psicológica, psicoanalítica, psicosociológica, transdisciplinaria...) se caracterizan por sus construcciones específicas: ciertos aspectos reciben una atención sostenida mientras que otros son dejados de lado, puestos en reserva, subestimados o sobrestimados. Ciertos datos (conductas, afectos,

discursos) son investigados, desmenuzados, puestos de relieve o, por el contrario, tratados como secundarios e insignificantes. Determinados elementos que se consideran decisivos al principio del análisis son luego reinterpretados, relativizados, enaltecidos, descartados... Según la orientación clínica en juego, se efectúan interrogaciones típicas y tipificadas, tienen lugar elaboraciones singulares, se trazan pistas específicas. Ciertas comprensiones y ciertas modalidades de intervención se tornan posibles, concebibles o, por el contrario, se revelan impensables, cuando no prohibidas. Esta construcción del objeto culmina en «casos», o bien en «situaciones».

Toda clínica es selectiva, discriminatoria y discriminante, clasificatoria. Pero esta selección no tiene nada de aleatoria o de caprichosa: hay siempre una lógica, que uno puede o no compartir, que ordena lo que cada posición clínica puede llegar a ver o está obligada a esquivar. No es un asunto puramente personal del clínico. Entre otras razones, porque no existe un pretendido «sentido clínico» innato y espontáneo: la clínica es un trabajo, un proceso de trabajo, de ninguna manera una gracia natural. Son efectivamente indispensables la intuición, la disponibilidad, el cuidado del otro, un trabajo sobre las configuraciones psíquicas de quien pretende efectuar un trabajo clínico..., pero todos y cada uno de estos elementos implican parámetros teóricos y protocolos ideológicos, algo así como una marcación cultural. El deseo subjetivo de comprender al usuario no alcanza en absoluto para comprenderlo efectivamente. Y la empatía, porque comporta una fuerte dosis de proyección inconsciente, no garantiza que haya esclarecimiento, dilucidación, conocimiento...

En síntesis, oponer clínica y teoría bajo el pretexto de que la primera corresponde a lo concreto y la segunda a lo abstracto, que una está unida al terreno y la otra reside en el limbo, es simplemente confesar que no se está para nada al corriente de los corpus teóricos que moldean los procedimientos clínicos y orientan —o describen— a los profesionales que los adoptan. En lugar de repetir hasta la saciedad el sempiterno pseudoproblema del lazo entre la teoría (en general) y la práctica (en general), de lo que se trata es de identificar las orientaciones teóricas realmente promovidas por las diferentes prácticas particulares y las implicaciones prácticas realmente suscitadas por cada construcción teórica.

Consignarse a la clínica transdisciplinaria implica trabajar en el esclarecimiento de los corpus teóricos que organizan las modalidades

de análisis de esta clínica, el tipo de escucha y de intencionalidad que preconiza. Tratar de escuchar cómo escucha. Pensar con lo que ella piensa, y con lo que ella nos hace pensar. De ahí la importancia estratégica de definir el trabajo social, una definición explícita, apta para ser discutida y así, mejorada. Más deliberadamente que en otros campos, el trabajo teórico no es aquí un «plus», un suplemento de alma que se añadiría al análisis de las situaciones. Es una condición de supervivencia profesional, y en parte al menos, personal.

Los corpus teóricos no son modelos ni recetas. Entendámoslos como indicaciones, como referencias, como orientaciones. Estas arquitecturas sólidas, cuyos elementos obedecen a lógicas específicas, no son ni maleables ni moldeables al gusto de cada utilizador, pero tampoco son piezas de museo, que se debieran reverenciar como una verdad revelada, intocable y definitiva. Por eso debemos comprender que se trata no de aplicar los corpus teóricos, sino de investirlos y de invertirlos, de encarnarlos, de poner en juego su pertinencia en ocasión de situaciones singulares. Sin puesta a prueba, sin confrontación con experiencias inéditas con lo que esto supone de vicisitud, de anomalía, de extraño, la más radical de las teorías acaba por esclerotizarse y convertirse en pura logomagia, de frases que giran en el vacío. En otros términos, la clínica puede ir más allá de los corpus teóricos que la guían, es capaz de localizar elementos inéditos, de contribuir a forjar nuevas categorías, de inducir rectificaciones de detalle y/o de fondo. Doble moraleja: aquel que cree torpase con la teoría susceptible de explicar hasta las experiencias que no han tenido lugar aún, se equivoca de catecismo; aquel que gracias a la clínica imagina evitar el riesgo del error y de la incompreensión, tarde o temprano confunde el trabajo clínico con la pura y simple reproducción de protocolos y de certidumbres.

Esta dialéctica teoría-clínica es la marca de la clínica transdisciplinaria, la condición para que un evento poco corriente pueda tener lugar. Se trata, en efecto, de que las experiencias vividas sobre el terreno puedan consolidar las mallas de un saber que gracias a ella se pone en cuestión. Como indicado ya, se trata de pasar de la experiencia vivida a la experiencia sabida. Y de la teoría reclutada a la teoría experimentada.

Citemos a aquel profesional que enuncia: «¡Estoy dispuesto a que se analice mi práctica!». Es importante despejar el término cla-

1

2

ve de esta proposición: si se enfatiza el posesivo *mi* (práctica), el análisis recaerá principalmente en las representaciones y explicaciones que este profesional (se) da de la práctica que cree desempeñar; en cambio, si se enfatiza el sustantivo *práctica*, el análisis recaerá principalmente en la práctica efectivamente ejercida, en el poder, los alcances y los límites objetivos de las acciones realizadas, en los efectos también objetivos de los discursos proferidos, en el posicionamiento ético que se ha proclamado y en aquel que se ejerce en los hechos...

Llamemos deconstrucción al esfuerzo por disociar los dos registros, esto es, por evitar dar razones de la práctica y de sus efectos sólo a partir del discurso del profesional embarcado en ella. Y no porque este discurso debiera ser sistemáticamente desdeñado: al contrario, es la fuente por excelencia de informaciones, descripciones, problemáticas. Sin embargo, ningún discurso puede hablar de una situación sin adjudicarle un sentido, sin dotarla de una lógica que ordene sus elementos, sin sugerir causas y efectos. El relato del trabajador social es sólo uno entre los muchos puntos de vista posibles sobre la situación a la que este trabajador social hace referencia. Es una construcción a propósito de lo real. La clínica es otro de estos puntos de vista, con la diferencia—esencial—de que procede a la deconstrucción de la construcción operada por dicho relato, y valiéndose de definiciones tan rigurosas como posible, intenta organizar de otro modo lo real (construcción de objeto). Relato del profesional y relato clínico: dos puntos de vista tan discutibles el uno como el otro, por supuesto. Con una diferencia mayor, insisto: el relato del sujeto embarcado en la acción reclama sobre todo la creencia del auditorio, mientras que el análisis clínico reclama el debate razonado y la rectificación argumentada.

Deconstruir consiste en preguntarse de qué modo un acontecimiento es construido por quienes lo exponen o lo viven, qué elementos fueron privilegiados y cuáles fueron subestimados, qué lectura parcial o completamente diferente cabe tentar de dicho acontecimiento, qué confirmación argumentada cabe proponer.

Pero no se trata de cualquier tipo de lectura. La clínica transdisciplinaria se basa en el principio de que las prácticas pueden ser objeto de conocimientos objetivos y de que éstos siguen siéndolo hasta prueba objetiva de lo contrario. Con independencia de los puntos de vista, necesariamente subjetivos, y de las ideologías en juego, ne-

cesariamente partidistas, y también gracias a unos y a otras, es posible saber con precisión en qué consiste una situación, cuáles sus componentes y sus metas, qué le pasa al joven o a la familia involucrados en ella. Saber: no sólo comentar u opinar, sino identificar mecanismos, funcionamiento, razones, estructuras. Así se realiza una construcción de objeto—una situación o una práctica—explícitamente argumentada, deliberadamente sustentada...

Este proceso de investigación obedece a un posicionamiento eminentemente laico: se puede *saber*, no todo, ni instantáneamente sino de forma gradual, indefinida, incompleta, y sin que el saber así producido sea completamente sometido a las opiniones individuales o colectivas, al imperio de modas o de mandatos administrativos. Este saber en producción incesante se enfrenta, no con misterios para siempre impenetrables, sino con incógnitas más o menos difíciles de despejar. La clínica transdisciplinaria pretende tener una pertinencia científica, puesto que se trata de enunciar, del modo más objetivo y riguroso posible, algo que atañe a lo real, a lo que las cosas y las personas son efectivamente, y no ya lo que me parecen o lo que nos parecen que son o debieran ser. Del modo más objetivo y riguroso posible significa, insisto, lo más discutible, lo más impugnabile. A diferencia de la creencia, los enunciados con pretensión científica son siempre criticables, con la condición sin embargo de estar armado para el trabajo crítico...

Cabe preguntarse quién o qué garantiza dicha pertinencia científica. Mi respuesta es probablemente decepcionante: nadie—Academia, Autoridad, Comité—garantiza la pertinencia científica, la carga de objetividad de un análisis, salvo que se busque respaldo en alguna divinidad, celestial o terrena. Está aquí en juego la práctica, una cierta comprensión de la práctica. Sabemos que ésta no se reduce a un conjunto de gestos, visitas a domicilio, formularios y entrevistas... No se trata de un acto, sino de un movimiento. Me refiero a la práctica como un proceso donde se ponen en obra exploraciones teóricas y metodológicas, se construye alguna coherencia respecto de las situaciones analizadas, se esclarecen puntos enigmáticos, se abren algunas pistas... En suma, la pertinencia científica de un análisis, su pretensión objetiva y objetivante, es un hito en el curso inacabable de un largo proceso. Creo que hay que tener sumo cuidado cuando se esgrimen términos como «ciencia» y derivados.

nica brinda en una institución. Sabemos, en efecto, que las diferentes posiciones clínicas no ven las mismas cosas de la misma manera; según las coyunturas, no todas reciben la misma acogida; algunas incluso no son acogidas en absoluto! Están sobre el tapete las consideraciones técnicas y financieras, las *performances* y la eficacia concreta, o seudococoncreta, pero sobre todo el hecho de que el trabajo clínico es un espacio de luchas, de alianzas y de oposiciones. Ni amortiguado, ni inodoro, ni asexuado, se trata de una modalidad de la intervención social, de una toma de partido en medio de las diferentes apuestas y retos ideológicos y políticos vigentes en una coyuntura dada, en una sociedad dada. Dicho de otra manera, la abstención ideológica es una posición perfectamente partidista, habitual entre los que no quieren saber nada de las apuestas extra-subjetivas de sus prácticas. El *nec plus ultra* ideológico consiste, justamente, en pretender ser ideológicamente neutral.

En este sentido, ¿cómo entender la clínica transdisciplinaria?

*Primer ítem:* esta clínica promueve la transición del ideal de maestría a la exigencia de saber. La maestría es la ilusión de un saber sin resto, sin residuo, por parte de un profesional que observaría las situaciones desde arriba (sobrentendido en un término curioso como *super-visión*). Descansa sobre la fantasía de la clave universal, de la explicación total. Más de una vez, es en semejante lugar donde los profesionales imaginan al experto, o donde los destinatarios esperan a los trabajadores sociales; unos y otros con la esperanza secreta de llegar ellos mismos a ese paraíso de transparencia. En cuanto al saber, hablamos de exigencia porque se trata de un proceso interrumpido de investigación-construcción, de rectificación. Nadie se instala en él de manera fija. La maestría es un estado, un estado de gracia inclusive, mientras que el saber es una producción abierta a quienquiera que deseé consagrarse a él. La clínica transdisciplinaria entabla un combate encarnizado contra el ideal de maestría, un ideal de perfección que se confunde a menudo con las competencias profesionales, siempre incompletas. Ideal aristocrático *versus* reivindicación democrática.

*Segundo ítem:* entre las comprensiones y las salidas dispartadas, cuando no contradictorias, que propone cada situación, la intervención social privilegia una de ellas. Porque intervenir consiste en tomar parte y partido. Aquí se perfila el fin propio de la clínica transdisciplinaria: establecer los contenidos precisos de la no neu-

tralidad de cada intervención. Mostrar, pruebas en mano, que las consideraciones técnicas, curriculares y presupuestarias no bastan para explicar una intervención, y menos aún sus efectos y su pertinencia. Ni la preferencia o el rechazo que acoge cada intervención.

*Tercer ítem:* que el conocimiento objetivo y por ende rectificable de las prácticas y situaciones sea posible constituye ya una posición ideológica (lo mismo, desde luego, que la posición opuesta). El adversario es el subjetivismo, según el cual lo real es indisoluble de sus representaciones; puesto que todo análisis es ideológico, sólo las preferencias subjetivas y las necesidades corporativas harían preferir algún análisis a otro. Pero el subjetivismo se engaña por partida doble. Como afirmar que «todo es subjetivo» es anunciar un punto de vista que, a fin de cuentas, se erige en verdad objetiva, el subjetivismo se anula por sí solo. En cuanto a los análisis, éstos no son ideológicos, como si tal fuera su único contenido, sino que implican una indisoluble dimensión ideológica, una toma de partido específica, a la vez que pueden comportar *también* una carga variable de conocimientos de alcance científico.<sup>12</sup>

Quienes toman partido son sujetos socio-deseantes capturados en una acción, mientras que la objetividad concierne a efectos posibles de los análisis que dichos sujetos llevan a cabo. No se puede pedir a los humanos que se despojen de todo compromiso ideológico y de toda investidura psíquica, consciente o inconsciente.<sup>13</sup> Pero se pue-

12. Están en juego las nociones de *objetividad* y *neutralidad*, casi siempre utilizadas —erróneamente, a mi parecer— como sinónimos intercambiables. La *objetividad* correponde al registro del conocimiento y por esta razón resulta siempre posible, como lo muestra la historia de las ciencias; la *neutralidad*, en cambio, corresponde al registro ideológico e incluso político, y por esta razón es siempre imposible, como lo muestran los debates sobre lo que sería o no «educativo», «formador», etcétera. Véase Karz «Science et/ou idéologie?» (conferencia reproducida en [www.pratiques-sociales.org](http://www.pratiques-sociales.org), sección «Publications»).

13. El imperativo de la «buena distancia» entre interviniente y destinatario expresa un ideal piadoso, bastante culpabilizador para quienes se esfuerzan en someterse a él. Pero la clínica nos enseña que, en la realidad, lo que se erige en buena distancia es una construcción necesariamente relativa, a apuntalar y rehacer sin cesar. Se trata de un proceso, no de un estado, en el que lo imaginario, lo implícito, las evidencias, ocupan una plaza significativa. Creer que pueda tratarse de un estado a alcanzar una vez por todas, en el que cada trabajador social y cada servicio debieran instalarse definitivamente, con-sagra como imprescindibles ciertas formas históricas de distancia y, por tanto, de proximidad. La buena distancia es siempre una buena distancia. La así llamada «actitud profesional» suele adolecer de este tipo de equívocos...

mara de registro de lo real... Como si fuera capaz de oír todo, de comprender todo y de cumplir un papel siempre acertado en el acontecer de la situación. Como si el relato que nos transmite fuera el único posible...

También hallamos este hábito en las viñetas clínicas presentadas por psicólogos, psicoanalistas y psiquiatras. Suele suceder que unos y otros exponen situaciones con las que parecen tomar tal distancia, observándolas desde tan lejos y tan por encima, que más de una vez me he preguntado si se encontraban personalmente presentes... Algo semejante sucede en los intercambios entre profesores: harto preocupados por lo que hacen y dejan de hacer los alumnos, por lo que aprenden o ignoran, por sus comportamientos pacíficos o agresivos... hasta el punto de olvidar, casi, que se trata de sus alumnos y que, por tanto, si aprenden o no aprenden es también gracias a ellos...

En todos los casos, disponer de relatos en los que las cosas no terminan muy bien, en los que se percibe claramente que el profesional no es extranjero a los *impasses* de la situación ni al deterioro progresivo del «beneficiario» constituiría sin duda un acto saludable para el autor y esclarecedor para el lector.

<sup>2</sup> **Moraleja:** cuanto menos instruido está subjetivamente el profesional respecto de sus múltiples implicaciones objetivas, mayor es su tendencia a refugiarse tras el aparato institucional, el ritual académico, el tono de voz, las frases no terminadas, los sobrentendidos (manera habitual de nombrar los malos entendidos).

Caractericemos pues la clínica transdisciplinaria como un proceso de trabajo que apunta al análisis objetivo de las situaciones concretas; un proceso encarnado por sujetos humanos que lo portan, lo defienden y lo critican, y que tienen intereses subjetivos conscientes e inconscientes en que este análisis tenga lugar, se despliegue lo mejor posible, contra viento y marea, a fin de sostener las tendencias democráticas en el curso de la intervención social y médico-social.

### ¿Fundamento ético o posicionamiento ético?

**Ética:** un término esencial, pero hoy día enormemente degradado (Karsz, 1998, 1999). Se presta a dos acepciones típicas, a dos declinaciones que refuerzan la especificidad de la clínica transdisciplinaria.

Considerada como *fundamento*, la ética acredita presuntamente un contenido preciso en términos de valores que respetar o que infringir, de conductas que mantener o, por el contrario, que evitar. Se trata de un conjunto de preceptos bien establecidos, necesariamente positivos, creativos, de apertura. La ética está alojada, instalada. Y es siempre buena, bienhechora, clemente. Cada cual puede encontrar recursos en ella, cual si se tratara de una referencia segura, de una certeza inquebrantable. Imaginada como fundamento, la ética sostiene la práctica, constituye su fundamento. Poco o mucho, se confunde con la moral, es decir, con el bien y el mal yacentes, con lo humano y lo inhumano convertidos en estatuas.

Considerada como *posición*, la ética carece de un cuerpo preciso al que remitirse en toda circunstancia. Ha de ser inventada con motivo de situaciones por definición singulares y de intervenciones por definición únicas. Es ésta una ética de la aventura, de los albrures de la práctica, del riesgo.<sup>14</sup> Incluido el riesgo de equivocarse, porque si uno siempre tiene razones (subjetivas) no por ello siempre tiene razón (objetiva). Hay ética cuando está en juego una decisión tomada por un sujeto particular, pero sabiendo que jamás se tienen todas las cartas en la mano, todos los datos, todos los conocimientos, todas las competencias necesarias. Por eso no hay ética sin apuesta y, declamos, sin riesgo. Situación que no disminuye en absoluto la responsabilidad de quien debe decidir.

Hay ética en el momento de la interpretación, siempre interesada, más o menos objetiva y por ende más o menos subjetiva, intentada por un profesional: las orientaciones que entiende que debe poner en marcha, la toma a cargo o la toma en cuenta a las que apunta, el caso o la situación que construye.

Ni neutra, ni por encima de los conflictos, ni emprendida por el Hombre contra la Barbarie, ni por el Sujeto contra las Potencias que lo someten, ni por el Deseo contra la Institución que lo acogota, la ética está siempre vectorizada. Afirma ciertos puntos de vista, ciertos intereses humanos, y rechaza e incluso inhibe otros, igualmente humanos. Las intervenciones concretas de los trabajadores

<sup>14</sup> Un joven consume productos ilícitos en una institución: ¿hay que denunciarlo de inmediato a las autoridades judiciales? ¿Su consumo debe utilizarse como un soporte educativo, sin acudir al aparato judicial? ¿No hay que hacer ni lo uno ni lo otro? ¿O las dos cosas al mismo tiempo?

s concretos no reclaman en absoluto la ética, la ética en general, universal, sino una ética, o más bien unas éticas específicas, entadas, partidistas.

Nadie conoció nunca una ética carente de compromiso, en la que no hubiera toma de partido, ideológicamente neutral. Justamente porque no existe la ética (¿la Ética?), sino, exclusivamente, éticas plurales y divergentes, al punto que la misma ética representa una referencia positiva para algunos y negativa para otros. De lo que resulta esta moraleja mil veces verificada en la realidad: se llama «ideología» a la ética que uno no suscribe, y «ética» a la ideología que uno defiende...

Y tal es un objetivo mayor de la clínica transdisciplinaria: identificar, argumentar, probar el posicionamiento ético puesto en obra en cada intervención concreta, la dosis de caridad, del hacerse cargo y del tomar en cuenta que impregna esta intervención, que orienta sus procedimientos, le abre o le cierra perspectivas. Este objetivo subraya el posicionamiento ético de dicha clínica, es decir, su orientación ideológica.

### **Abrir perspectivas**

Hemos señalado varias veces el carácter insoslayable y a la vez parcial de la dimensión psíquica, por esto insistimos en separar, por un lado, la clínica psicológica, psicoanalítica, sistémica, y por otro lado la clínica de la intervención social. Y hemos remarcado también que, aplicada al campo de la intervención social, toda clínica supone siempre, al menos de forma implícita, una definición (o una indefinición) de la naturaleza, la potencia y los límites de dicha intervención social. De ello resulta una consecuencia estratégica para el tipo de clínica que aquí se propone. Nos referimos al estatus de lo transdisciplinario.

Primera opción: lo transdisciplinario sería sinónimo de multi-, inter- o pluridisciplinario. Dado justamente el carácter insoslayable, pero parcial, de la dimensión psíquica, deberían añadirse otras dimensiones con el fin de enriquecerla, amplificarla y alcanzar así una visión más vasta y completa. Psicología, sociología, etnología, derecho, más el resto... ¡Y ya está! He aquí que hemos reconstruido lo real. Sin embargo, ningún humano-individual o colectivo-pue-

de aspirar a semejante clínica enciclopédica y sin fronteras, un constructo de piezas sueltas donde el rigor no es la preocupación principal. Aquí, términos como pluridisciplinario y/o transdisciplinario designan la yuxtaposición de varias perspectivas monodisciplinarias (el derecho, la medicina, la educación) bajo la tutela más o menos dominante de una de ellas (psicológica, casi siempre). Se usa y abusa del hermoso vocablo de «complejo», utilizado para alegorizar un insondable e impenetrable misterio y no como indicación de un trabajo de desciframiento e investigación.

Segunda opción: lo transdisciplinario designa la subversión de las fronteras disciplinarias, la estrategia que consiste en no tomar las disciplinas a la letra de sus discursos, de sus objetos manifiestos. Se trata de estudiar las diferentes disciplinas, avanzar tanto como sea posible en cada una de ellas, o por lo menos en aquellas que consideramos como principales. Pero no se trata de remplazarlas. Es demasiado tarde para reinventar la sociología, el psicoanálisis o el marxismo. Imposible pensar mejor que la filosofía aquello que ésta piensa desde hace siglos. Pero sí se puede, ¡y se debe!, tratar de pensar hoy día, habida cuenta de las urgencias y de las apuestas del tiempo presente, aquello que Platón, Hegel, Marx y mil otros han pensado en sus épocas respectivas. Gracias a ellos y más allá de ellos. Más que comentar los llamados clásicos a la manera del erudito, se trata de inventar cómo y por qué siguen vigentes, vivientes, utilizables... Lo transdisciplinario no tiene nada que ver con un pretendido saber enciclopédico. Otra cosa importa. Difícil pero prometedora. Según esta postura, toda disciplina, cualquiera que sea su tema particular (al menos en el campo de la subjetividad, de la sociedad y de la historia), moviliza *siempre* la lógica de la ideología y la lógica del inconsciente en sus elaboraciones conceptuales y en su quehacer práctico.

Veamos justamente el caso de una clínica psicológica: no sin razones, sus practicantes afirman que el registro ideológico no corresponde a sus competencias. Una afirmación en todo admisible. ¿No hemos insistido ya en los riesgos del psicologismo, esto es, en la extensión de la explicación psicológica hacia todas las direcciones? Nada más absurdo que concebir la historia humana como un inmenso diván terapéutico. Cualquiera que sea el campo disciplinario, la confusión de roles y la usurpación de competencias son nefastas... Cada corpus disciplinario toma las mismas precauciones

La particularidad de la intervención social consistiría entonces en hacer explícito, visible, insoslayable su anudamiento. Lo que en otros campos queda casi siempre silenciado, el trabajo social lo ins-tala en el proscenio y lo enfrenta sin darse tregua. Aquí residen su dificultad, porque pocas teorías enfocan este tema, y su enorme interés, porque en este capítulo las intervenciones sociales tienen un rol de pioneras, de adelantadas, respecto de las prácticas psicoló-gicas, médicas, administrativas, etcétera. Y es precisamente esto lo que confiere a la clínica transdisciplinaria un carácter finalmente ejemplar, incluso más allá del ámbito de la intervención social. Apuesto a que los parámetros privilegiados por esta clínica podrían poner a prueba toda clínica posible...

## Bibliografía

- Althusser, L. (1964), «Freud et Lacan», en *Positions*, París, Éditions soci-  
les, 1976. [Trad. cast.: *Posiciones*, Barcelona, Anagrama, 1977.]
- (1976), «Idéologie et appareils idéologiques d'État», en *Position*  
París, Éditions sociales. [Trad. cast.: *Posiciones*, Barcelona, An-  
grama, 1977.]
- Auslous, G. (1995), *La Compétence des familles*, Toulouse, Érés.
- Autès, M. (1999), *Les Paradoxes du travail social*, París, Dunod.
- (1992), *Travail social et pauvreté*, París, Syros.
- Baillieu, F., Leflaucher, N. y Peyre, V. (dir.) (1985), *Lectures sociologiques d*  
*travail social*, París, Éditions ouvrières.
- Baudelot, Ch. y Establet, R. (1980), *L'École capitaliste en France*, París, Masp-  
ro. [Trad. cast.: *La escuela capitalista en Francia*, Madrid, Siglo XXI, 1976
- (1975), *L'École primaire divisée*, París, Maspéro.
- Blanchard-Laville, C. y Fablet, D. (dir.), *Analyser les pratiques professionn*  
*elles*, París, L'Harmattan.
- (2001), *Sources théoriques et techniques de l'analyse des pratiques profes*  
*sionnelles*, París, L'Harmattan.
- Bourdieu, P. (1995), *La misère du monde*, París, Le Seuil. [Trad. cast.: *La*  
*miseria del mundo*, Madrid, Akal, 1999.]
- Bourtel, K. (2001), «La pioche et la Bible», *Politix*, 15 de marzo.
- Calvez, J.-Y. (2000), *Les Silences de la doctrine sociale catholique*, París, Édi-  
tions de l'Atelier.
- Canguilhem, G. (1972), *Le Normal et le Pathologique*, París, Vrin.
- Castel, R. y Lae, J.-F. (dir.) (1992), *Le Revenu minimum d'insertion, une det*  
*te sociale*, París, L'Harmattan.

- Chauvrière, M. y Tronche, D. (dir.) (2002), *Qualifier le travail social. Dynamique professionnelle et qualité de service*, Paris, Dunod.
- Cherouse, J.-N. (2000), *Pratiques inventives du travail social*, Paris, Éd. Ouvrières.
- Chopart, J.-N. (2000), *Les Mutations du travail social*, Paris, Dunod.
- De Gauljac, V. (1999), *L'Histoire en héritage*, Paris, Desclée de Brouwer.
- y Roy, Sh. (dir.) (1993), *Sociologies cliniques*, Paris, Desclée de Brouwer.
- Declerck, P. (2001), *Les Naufragés. Avec les clochards de Paris*, Paris, Pion.
- [Trad. cast.: *Los naufragos: con los indigentes de Paris*, Madrid, Asociación Española de Neuropsiquiatría, 2006.]
- Donzelot, J. (1977), *La Police des familles*, Paris, Éd. De Minuit. [Trad. cast.: *La policía de las familias*, Valencia, Pre-Textos.]
- Esprit* (1972), dossier «Pourquoi le travail social?».
- (1998), dossier «À quoi sert le travail social?».
- Foucault, M. (1972), *Naissance de la clinique: une archéologie du regard médical*, Paris, PUF. [Trad. cast.: *El nacimiento de la clínica: una arqueología de la mirada médica*, Madrid, S. XXI, 1999.]
- *Le Pouvoir psychiatrique (cours professé en 1973-1974)*, Paris, Le Seuil.
- Gallinard, col. «Hautes Études», 2003. [Trad. cast.: *El poder psiquiátrico*, Madrid, Akal, 2005.]
- Garate-Martinez, I. (2003), *L'Institution autrement: pour une clinique du travail social*, Toulouse, Privat.
- Guerrand, R.-H. y Rupp, M.-A. (1978), *Breve histoire du service social en France 1896-1976*, Toulouse, Privat.
- Izzo, J.-C. (1999), *Le Soleil des mourants*, Paris, Flammarion.
- Karsz, S. (1974), *Louis Althusser: théorie et politique*, Paris, Fayard.
- (1998a), «Les centres éducatifs renforcés ou le travail social à l'état (presque) pur», Éditions Crehai, Midi-Pyrénées y www.pratiques-sociales.org
- (1998b), «L'éthique, le retour (du refoulé)?», *Actualités sociales hebdomadaires*, novembre.
- (1999a), «Penser l'éthique?», *Revue Creai-Paca*.
- (1999b), «Pourquoi aujourd'hui, tant d'éthique?», *Empain*, tiercer trimestre.
- (2001), «L'exclusion: faux concept, vrai problème», en *L'exclusion, définir pour en finir*, Paris, Dunod. [Trad. cast.: *La exclusión: bordeando sus fronteras. Definiciones y matices*, Barcelona, Gedisa, 2004.]
- (2004), «Le père, une question pour les professionnels du médico-social?», en Daniel Coum (dir.), *Qu'est-ce qu'un père?*, Toulouse, Érés.
- (2005), «¿Por qué se habla tanto -y sin embargo tan poco- de exclusión», en J.G. Molina (coord.), *Exclusión social, exclusión educativa. Lógicas contemporáneas*, Xàtiva, Diálogos, pp. 15-30.
- (2006), «Souhaité, nécessaire, impossible: la santé et ses paradoxes», *revista Spirales*, n.º 37.
- (2007), «A nouvelles parentalités, nouveaux enfants?», dossier *revista Spirales*.
- Lapassade, G. (1971), *L'Arpenteur, une intervention sociologique*, Paris, Éditions des organisations.
- (1991), *L'Éthnosociologie*, Paris, Méridiens-Klincksieck.
- Madelin, H. y Boëdec, F. (2000), *L'Évangélie social*, Paris, Bayard.
- Mamou, J. (1999), «Au nom de l'humanitaire», en *Le Monde Diplomatique*, junio.
- Mendel, G. (1983), *54 millions d'individus sans appartenance*, Paris, Laifont.
- Messu, M. (2003), *La Pauvreté cachée*, La Tour d'Aigue, Éditions de l'Aube.
- Meyer, Ph. (1977), *L'Enfant et la raison d'État*, Paris, Le Seuil.
- Naves, F., Biand, C. y Oui, A. (2003), *Rapport «pour et avec les enfants, les adolescents, les parents, les professionnels...»*, Paris, La Documentation française.
- Pinaud, F. y Aubert, Ch. (1999), *Le Social dans la tourmente*, Paris, Syros.
- Pinaud, F. (2001), «Entre admiration et méfiance, un certain respect», *Actualités sociales hebdomadaires*, n.º 2.224, 20 de julio.
- Robertis, C. de (1993), «La relation d'aide en travail social», en *La Relation d'aide*, Nancy, Presses universitaires de Nancy.
- Rouzel, J. (1997), *Le Travail d'éducateur spécialisé: éthique et pratique*, Paris, Dunod.
- Savoie, É. (2001), *Les noms que l'on se donne*, Paris, L'Harmattan.
- Senarclens, P. de (1999), *L'Humanitaire en catastrophe*, Paris, Presses de Sciences Po. [Trad. cast.: *La acción humanitaria ante las catástrofes*, Barcelona, Edicions Bellaterra, 2000.]
- Thomas, H. (1999), *La Fabrication des exclus*, Paris, PUF.
- Verdès-Leroux, J. (1978), *Le Travail social*, Paris, Éditions de Minuit.
- Zerbib, M. (2002), *L'inconscient: un fait social*, Paris, Éditions ASH.

W.D.M.A

## Índice de términos

- a-ideológico (véase ideología), 124, 206
- abstracto (véase concreto), 64
- ASE, 81, 82
- ciencias (véase teoría), 23, 103, 116, 197
- de la salud, 102, 103
- morales, 103
- sociales y humanas, 12, 14, 15, 33, 43, 55, 102, 116, 121-124, 143
- cohesión social, 32
- concreto (véase abstracto), 63, 94, 105, 113, 118, 156, 161-165, 169, 180, 190, 203-204
- consciente (véase inconsciente), 55, 197
- criatura (véase sujeto, persona), 141
- deconstrucción, 31, 48, 162, 192
- deficiencia(s)
- educativa(s) (véase vacíos educati- vos), 53, 54
- familiares), 128
- profesionales), 146
- definición (véase indefinición), 22, 25, 26, 191, 204
- dialéctica, 25, 40, 60, 88, 89, 141, 160, 181, 198
- Divina providencia (véase Estado providencia)
- Estado
  - nacional-social, 114
  - providencia, 114
  - ética (véase moral), 108, 119-121, 135, 202, 203
  - humanista, 120
  - exclusión, 32
- formación económico-social (véase sociedad), 34, 86, 88
- fractura social, 32
- funciones sociales, 114
- humanismo (véase humano, huma- nitario, ética, moral), 55, 104, 107-109, 118, 119, 123-125, 127, 128, 130, 147
- humanitario, 107, 108-109, 133, 135, 138

humanitarismo, 109  
 humano, 107, 117, 120  
 ideología (véase ética), 17, 40, 50-54, 56, 57, 65, 66, 78-86, 88, 89, 92, 93, 103, 105-112, 118, 121-123, 127, 129, 132, 136, 139, 141, 147-150, 155, 179, 183, 185, 186, 194-199, 202-208  
     política, 79-80  
     inconsciente, 55, 89, 92, 103, 106, 121-124, 136, 148, 150, 166, 179, 197, 199, 204-208  
     indefinición, 20, 22, 49, 63, 85, 155, 204  
 interdisciplinario (véase transdisciplinario), 204  
 laico, 116, 117, 130, 193  
 lazo social, 32, 50, 130  
 marxismo, 14, 15, 123  
 monodisciplinario (véase transdisciplinario), 205, 207  
 moral (véase ética), 108, 119, 139  
     humanista, 120  
 multidisciplinario (véase transdisciplinario), 205  
 neutralidad (véase objetividad), 45-46, 107-108, 110, 149, 197, 203  
 objetividad (véase neutralidad), 74, 76, 185, 193, 197, 199  
 parcialidad, 187  
 particular (véase singular), 160  
 persona (véase también sujeto, criatura), 58, 97, 132, 140, 141, 143-146, 172, 180-183, 185  
     persona-criatura, 143  
     persona-sujeto, 143  
     técnica, 47, 58-66, 67, 70, 103  
 pluridisciplinario (véase transdisciplinario), 187, 205  
     política, 108, 109  
     social, 129  
     principios educativos, 50  
     proceso  
         de producción, 36, 38  
         de reproducción, 38, 43  
         producción, 34  
         providencia, 113  
         Estado-providencia, 111-114, 119, 138, 142  
         Divina providencia, 111, 119, 138  
         psicoanálisis, 12-13, 14, 122, 143, 148, 159, 166-167, 168  
         psicología, 122, 123, 130, 148, 159, 166-168  
         psiquiatría, 122, 168  
         psíquico, 167, 168, 199  
     reinserción, 50  
     relatividad (véase ideología), 54, 55  
     reproducción, 34  
     resiliencia, 50, 128  
     revitalización psíquica, 50  
     singular (véase particular), 118, 124, 151, 158, 160, 174  
     sociedad (véase formación económico-social), 30, 31-32, 86  
     sociología, 30, 123, 158  
     sociólogo, 30  
     subjetividad, 55, 75, 76, 79, 84, 147, 187  
     subjetivo, 185, 192-193, 200  
     sujeto (véase persona), 26, 56, 58, 60, 70, 71, 81, 97, 143-147, 150, 159, 163, 170, 180-183, 185, 200, 202, 203, 206, 207  
     socio-deseante, 184, 199  
     teoría (véase ciencias), 16, 23, 28, 63, 64, 187-194  
     trabajo teórico, 62, 63, 64, 188, 191  
     transdisciplinario, 50, 147, 155, 156, 161-165, 171, 183-187, 190-194, 196, 202-208  
     vacíos educativos (véase de cia(s) educativa(s)), 54

«Trabajo social» es una denominación paradójica, ya que todo trabajo es, por naturaleza y en todo dominio, social. Los que se consagran a él son trabajadores necesariamente sociales, puesto que no existen otros. Pero si los trabajadores son sociales, ¿hay algunos que lo sean más o menos que otros? Nadie duda de que estos profesionales trabajan mucho y a menudo con ahínco, pero justamente porque trabajan en lo social su labor no tiene nada de evidente: incertidumbres y dudas son moneda corriente.

Para hacer frente a esta situación, el presente libro propone tres tareas:

*Definir el trabajo social*, es decir, construir una definición rigurosa y por ende discutible a propósito de la potencia del trabajo social y también de sus límites insuperables.

*Exponer las figuras centrales* de la intervención social: «caridad», «hacerse cargo» y «tomar en cuenta».

*Presentar la clínica de la intervención social*: preocupación por lo singular y lo concreto, análisis de las prácticas como espacios de formación ininterrumpida de los profesionales. Invención de una clínica *transdisciplinaria*, que convoca simultáneamente dimensiones psíquicas, ideológicas, políticas, económicas, teóricas.

*Problematizar el trabajo social* pretende mantener la distancia, profesional y personal, objetiva y subjetiva, entre el principio de realidad (considerar el mundo tal como es) y el principio de resignación (aceptar el mundo tal como va).

**Saül Karsz** es filósofo, sociólogo, consultor-formador. Argentino residente en Francia, entre 1989 y 2003 ha dirigido el seminario «Deconstruir lo social» en París-Sorbonne. Es autor de numerosos artículos y varios libros, y coordinador del volumen *La exclusión: bordeando sus fronteras (Definiciones y matices)* (Gedisa, 2004). Prepara un trabajo crítico sobre la parentalidad (2008).

Serie coordinada por Violeta Núñez

Saül Karsz  
Problematizar el trabajo social



gedisa